Patricia Espinosa

Salvador Dalí y Gala

Enemigos íntimos

Grandes Amores de la Historia

L.D. Books

Patricia Espinosa

Salvador Dalí y Gala

Enemigos íntimos

Grandes Amores de la Historia

L.D. Books

SALVADOR DALÍ Y GALA

Enemigos íntimos

Edición Smashwords

Colección “Grandes Amores de la Historia”

L.D. Books

Salvador Dalí y Gala ©Patricia Espinosa, 2009

L.D. Books

D.R. ©Editorial Lectorum, S.A. de C.V., 2009

www.lectorum.com.mx

ventas@lectorum.com.mx

L.D. Books Inc.

Miami, Florida

Primera edición: octubre de 2009

ISBN edición impresa: 9786074570533

ISBN edición digital: 9781939048585

DR. ©Portada: Victoria Burghi

D.R. ©Fotos de portada: Dole (para Shutterstock)

D.R. ©Retratos de portada: Ricardo Ajler

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del editor.

ÍNDICE

Introducción

Capítulo I. Un talento en estado bruto

Capítulo II. Una mujer con experiencia

Capítulo III El poeta, el pintor, su mujer y su amante

Capítulo IV. Dos contra el mundo

Capítulo V. Tiempos difíciles

Capítulo VI. Ricos y famosos

Capítulo VII La vuelta al hogar

Capítulo VIII Decadencia y hastío

Epílogo

Bibliografía

Introducción

Toda relación amorosa es una construcción ilusoria y no alcanza una vida entera para conocer a la persona que amamos y verla tal cual es, sin el revestimiento engañoso de nuestras propias fantasías e idealizaciones.

Salvador Dalí llevó esta situación al extremo al entregarle a Gala su corazón prácticamente sin conocerla, imbuido por la fama de esta mujer de leyenda, adorada y temida por los artistas del surrealismo; misteriosa quiromante a la que todos atribuían predicciones infalibles, grandes aptitudes amatorias y un talento innato para estimular el impulso creativo de sus amantes. El ingenioso catalán la convirtió a su vez en la más célebre de las musas, y también en la más participativa, aceptando sus sugerencias y dejándole decidir, incluso, cómo quería ser retratada. En homenaje a ella llegó al extremo de firmar sus cuadros con la rúbrica Dalí-Gala, como si se tratase de un solo artista.

Durante las cinco décadas que estuvieron juntos, desde 1929 hasta 1982, año de la muerte de ella, la retrató sin descanso. Gala pronto se convirtió en el ícono dominante de su obra y en “la única mujer mitológica de nuestro tiempo”, como le gustaba decir a su esposo.

En los primeros años de convivencia, su figura funciona como un elemento regulador de las fantasías sexuales del artista, que ve en ella una presencia benefactora capaz de derrocar y absorber la amenazante figura del padre.

Más tarde, agradecido por su buen influjo y su espíritu de sacrificio, la pinta como santa, diosa pagana, ángel, y también le otorga el rol de Virgen María; y aún no contento con este homenaje, dedica elogios más exagerados a su belleza, juventud y sabiduría, ya sea a través de sus libros como de sus conferencias y entrevistas públicas.

Pocos amores han sido tan devotos, tan exaltados y tan mediáticos como el que Dalí sintió por Gala. El pintor llegó a venerarla con un misticismo tan apasionado y obsesivo, que sólo puede ser comparado con la pasión contemplativa de Dante hacia su inaccesible y atemporal Beatrice, o con los requiebros de un caballero andante que no puede tocar a su dama ni con el pétalo de una rosa.

Dalí cumplió con gran celo las reglas del amour courtois al rendir vasallaje a su "dueña" y al considerarla un compendio de perfecciones físicas y morales. En lugar de erotizar- lo, el amor que ella le inspiraba tenía el poder de llevarlo a un estado de gracia.

Fueron la pareja más atípica y misteriosa que se haya conocido, porque se amaron según sus propias reglas. Ella, una mujer experimentada en las lides amorosas y dueña de una voracidad sexual que no declinará ni en la vejez, y él, un hombre renuente a todo contacto físico, sostuvieron un pacto difícil de comprender, pero que sin duda les dio muy buenos resultados.

Aunque Dalí no fuese un dechado de virilidad, Gala aceptó ser su compañera porque se sintió cautivada por su talento, imaginación e inagotable capacidad de delirio. Al comportarse como un eterno adolescente, consiguió que ella lo cuidase con ternura y aplicara sobre él sus conocidas habilidades de Pigmalión con faldas, tal como lo había hecho anteriormente con su primer marido, el poeta Paul Éluard. Durante varias décadas, Gala ejerció el rol de esposa con innegable discreción, orgullo y lealtad. Su necesidad de trabajar a la sombra de un gran artista tenía que ver con que era una mujer de muchas condiciones, pero sin ninguna vocación específica.

Para que Dalí pudiera dedicarse exclusivamente a pintar, ella se ocuparía de mantener a raya sus miedos, de acompañarlo mientras pintaba y de convencerlo, día a día, de su genialidad, aceptando, en todo momento, su humor desconcertante y sus payasadas públicas sin inmutarse siquiera.

No sólo se ocupó de defenderlo de los demás, sino también de sí mismo, ayudándolo, entre otras cosas, a superar la muerte de su madre y a independizarse de su padre. Pero también ejerció una influencia negativa al alejarlo de sus antiguos compañeros de ruta, luego de convencerlo de que la amistad era sólo una entelequia.

Uno de sus gestos más sorprendentes fue haber renunciado a una vida cómoda y placentera para salir a golpear puertas, conseguir mecenas y compradores y guiar a su asustadizo marido ante los crecientes desafíos de su carrera internacional, en un período en que el artista no se atrevía a salir solo a la calle.

El pacto entre Dalí y su musa funcionó durante largo tiempo debido a una gran afinidad básica: ambos sentían un rechazo visceral hacia la moral y las costumbres burguesas y amaban todo lo que fuese raro, salvaje y extravagante. Habían decidido vivir en función del arte, haciendo realidad sus fantasías, sin represiones ni ataduras y manteniéndose unidos como dos siameses.

Pero el acuerdo contaba con una cláusula tácita: Gala seguiría adelante con sus aventuras extramatrimoniales, tal como la había acostumbrado Éluard.

La gran diva del surrealismo defendió a muerte su derecho a tener sexo con quien le viniera en gana. Esto era algo inaudito para la época en España y le dio fama de intrigante y ninfómana; aunque

en verdad era una mujer muy romántica, que, para no ahogarse en la rutina, hacía todo lo posible por llevar una vida novelesca.

Sin su valiosa ayuda, la obra de Dalí difícilmente habría alcanzado tanto desarrollo y difusión. Si bien es cierto que la codicia de Gala contribuyó a que el genio artístico de su marido se degradara en actividades de dudoso gusto como, por ejemplo, el diseño de souvenirs, también hay que considerar que de no haber sido por su musa, el pintor podría haber sido víctima de sus inseguridades y accesos de timidez, con serio perjuicio para su producción.

La alianza entre ellos recién dejó de ser positiva cuando ambos entraron en la vejez. El pintor puso fin a la paz monacal de su casa de Portlligat para rodearse de una bulliciosa fauna de artistas, bohemios y bellísimos modelos de aspecto andrógino que se convirtieron en su séquito. Gala, habitualmente tan discreta con sus affaires, empezó a dedicar buena parte de su tiempo a viajar con sus apuestos amantes -tan jóvenes que podían ser sus nietos- despilfarrando buena parte de su fortuna a expensas de Dalí, a quien le hacía ingerir peligrosos cocteles de medicamentos para evitar que se deprimiera o se pusiese ansioso por sus ausencias. Semejante tratamiento terminaría produciéndole al pintor serios daños neurológicos.

Entonces, su perfecta comunión con Gala empezó a hacer agua por todas partes. Y mientras las peleas conyugales por celos, desacuerdos económicos e incompatibilidad de caracteres se tornaban más cruentas, Dalí ignoraba la situación y seguía cantando loas a su musa, ahora convertido él en personaje mediático. Hasta su muerte, Salvador Dalí seguirá sosteniendo ese amor sublime que alguna vez inventó para gloria de su figura y en agradecimiento a la mujer que lo ayudó a conquistar el mundo.

Capítulo I. Un talento en estado bruto

El “Chico” -como lo sigue llamando su padre, aunque ya es mayor de edad- se encierra en su atelier desde muy temprano. El amanecer en Cadaqués es un espectáculo que lo inspira y no está dispuesto a perdérselo por nada del mundo; pero esa mañana en particular ha recorrido la playa como un sonámbulo, sin disfrutar del paseo. Acaba de cumplir veinticinco años y está obsesionado por su futuro artístico, aunque en verdad lo que más lo tortura es no poder gozar de su sexualidad a pleno. Arrastra tantos traumas desde niño que hasta tiene miedo de volverse loco.

En el verano de 1929, Salvador Dalí pinta como un poseído en la casa que su padre posee en aquel austero pueblito balneario de la costa de Gerona. Faltan pocos días para la llegada del poeta y marchand Camille Goemans, que le ha prometido exhibir algunas de sus pinturas en la pequeña galería que regentea en París. Pero Goemans no viene solo. Lo acompañan su novia, Yvonne Bernard, el pintor René Magritte con su esposa Georgette y el destacado poeta Paul Éluard, uno de los pilares del grupo surrealista, quien ha decidido aprovechar la visita para disfrutar de unas vacaciones en familia con su mujer Gala y la hija de ambos, Cécile, de diez años.

Todos están muy intrigados por este artista de apariencia frágil y timidez enfermiza, que de pronto sorprende a quienes lo frecuentan con sus repentinos raptos de histrionismo. En la intimidad, es una especie de niño-rey que se pasea por sus dominios con la conciencia de ser un elegido, un mesías de la pintura, a quien el resto de los mortales tienen como obligación rendirle homenaje y cumplir sus deseos.

Si bien es muy vergonzoso con los de fuera, es un experto en llamar la atención con sus caprichos y extravagancias. Desde temprana edad ha tenido en vilo a toda su familia; incluso las criadas han preferido seguirle la corriente antes que enfrentarse a su mal genio, porque saben que todas las mujeres de la casa -madre, tía, abuela y

hermana- apañarán siempre todas sus ocurrencias.

En el fondo es un gran seductor que echa mano a su ternura, imaginación y gran sentido del humor para recibir el afecto y el cuidado que reclama insaciablemente. De no ser por sus eventuales rabietas y sus manías algo extrañas, resultaría encantador. Pero está empecinado desde su adolescencia en ser tan famoso como Pablo Picasso, a quien imitó fugazmente en su período cubista.

En 1926, Salvador tuvo la ocasión de visitarlo en su atelier parisino, gracias a la intermediación de su compatriota catalán Joan Miró.

“He venido a verle antes de ir al Louvre”, balbuceó Salvador ante el gran maestro. Picasso simplemente respondió: “Hizo usted muy bien”. Y luego de observar en silencio la pintura que el muchacho le había llevado, se tomó la molestia de enseñarle algunos de sus cuadros. Eso fue todo.

En lo que respecta a las relaciones públicas, Salvador a veces cree comportarse como “un cretino sin inteligencia”. Ni siquiera sabe cómo aprovechar los contactos que Miró le ha facilitado para acceder al circuito de marchands y galeristas.

Se cree predestinado a salvar el arte moderno de la mediocridad general y a devolverle su antigua potencia y libertad; pero también está urgido por saltar a la fama y convocar a un público masivo que reconozca la singularidad de su obra. Para ello ha decidido enrolarse en las filas de los surrealistas, porque al igual que ellos concibe la pintura como un acto de terrorismo, el único posible para desbaratar nuestros prejuicios y develar nuestros sueños más secretos. Pero para llegar al corazón del mundillo artístico lo antes posible no recurre a la pintura, sino al cine.

Con su amigo Luis Buñuel filma el primer cortometraje surrealista Un perro andaluz, que además de provocar el escándalo deseado les permite a estos dos artistas romper con todas las reglas estéticas conocidas hasta el momento. Los dos amigos habían acordado, según palabras de Buñuel:

"No aceptar idea ni imagen alguna que pudiera dar lugar a una explicación racional, psicológica o cultural. Abrir todas las puertas a lo irracional. No admitir más que las imágenes que nos impresionaran, sin tratar de averiguar por qué".

Dado el éxito alcanzado por Un perro andaluz, ambos deciden embarcarse en un nuevo proyecto cinematográfico: La edad de oro. Por eso el joven pintor también aguarda ansioso, ese verano, la llegada de su amigo Buñuel.

Ambiciones precoces

La idea de inmortalizar su nombre lo persigue desde niño. A los seis años quería ser "cocinera" (así, en femenino) para mezclar elementos como las alegres y sudorosas sirvientas que trabajaban en su casa; a los siete, tomó como modelo a Napoleón Bonaparte por sus delirios de grandeza; hasta que finalmente comprendió la única verdad:

"No había ambición más alta que convertirme en Dalí".

Aunque era un niño muy consentido a quien no se le negaba nada,

tenía prohibido entrar a la cocina. El hecho de ingerir cualquier alimento en ese ámbito era considerado por su padre un pecado gravísimo. Pero los caprichos del niño se alimentaban precisamente de esta clase de obstáculos. Bastaba con prohibirle algo para que su mente infantil buscara transgredir ese límite con perversa sensualidad. Mal podía resistir la espesa maraña de olores que emergían de aquel paraíso tan cercano como inaccesible.

Así evocará estos episodios en su madurez:

“Escondido tras la puerta entreabierta de la cocina, oía correr a aquellas mujeres bestiales de manos rojas, lanzaba rápidas miradas a sus fuertes grupas y sus cabellos despeinados como crines. Del calor del mediodía y el barullo confuso de todos los preparativos, se desprendía para mí el olor ácido de las criadas sudando, de los racimos de uvas, del aceite frito, de las pieles arrancadas de las axilas de los conejos, de los riñones y de la mayonesa, anuncios perfumados de la comida mezclados con una especie de fuerte olor a caballo...”.

Estas expediciones a la cocina lo dejaban exhausto, ya que corría demasiados riesgos para alcanzar su meta.

“Cuando lo lograba, rodeado por los gritos divertidos de las criadas, era para apoderarme de un trozo de carne cruda o un champiñón asado que engullía a riesgo de atragantarme, embargado por una angustia y un placer indecibles que incrementaban mi sentimiento de culpabilidad.”

Criado entre algodones, rodeado de parientes que lo elogiaban todo el tiempo, Salvador desarrolló una egolatría desmesurada. Su madre, en particular, era extremadamente cariñosa con él, y cada

día celebraba su despertar con estas dulces palabras en catalán: “Cor, qué vols? Cor, qué desitjes?” (“Corazón, ¿qué quieres? Corazón, ¿qué deseas?”).

Con su dulzura de hada, esa mujer dejará un recuerdo imborrable en su hijo, que años después la recordaría así:

“Era tan buena, que pensaba que su bondad serviría para mí también. Me adoraba con un amor tan íntegro y tan orgulloso que no podía equivocarse”.

Salvador tenía apenas dieciséis años cuando su madre falleció víctima de un cáncer de mama. Fue un golpe del que nunca se repuso del todo, y con el tiempo el pintor escribiría:

“Le adoraba. No podía resignarme a la pérdida del ser en quien contaba para hacer invisibles las inevitables manchas de mi alma…”.

Ese amor incondicional y lisonjero también tenía su lado oscuro. El hijo dilecto, por todos malcriado, en realidad había venido a reemplazar a otro niño, también llamado Salvador, que había fallecido nueve meses y diez días antes de que él naciera.

Desde que tuvo uso de razón, el recuerdo de aquel niño angelical, de ojos claros y cabellos de color trigo, lo persiguió sin descanso, amenazando, como una nube negra, su despreocupada existencia.

Esa sombra planeará sobre él por el resto de su vida y desde entonces se verá obligado a dialogar con esa criatura fantasmal que lo hará sentir “doble” y “bicéfalo”. La presencia del otro se hará consustancial en él. “En mí hay dos Dalí”, dirá a menudo.

Los padres del pintor, Salvador Dalí Cusí y Felipa Domenech Ferrés, tuvieron a aquel primer niño el 12 de octubre de 1901. Su nombre completo era Salvador Galo Anselmo y, según consta en su certificado de defunción, murió el 1° de agosto de 1903 a consecuencia de un “catarro gastroentérico [sic] infeccioso”.

En pleno duelo, la pareja concibió rápidamente otro retoño que llegó al mundo el 11 de mayo de 1904. Lo llamaron Salvador Felipe Jacinto Dalí y se dedicaron a darle todos los gustos, sin sospechar que algún día superaría con creces la fama y prestigio de su padre, quien ya se creía muy importante por ser el notario de Figueres.

El niño, claro está, aprovechó el sentimiento de culpa de sus padres ante la pérdida de su primer hijo manipulando a sus mayores con singular astucia. Pero, por otro lado, la imagen del hermano muerto le impedía entrar al dormitorio de sus padres, debido a la aprensión que le provocaba aquella fotografía del niño colocada encima de la cómoda junto a una reproducción del Cristo crucificado de Velázquez.

El nacimiento de Anna María, en mayo de 1908, no alteró en absoluto este cuadro de jerarquías. La chica viviría a la sombra de sus dos hermanos (uno vivo, otro muerto) sin quejas ni reproches.

Los años de infancia quedarían asociados para ella a un tiempo mágico en el que cualquier sueño podía hacerse realidad. Adoraba a Salvador y era su inseparable compañera de juegos. Nunca olvidaría

la “ternura delirante” de su hermano, que para impedir que el médico agujereara las orejas de su hermanita, lo había golpeado en el rostro “hasta romperle las gafas”.

El propio Dalí se encargó de narrar sus anécdotas de infancia en varios libros, y aunque algunas de ellas resulten, quizás, poco creíbles, concuerdan, en varios aspectos, con sus extravagancias de adulto, sus caprichos seniles y con la imaginería sexual de muchas de sus pinturas.

Cuenta el pintor que hasta los ocho años se orinó en la cama por puro placer y con la abierta intención de humillar a su padre. Éste le tenía reservado un hermoso triciclo para el día en que dejase de mojar las sábanas, pero el pequeño no daba el brazo a torcer. También se negaba a evacuar su vientre donde correspondía, utilizando los rincones más insólitos de la casa para esconder sus deposiciones.

“¿Por qué hacía lo que hacía? ¿Para vengarme de ser demasiado amado? ¿Para afirmarme y así borrar el recuerdo de mi hermano muerto?”.

El pequeño Salvador corría por toda la casa apretando las nalgas, con el rostro encendido por el esfuerzo, mientras familiares y sirvientes le seguían los pasos en frenética carrera.

“Yo me escapaba, guardando mi tesoro en mis entrañas anudadas que depositaba en lugares inesperados: un cajón, una caja de zapatos, la azucarera”.

Después de defecar en cualquier lado, salía corriendo al jardín para anunciar a sus perseguidores: “¡Ya está hecho!”, como si se tratase de un juego. Los padres, entonces, emprendían la búsqueda con la ayuda de las criadas, bien pertrechadas para la ocasión con palas y trapos.

Tal como reconoció el artista en su adultez:

“Disfrutaba infligiendo suplicios a los que me rodeaban y mis primeros años fueron marcados por una anomalía freudiana caracterizada: el placer sobreagudo de retener mis porquerías”.

Estos actos de vandalismo fueron encauzados poco después en la pintura gracias a la influencia de Ramón Pitxot. Cuando el niño vio a su vecino pintando un cuadro de estilo impresionista, quedó tan deslumbrado, que ya no tuvo dudas acerca de su vocación: él también sería pintor.

Los Pitxot tenían casa en Cadaqués desde principios de siglo y solían alternar con Salvador Dalí padre. Todos los integrantes de esa familia habían recibido una esmerada educación estética en París y cultivaban distintas ramas del arte. Ramón era amigo de Picasso, Luis estudió violín y Ricardo, violoncelo con Pablo Casals. Fueron un magnífico estímulo para Salvador y Anna María y, además, les gustaba divertirse. Solían llevar a la práctica las ideas más insólitas sin preocuparse por “el qué dirán”.

En los meses de calor acostumbraban instalar su piano de cola entre las rocas de la playa para ofrecer allí sus conciertos estivales. Un Dalí en la cumbre de su carrera relatará después:

“Esa imagen no la inventé en mis cuadros. La vi con mis propios ojos en la playa de Cadaqués”.

Ramón convenció al notario Dalí Cusí de que su hijo tenía talento para la pintura. De inmediato adaptaron el lavadero de la casa para que el niño -de unos nueve o diez años en esa época- realizara sus primeras manchas. Desde entonces, nunca dejó de pintar.

El primer público

Dado su peculiar carácter, a nadie sorprendió que el rendimiento escolar del chico presentara algunos altibajos. Cuando algo lo interesaba, se sumergía en el tema con verdadera pasión; pero de no ser así, lo ignoraba sin remedio.

“A veces parecía negado a toda enseñanza, dando muestras de la inteligencia más obtusa, y otras me lanzaba al estudio con un frenesí, una paciencia y una voluntad de aprender que desconcertaban a todo el mundo. Pero, para que mi celo se sintiera estimulado, había que ofrecerme forzosamente algo que me complaciera”.

Pese a todo, egresó del Colegio Hispano Francés de Figueres, Gerona, con muy buena formación. De esa época datan, también, sus primeras muestras de exhibicionismo. Cuenta el pintor que un día sintió deseos de saltar al vacío mientras bajaba por una escalera para ir al recreo. La cobardía lo retuvo, pero al día siguiente se echó a rodar por los escalones de piedra sin pensarlo dos veces. Alumnos y profesores quedaron atónitos con la escena y enseguida se abalanzaron sobre él para curarlo y prodigarle todo tipo de atenciones. Pocos días más tarde, Salvador repitió la operación, pero esta vez lanzando un fuerte grito que paralizó a todos los

presentes, generando a su alrededor “un silencio de muerte”. No se conformó:

“Lo hice de nuevo otras veces, pero la angustia de mis camaradas era tan grande que ya no sentía miedo”.

Era la primera vez que lograba fascinar a un auditorio a través de una acción que estaba a la altura de un gran acontecimiento.

Esta travesura infantil le dio la clave para triunfar en la vida:

“Hacer que los demás acepten de forma natural los excesos de mi personalidad y descargarme de mis propias angustias creando una especie de participación colectiva”.

Al fin había encontrado la horma de su personaje, el truco que lo convertiría, años más tarde, en un pionero del happening y la performance.

Durante sus años de estudiante en Madrid, Dalí debió recurrir a nuevos ardides para deslumbrar a sus compañeros, que a diferencia de los muchachos de su antiguo colegio, no le iban a la zaga en talento, creatividad y respaldo económico. Incluso, algunos lo superaban.

Entre 1922 y 1926, el inexperto catalán vivió los años más excitantes de su vida al ingresar en la selecta Residencia de Estudiantes, con el fin de seguir la carrera de Bellas Artes en la

Academia de San Fernando. A la “Resi” asistían los hijos de las familias más acomodadas del país. Era una especie de campus universitario, al estilo de Oxford, en el que se podía preparar cualquier asignatura. Contaba con cinco laboratorios, una gran biblioteca y varios campos de deportes. Por su sala de conferencias desfiló la más ilustre intelectualidad europea, desde Albert Einstein hasta Le Corbusier, pasando por Henri Bergson, el escritor de ciencia ficción H.G.Wells y el economista Keynes, entre otros.

El joven Dalí no pasó desapercibido con su aspecto de dandy: melena larga con patillas, gabardina y polainas al estilo de los artistas victorianos. Por lo demás, según Pepín Bello -quien fuera uno de los alumnos más populares de la Residencia-, Dalí en ese entonces “era un muchacho taciturno y distante, tímido y retraído hasta la exageración”, al que sus compañeros enseguida empezaron a llamar “el Músico” o “el Artista Polaco”, por su atípica indumentaria. Poco tiempo después, alguien vio sus cuadros cubistas e hizo correr la voz de que el misterioso joven era un pintor de talento, pese a sus escasas luces. Según confesó Bello siendo ya anciano, Dalí “nunca supo discernir entre 25 pesetas y cinco duros” y pasó toda su vida “sin saber leer la hora”.

Pero el joven catalán pudo hallar su grupo de pertenencia mucho antes de lo previsto, pese a su fobia social:

“La menor atención me hacía ruborizar hasta las orejas; pasaba el tiempo ocultándome y permanecía solitario”.

Un trío de temer

Quizá por una cuestión de complementariedad, Dalí hizo su primera alianza con el enérgico y expansivo Buñuel, que era un gran

deportista (practicaba box y llegó a escalar la fachada de la Residencia), además de un asiduo concurrente a los burdeles madrileños (“los mejores del mundo”, según él). No era apuesto, pero desbordaba testosterona. Dalí, en cambio, se comportaba como un intelectual contemplativo y tenía serios conflictos con su sexualidad. Abusaba de las prácticas masturbatorias sin poder relacionarse con las mujeres. Según Bello:

“Dalí era totalmente asexual. Lo mismo le daba un hombre que una mujer o una máquina fotográfica”.

Tanto el pintor como el futuro director de cine tenían en común una gran afición al jazz y se llevaban de maravillas con el poeta Federico García Lorca. Al principio, Dalí consideró al granadino un rival, dado que era imposible superarlo en chispa, ingenio y sociabilidad.

“A veces estábamos paseando, el grupo entero [...] en dirección al café donde celebrábamos nuestras usuales reuniones literarias y donde yo sabía que iba a brillar Lorca como un loco y fogoso diamante. De pronto, me escapaba corriendo, y en tres días no me veía nadie”.

Le resultaba muy difícil competir con Lorca, que para ese entonces era una figura de cierto prestigio. El poeta y dramaturgo ya había llevado a escena El maleficio de la mariposa y publicado sus primeros versos en Libro de poemas, además de colaborar con su coterráneo, el músico Manuel de Falla, en la organización de un concurso de cante jondo en la Alhambra.

Su condición de homosexual despertaba algunas suspicacias entre algunos alumnos, pero cada vez que se ponía a cantar al piano,

hasta los más prejuiciosos caían rendidos ante su voz. Cuenta Buñuel en sus memorias:

"Federico no tenía nada de afeminado ni había en él la menor afectación. Tampoco le gustaban las parodias ni las bromas al respecto".

Era, sin duda, la gran estrella del lugar. Su personalidad produjo una tremenda impresión en Dalí. Con la protección del vigoroso Buñuel y seducido por el irresistible glamour de Lorca, el acomplejado catalán terminó formando parte del trío más mentado del lugar.

Durante algún tiempo se dedicaron a cometer mil tropelías para rebelarse contra las normas establecidas y la moral burguesa. Salían a la calle disfrazados, bebían a destajo y luego lanzaban toda clase de insolencias a todo el que se les cruzaba por el camino. Revoltosos y ocurrentes, le declararon la guerra a los cursis y mediocres, a los que calificaron de "putrefactos". Cuando Juan Ramón Jiménez ganó el Nobel de Literatura, le enviaron una carta denigrándolo con los peores insultos (más tarde se dijo que el asno podrido que aparece en Un perro andaluz era un "homenaje" al burrito ñoño de Platero y yo). En contrapartida recitaban por la calle a sus poetas predilectos y compartían apasionadas discusiones sobre arte, política, filosofía, literatura y religión, que podían durar toda la noche.

Por entonces, Salvador lee a Voltaire y a Nietzsche, autores que estimulan su "subversión espiritual" y reafirman su "voluntad de dominio"; quiere demostrarse a sí mismo que es capaz de realizar actos deliberadamente injustos y ser "inaccesible a los remordimientos".

Como no podía ocurrir de otra manera, empieza a competir con su progenitor siguiendo al pie de la letra la enseñanza atea y anarquizante de la biblioteca paterna. Pero, más que un anarquista, Salvador es un revoltoso.

En octubre de 1923 es expulsado de la Academia de San Fernando, durante un año, por liderar una protesta contra la cesantía de un profesor. Luego de estar preso durante treinta y cinco días bajo el cargo de sublevación, es reincorporado. Tres años más tarde, y pese a sus buenas notas, él mismo provocará su expulsión definitiva, al negarse a ser examinado "por tres ignorantes catedráticos". Desde entonces seguirá perfeccionándose por su cuenta.

En 1926 pinta la Cesta de pan, un extraordinario ejemplo de realismo fotográfico que ya prefigura su admirable técnica.

El amor que no puede decir su nombre

Hacia 1929, la alianza entre Dalí, Lorca y Buñuel empieza a exhibir algunas fisuras. El éxito de Romancero gitano, publicado en 1928, convierte a Lorca en toda una celebridad, pero sus amigos, tal vez por celos, se burlan de sus veleidades "folklóricas" y toman distancia de él para embarcarse juntos en la realización de Un perro andaluz. Herido por la actitud de sus ex compañeros, Lorca toma el título del cortometraje como una cruel burla hacia su persona. Por ese motivo se pelea con Buñuel, aunque después de un tiempo se amigan. Su relación con Dalí, en cambio, siempre fue muy cariñosa.

Habitualmente el pintor era reacio a dar señales de afecto, pero a Lorca lo trató, en todo momento, con inusual deferencia y ternura.

Diseñó, entre otras cosas, el vestuario y la escenografía del drama lorquiano Mariana Pineda e hizo todo lo posible para involucrar al poeta en la movida surrealista. Esa influencia se hace patente en el enigmático libro de García Lorca Poeta en Nueva York. Pero Dalí también recibió una fuerte inspiración de parte de su amigo. Como bien señala Ian Gibson, en su biografía La vida desaforada de Salvador Dalí:

"La presencia de Lorca en la obra de Dalí es constante y puede detectarse hasta en cuadros pintados muchos años después de la muerte del poeta, como El torero alucinógeno (1969-70)".

Sobre la relación entre el pintor y el poeta se ha especulado ampliamente y quedan todavía muchos puntos oscuros sin esclarecer. Ambos compartieron un par de encuentros memorables en Cadaqués con el resto de la familia Dalí y en ambas oportunidades el andaluz improvisó recitales de poesía, cantó temas tradicionales, relató anécdotas graciosísimas y dejó prendado a todo el mundo con su donaire e ingenio. Anna María Dalí no fue inmune al hechizo lorquiano y compartió con el poeta un florido intercambio epistolar. Parecía haberse enamorado de él, y fuese cierto o no, pasó el resto de su vida de soltera recordando la dulce voz del granadino, como si todavía pudiese oírla. Lorca la había tratado con una galantería y delicadeza inusuales, de las que sólo él era capaz.

En 1925, luego de pasar las Pascuas en Cadaqués, Lorca homenajea a su amigo con la Oda a Salvador Dalí. En ella describe, a través de asociaciones bastante crípticas, la personalidad fóbica del pintor y su no menos aséptico y cerebral lenguaje pictórico.

Lorca tenía un espíritu dionisíaco y apasionado; en cambio Dalí, que era seis años menor que él, cultivaba una sensibilidad y una estética

apolíneas. El catalán rehuía las emociones y la pasión. Por eso, el poeta lo define como un “alma higiénica” y le sugiere a través de su Oda que se atreva a internarse en terrenos peligrosos, donde las emociones y los sentimientos resultan poderosos estímulos para la creación.

Durante tres años mantuvieron una relación muy intensa, a través de cartas y de algunas visitas de Lorca a Cataluña.

En una entrevista de 1955, Dalí confesó públicamente que su compañero de aventuras había tratado de sodomizar- lo en dos ocasiones, pero que él se había resistido, primero porque no era “pederasta” y, en segundo lugar, porque le dolía. El pintor dijo que se había sentido muy halagado por los requerimientos de su amigo, pero que finalmente se negó.

“En el fondo me decía que [Lorca] era un maravilloso poeta y que yo le debía un poco del ojo del culo del Divino Dalí”.

Federico entonces utilizó como sustituto a una joven que ambos conocían, muy liberada sexualmente, e hizo el amor con ella delante del aprensivo catalán, al que le juró, según palabras de Dalí:

“.. .que el sacrificio de la muchacha estaba compensado por el suyo propio, ya que era la primera vez que hacía el amor a una mujer”.

El rústico Buñuel no soportaba los devaneos amorosos de sus dos amigos e hizo todo lo posible por separarlos. Debido a los celos y a su indisimulada homofobia, veía con enorme desagrado la influencia “del García” sobre el frágil Dalí. Así le escribe a Pepín

Bello:

“Recibí una carta asquerosa de Federico y su acólito Dalí. Lo tiene esclavizado”.

En junio de 1929, mientras el pintor trabajaba sin descanso en Cadaqués, Lorca viajaba a los Estados Unidos.

Fobia e inseguridad

Ya lejos de su amigo (al que recién volvería a ver en 1935, poco antes de su trágica muerte), el inhibido Dalí siguió fiel a sus hábitos masturbatorios, la única descarga sexual que se permitía, dado que el sexo femenino era para él:

“.. .una caverna confusa donde borbotean humores, de donde salen los niños y los embriones, y que contiene pliegues blandos”.

Eso lo había convencido de que moriría virgen.

Durante cinco años mantuvo un noviazgo a distancia con una chica de su pueblo, Carme Roget, pero todavía no había cortejado formalmente a ninguna mujer, ni sabía cómo hacerlo. Su experiencia sexual era nula, debido a que su padre le había transmitido, según él, “un miedo-pánico a las enfermedades venéreas”. Por eso tampoco se había atrevido a requerir los servicios de alguna profesional.

El artista atribuía su impotencia sexual al hecho de haber descubierto, en la pubertad, que su sexo era “pequeño, triste y blando”, en relación al de sus camaradas. También lo atormentaba el recuerdo de una novela pornográfica, donde el don Juan de turno decía que, cuando penetraba a las mujeres, le gustaba hacerlas crujir como sandías.

“Yo estaba convencido de que jamás podría hacer crujir así a una mujer. Y esta debilidad me roía. Disimulaba esta anomalía, pero a menudo era presa de unas crisis de risa incontenibles hasta la histeria, que eran como la prueba de las inquietudes que me agitaban profundamente”.

A sus veinticinco años, pródigo en proyectos y oportunidades, el joven artista veía entorpecidas sus ambiciones profesionales por el miedo a volverse loco. Le daba escalofríos pensarse homosexual y, pese a que el cuerpo femenino lo espantaba, la idea de quedarse solo para siempre le resultaba aún más intolerable.

El vacío experimentado en esos días lo impulsó a tomar una decisión: debía conseguir una mujer al costo que fuera.

Y, ¿cómo sería la elegida?

Él la imaginaba como una confusa mezcla de madre, hermana y diosa del amor.

Y, ¿qué debería hacer para conquistarla?

De eso, el artista no tenía una mínima idea.

Capítulo II. Una mujer con experiencia

En París, el calor traspasa las paredes de los edificios con su carga de malos olores. De la noche a la mañana, todas las viviendas se han convertido en lugares de encierro. Pequeñas, escasas de aberturas, ridículamente cegadas a la luz del sol.

Para agobio de sus habitantes, el verano se comporta este año como una visita molesta y opresiva, que día a día arroja su pesada red sobre los parisinos con el único objetivo de agravar su malhumor. Algunos afortunados ya se han escapado de la ciudad, pero el poeta Paul Éluard todavía tiene que convencer a su mujer de las ventajas de unas modestas vacaciones en España junto a Cécile, la hija de ambos.

Sabe que detesta los viajes en familia. Aún así, vale la pena insistir, porque este año andan muy cortos de dinero. La idea de viajar a la agreste costa catalana cuenta con otro gran aliciente: la visita al atelier del extravagante pintor Salvador Dalí y la grata compañía de otros representantes del mundillo del arte, que Gala aprecia bastante.

Éluard conoció al artista catalán en una boíte parisina, durante una de esas noches de "soltería" en las que solía vagar por la ciudad en busca de aventuras, mientras su mujer descansaba en algún punto de Europa, sola o acompañada por un amante ocasional. Seguramente Dalí ya está al tanto de las audacias sexuales de esta pareja, porque apenas le presentaron a Éluard, insistió en que fuera a visitarlo a Cadaqués, con su encantadora esposa.

Los artistas europeos de la época caían rendidos ante las rusas, que en general eran muy cultas y soñaban con tener un compañero relacionado con el arte. Se las tenía por enigmáticas, apasionadas, con propensión a la melancolía e incapaces de controlar sus

emociones. A diferencia de las sencillas y despreocupadas francesas, ellas pasaban de la angustia a la euforia en cuestión de segundos, batiendo récords de inestabilidad.

Pero Gala, además, tiene poderes de vidente y consulta sus cartas de tarot para cualquier toma de decisión. Su extrema delgadez, su piel oscura y unos ojos que parecen dos carbones encendidos penetrándolo todo con sus destellos negros y azules, le dan el aspecto de una joven bruja. Su marido dice que su mirada es capaz de atravesar muros. Éluard ve en Gala a un típico exponente del temperamento ruso y en uno de sus poemas brinda una irónica descripción de sus excesos:

“El ruso es un neurasténico que se atribuye un poder mágico. [...] Con frecuencia es enigmático, extraño, anatemizante. Tiene un aspecto satánico”.

Parece el retrato de Rasputín, pero esos versos mordaces aluden al embrujo de una mujer culta, callada y misteriosa que del brazo de su marido ha frecuentado a dadaístas y surrealistas, despertando pasiones, recelos y no pocas desavenencias entre ellos.

Paul a veces la llama cariñosamente “Galutchka”, el diminutivo ruso más aproximado a su nombre. Aunque ella, en realidad, ni siquiera se llama Gala. Su verdadero nombre es Elena Ivanovna Diakonova, pero siendo aún muy pequeña, su madre comenzó a llamarla Gala. Desde entonces lleva con orgullo ese sobrenombre de reminiscencias latinas, al que considera mucho más elegante e internacional que cualquier otro nombre ruso. No le gusta hablar de sus orígenes eslavos ni de su familia, pero se mantiene en comunicación con su hermana Lydia -ocho años menor que ella- que vive en Viena con su marido.

Lo que más rechazo le produce a Gala es mirar hacia atrás, por eso evita todo comentario sobre su pasado. Nadie conoce con precisión su fecha de nacimiento. Dicen que por coquetería, o para evitar que algún astrólogo pretenda meter sus narices en los secretos que ella atesora, Gala evita dar ese dato, o bien lo tergiversa.

Lo más probable es que haya nacido el 26 de agosto de 1894 (según el calendario juliano), o bien el 7 de septiembre de 1894 (según el calendario gregoriano).

Llegó al mundo en Kazán -de eso no hay duda-, en la región tártara; pero, al poco tiempo de morir su padre, Iván Diakonov (un alto funcionario de la administración rusa), Gala -de once años- se muda con su familia a Moscú.

Su madre, Antonina, pronto contrajo segundas nupcias con un exitoso abogado moscovita llamado Dimitri Illich Gomberg, que con gran generosidad se hizo cargo de los hijos de su mujer, pagando sus estudios y alentándolos a hacer deporte. Además, sus ingresos le permitían asistir con su familia a conciertos y a otras actividades culturales.

Vivían en un confortable apartamento en el centro de Moscú, suficientemente amplio como para albergar con holgura a los seis miembros de la familia, a sus sirvientes y a dos sobrinos del abogado Gomberg, que se habían instalado en la ciudad para terminar sus estudios.

Gala fue una alumna brillante y en 1915 obtuvo su título de maestra en el instituto femenino M.G. Brukhonenko, de Moscú.

Dominaba el francés y el alemán, y toda su vida fue una ávida lectora. Su salud, siempre delicada, fue su gran excusa para aislarse del mundo y disfrutar de sus autores favoritos sin interrupciones molestas.

Toda su familia compartía esta gran afición por la literatura. Su madre publicó un libro de cuentos infantiles bastante importante y su hermano Vadim, además de enseñar Filología en la universidad, fue autor de un ensayo sobre la obra de Turgueniev. El único que no frecuentaba la actividad literaria era el otro hermano varón, Nikolai, de profesión ingeniero hidráulico.

Gala, por lo tanto, está acostumbrada a moverse en un ambiente muy culto, pero tiene un carácter destemplado y muy poca paciencia para la diplomacia. Los desplantes de la rusa no son fáciles de digerir. Su hermana Lydia confesará en una entrevista, varias décadas más tarde:

“Si alguien le caía mal o la molestaba, lo demostraba abiertamente”.

No es una salvaje de las estepas, pero tampoco la dama de modales finos que uno esperaría encontrar. Sea como fuere, todos los surrealistas han estado un poco enamorados de ella, o han barajado esa posibilidad, ya que como todo el mundo sabe, su propio marido la anima a tener historias con otros hombres y, además, suele llevar consigo varias fotografías con desnudos de su mujer para enseñárselas a sus amigos.

Por un tiempo circuló el rumor de que todo aquel que había sido abrazado por Gala, al cabo de nueve meses daba a luz alguna genialidad. Esto no quita que haya sido demonizada sin compasión

por los mismos individuos que fantaseaban con ella.

Gala despierta desconfianza con su conducta despre- juiciada y su intensa actividad sexual, y esto es algo que los surrealistas, por más osados que aparenten ser en sus realizaciones artísticas y manifestaciones públicas, no pueden admitir. Tampoco aceptan la constante injerencia de la rusa en la obra de Paul; detestan que ésta se empeñe en acompañar al poeta a las reuniones del grupo. Aunque nadie lo diga en voz alta, muchos de ellos la consideran una mujer peligrosa, dominante; incluso satánica.

Un amor en la montaña

Gala y Paul practican el amor libre desde hace años sin que esto afecte su franca camaradería, basada en la confianza mutua, la ausencia de celos y el culto a la libertad individual. Ambos desprecian la mezquina moral burguesa y consideran que la fidelidad es enemiga del amor, una mera trampa para poseer al otro y cercenar su libertad.

Se conocieron en 1913, en un selecto sanatorio suizo ubicado en Davos, al que ambos ingresaron con síntomas de tuberculosis. Era un tipo de establecimiento bastante elegante que hoy podría ser comparado con un spa cuatro estrellas. No era un lugar para enfermos terminales, sino que estaba preparado para recibir pacientes en vías de recuperación o cuya enfermedad aún podía ser revertida con una estricta cura de aire puro, higiene, dieta sana y reposo.

A la hora de la siesta, ambos jóvenes solían intercambiar tiernas misivas que se enviaban a escondidas, con la complicidad de los demás pacientes. Estuvieron casi un año en Davos, compartiendo

lecturas, pequeños paseos y baños de sol. También tuvieron ocasión de disfrutar de varias fiestas, entre ellas, un baile de Carnaval al que asistieron disfrazados de pierrots, como dos gemelos. Ambos provenían de familias muy distintas, pero esta fantasía de igualarse al ser amado sería una constante en la vida de Gala.

Con apenas diecisiete años, ha viajado sola desde Rusia hasta Suiza impulsada por su natural inclinación a la aventura. Y aunque resulte llamativo que ni su madre ni sus hermanos hayan ido a visitarla a su retiro suizo, la joven rusa debió disfrutar mucho de aquella estadía que sirvió de marco a su primer gran amor.

Paul, en cambio, tenía a su madre de cicerone. Era hijo único, gozaba de una muy buena posición económica (gracias a los negocios inmobiliarios de su padre, Clément Grindel) y hasta ese momento había sido tratado por sus progenitores como un niño delicado al que era necesario sobreproteger.

No había fuerza en el mundo que separase a Madame Grindel de su adorado Gegé; pero con la aparición de Gala, el joven maduró de golpe y dejó de comportarse como una criatura indefensa. Su madre no tuvo más remedio, entonces, que dar un paso al costado y dejar que la altiva adolescente rusa se ocupase de su querido hijo hasta convertirse en su alma gemela. Se volvieron inseparables. Además, compartían la misma devoción por la lengua francesa, y como el chico escribía bellos poemas, Gala lo persuadió de que se dedicase exclusivamente a la poesía. Fueron su estímulo y energía los que impulsaron al inmaduro Eugene-Emil-Paul Grindel a transformarse en el exquisito poeta Paul Éluard, seudónimo literario por el cual sería conocido en todo el mundo.

Desde el primer día, Gala trabajó junto a él con una convicción indeclinable. No fue una musa pasiva, sino la atenta lectora y

certera crítica de aquellos versos inflamados de amor y deseo que ella misma inspiraba. Cuando

Paul publicó su primer libro, con edición propia, la rusa fue quien se encargó de escribir el prólogo.

El pacto erótico de los Éluard

Una vez recibida el alta, los enamorados volvieron a sus respectivos hogares con la firme promesa de unir sus vidas en breve. Terca y voluntariosa como era, la joven rusa puso en marcha su plan de expatriación apenas llegó a Moscú, aunque finalmente le llevó mucho más tiempo de lo pensado convencer a sus padres de que le dejasen viajar a París con la supuesta excusa de continuar sus estudios en aquella ciudad. Sólo cuando empezó a enfermar de tristeza, con síntomas muy parecidos a los de la tuberculosis, su familia la dejó marchar. Entre tanto, mantuvo con su novio una ardiente correspondencia que incluía abundantes referencias eróticas. Para Gala era muy importante llegar virgen al matrimonio por una cuestión mística más que moral. Decidida a casarse por la Iglesia, abandonó la religión ortodoxa para convertirse al catolicismo. Pero como era una muchacha desinhibida, le confesó a su novio tener “cualidades putanescas”. El 21 de febrero de 1917 contrajeron matrimonio, él con veintidós años, ella con veintitrés, y fijaron su residencia en casa de los padres de Paul.

La Primera Guerra Mundial vuelve a separarlos por un tiempo. El joven poeta debe cumplir con sus deberes patrióticos en el frente, mientras la flamante esposa se aburre en casa de sus suegros y, en lugar de colaborar con las tareas hogareñas, se viste y se comporta como una princesa en el exilio. Así lo admite en una de las tantas cartas que le envía a su esposo:

“Nunca pareceré una mujer de mi casa, seré limpia, coqueta (es decir perfumada y con las manos cuidadas) y leeré mucho, mucho. Haré todo, pero tendré aspecto de mujer que no hace nada. Tu madre me llama ‘la Princesa del Guisante, porque nunca he hecho nada ni para mí”.

Es una lectora impenitente y, para que no la molesten, se refugia en sus jaquecas o bien esgrime cualquier clase de excusa relacionada con su frágil salud.

El 10 de mayo de 1918 nace su hija Cécile, quien desde el primer día queda a cargo de su suegra. Madame Grindel será quien se ocupe de la criatura cuando sus padres pasen largas temporadas viajando de un lado a otro.

Todo el interés de Gala está concentrado en Paul, con quien comparte los placeres del sexo y un sinnúmero de actividades ligadas al arte y a la creación literaria.

Pese a su juventud, él es un amante consumado, que muy rápidamente introduce a su mujer en toda clase de prácticas sexuales: masturbación mutua, voyeurismo, intercambios de pareja, etcétera.

Ambos siguen siendo adictos al sexo y no lo disimulan. El poeta alienta a su mujer a tener aventuras extramatrimoniales, no sólo con el fin de poder seguir adelante con sus propios affaires, sino para satisfacer una de sus fantasías favoritas, la de imaginarla en brazos de otro hombre. Así le pide en una de sus cartas:

“Comprende y hazle comprender que me gustaría que a veces te poseyéramos juntos, como habíamos acordado”.

Esto hizo que la sensual rusa se ganara una injusta fama de ninfómana. Más allá de su “deportiva” afición al sexo, es una mujer que disfruta de la vida en pareja y se esmera en deleitar a su hombre con la dedicación de una geisha.

La pareja acostumbra a comentar en detalle sus respectivas experiencias eróticas, como consta en la abundante correspondencia mantenida durante más de una década.

“Gala mía: aquí hago el amor muy a menudo, demasiado. Pero ¡qué no daría yo por pasar una noche contigo! Todo”.

Esta clase de expresiones son habituales en Paul. El poeta se autoconvence de que sus múltiples infidelidades lo llevan a desear con más fuerza a su esposa. Ninguna mujer en la tierra puede competir con su adorada Gala, “la Mujer total”. Pese a tanta liviandad y desprejuicio, el matrimonio ha estado a punto de sucumbir por culpa de un complicado menage a trois con el pintor surrealista Max Ernst, un alemán de porte atlético al que Éluard consideraba su hermano del alma.

Por alguna razón, Paul terminó oficiando de “tercero excluido” en aquella relación tumultuosa y en 1924 huyó hacia Oriente sin dar noticias de su paradero.

Luego de un tiempo de deambular por la Polinesia, y al no encontrar consuelo entre las sensuales tahitianas de Papeete y el exotismo de otras ciudades de Oriente, pidió auxilio. Se había quedado sin dinero, y la añoranza por volver a su tierra y recuperar a su mujer estuvo a punto de enfermarlo. Finalmente fue rescatado en Indochina (actual Vietnam) por Gala y Max Ernst. Una vez allí, el trío se disolvió definitivamente, y mientras Ernst permanecía un tiempo más en Saigón, los Éluard volvieron juntos a su hogar.

La dama se aburre

Ya reconciliados, los esposos continúan con sus viajes y aventuras, intentando recuperar su antigua camaradería. En mayo de 1927 muere el padre de Paul, dejándoles una apreciable fortuna que les permitirá vivir de rentas. Pero la salud del poeta vuelve a quebrantarse, impidiéndole disfrutar por algún tiempo de su nueva condición de hombre rico. Afectado de una pleuresía que luego deviene en neumotórax, vuelve a internarse en un lujoso sanatorio de montaña en el que permanecerá desde noviembre de 1927 hasta mediados de 1928.

Durante ese lapso, Gala lo acompaña por muy poco tiempo y, para evitar que él la reclame a su lado y la obligue a hacer de enfermera, se marcha durante un mes a Moscú y a Leningrado, para visitar a los suyos.

A su regreso, reparte su tiempo entre París y otras ciudades de Europa con la excusa de comprar antigüedades y objetos de arte. Paul acostumbra invertir en ese negocio grandes sumas de dinero, pero el interés de la rusa por dicha actividad es solamente una excusa para distanciarse de su marido. Es evidente que la compañía del poeta ya no la entusiasma como antaño.

Luego de diez años de matrimonio, Gala empieza a estar más callada y a reconcentrarse en sí misma. Desde entonces, se la ve siempre nerviosa y descontenta. Su carácter inestable la impulsa a viajar de un sitio a otro, casi en forma maníaca y sin que ni ella misma sepa lo que está buscando. Ama a Paul, pero algo la lleva a alejarse de él por más tiempo. Su marido, a quien las aventuras extramatrimoniales no le hacen mella, le aconseja:

“Aprovecha tu libertad. Hay que abusar siempre de la libertad. [...] Sólo quiero hacer el amor contigo. Las demás son una diversión, puro diletantismo. [.] El amor con las que no son tú me cansa, me asquea”.

En sus cartas venera a una Gala eterna y poderosa que se introduce en los sueños del poeta tal como lo haría una diosa griega. Pero para reverenciarla de esa forma, Paul necesita seducir y frecuentar a otras mujeres. Desde la distancia suele enviar su particular reclamo:

“Necesito tu desnudez para desear ver otras”.

La herencia paterna ha favorecido la promiscuidad del matrimonio, pero de aquella fortuna queda ya muy poco. Han dilapidado casi todo su patrimonio en la compra de colecciones de arte y ropa, en viajes y en todo lo que puede consumir una pareja de bon vivants.

Con sus últimos recursos, el poeta ha alquilado un departamento de cinco habitaciones en un elegante rincón de Montmartre. Su objetivo es atraer a Gala y hacerla echar raíces en su nuevo hogar; pero en los últimos tiempos, ella se ha vuelto muy escurridiza, como si estuviese dispuesta a cortar amarras. La creciente

autonomía profesional de Paul, más concentrado que nunca en su obra poética y en las actividades que lo ligan al grupo surrealista, ha ido opacando la mágica conexión de los primeros tiempos.

Aunque él siga necesitándola como partenaire sexual y cómplice de sus aventuras eróticas, es evidente que ya no depende de la fe y el talento intuitivo de Gala para su métier.

Ella se resiste a que Paul la convierta en una musa estática e inoperante, y ya no soporta la idea de ser tratada como una esfinge sin voz ni voto.

En el verano de 1929, Gala se encuentra sin diversión, sin tarea y sin un amante que satisfaga sus fantasías románticas. El ambiente parisino ya no le resulta tan atractivo.

El plan de visitar la inhóspita Costa Brava al menos le ofrece la posibilidad de apostar a lo desconocido. Está muy interesada en conocer la obra de Dalí, a la que algunos entendidos han empezado a valorar con creciente interés, aunque lo supone un aldeano rústico, carente de instrucción y roce social. Como ha sido educada en el culto a la civilización francesa, tiene una opinión muy pobre acerca de los españoles, algo parecido al desprecio que podía sentir un ateniense del siglo V en relación a cualquier pueblo bárbaro. Pero como sus viajes se han vuelto cada vez más rutinarios y previsibles, acepta la propuesta de Paul y se marcha con él y su hija a la inhóspita España.

La travesía es larga e incómoda, y debe hacer grandes esfuerzos para controlar su mal humor. Al fin y al cabo ya se lo habían advertido, una vez pasada la frontera, el paisaje se vuelve más austero y desolador. Del lado francés abundan los viñedos y

frutales, pero el muro de los Pirineos impide que este generoso vergel se prolongue del lado español. El valle del Ampurdán, adonde se dirigen los viajeros, es un espacio mineral, casi desértico, que sorprende al recién llegado con su austeridad y misterio.

Los que conocieron la zona en aquellos años -cuando ninguna construcción moderna afeaba el paisaje- dicen que la región ampurdanesa parecía el escenario de un planeta olvidado. Pero lo que más temen los excursionistas es que sople la tramontana, un viento proveniente de África que altera los nervios y embota los sentidos.

Gala observa distraída por la ventanilla del coche, fiel a su tendencia de mantenerse aislada aun en plena compañía. Los viajes siempre la hacen soñar, son parte de su naturaleza, el alimento que la mantiene viva. Sólo en ese permanente trajinar siente que puede recuperar algo del equilibrio perdido. El sol de agosto le recalienta el cerebro. ¿Dónde está el mar?

Fuera del coche no parece haber signos de vida, sólo la chicharra de algunos insectos y unos pocos espinos moviéndose con pereza. La atmósfera refulgente obliga a cerrar los ojos, mientras la luz del mediodía transmuta el verde de los olivares en color plata.

Todavía hay que trepar unos cuantos kilómetros para poder divisar el mar, al que se accede por una carretera estrecha y sinuosa, bordeada de cardos e hinojos.

No es un paisaje que enamore a primera vista, pero Gala observa hipnotizada ese páramo que se enciende ante sus ojos, como bendecido por la luz. Sin siquiera sospecharlo, acaba de ingresar al territorio del que muy pronto será reina y señora.

Capítulo III. El poeta, el pintor, su mujer y su amante

Contra todos los pronósticos, Salvador Dalí resulta un magnífico anfitrión, siempre pendiente de que a sus invitados no les falte nada. Ya les ha hecho degustar los manjares de la zona, incluido su plato favorito, los erizos de mar, y ha organizado para ellos diversas salidas: paseos en barca, actividades en la playa y largas caminatas por la costa rocosa.

A la manera de los grandes viajeros del siglo XIX, mezcla de científicos y pintores, Dalí les ha ido enseñando a sus huéspedes la fauna y flora del lugar con una erudición sorprendente. Hace todo lo posible para que los visitantes se enamoren de su terruño; sólo se comporta como un tonto cuando Gala está presente.

Apenas la vio llegar, quedó impactado por su dignidad y prestancia, y al instante comprendió que era la mujer de su vida, la compañera que ha estado esperando desde hace tiempo y a la que cree estar predestinado. Pero la rusa apenas lo mira; desde su llegada, sólo tiene para él gestos desdeñosos. La mirada adusta, los labios bien apretados, como para dejar en claro que ella es una señora, cosmopolita y refinada, y él, nada más que un provinciano rústico.

El inexperto muchacho se ha propuesto llamar la atención de Gala, pero aún no sabe a qué trucos recurrir. Siempre ha sido un experto en el arte de hacerse notar, pero la sola idea de cortejar a una mujer lo supera totalmente. La tarea en sí le resulta mucho más riesgosa que lanzarse escaleras abajo, y más delicada, desde luego, que cualquiera de las alocadas travesuras que organizó hasta ahora.

Vive horas de agonía. Su rostro cambia de color y temperatura a

cada momento, vapuleado por el miedo, la vergüenza y los consabidos sentimientos de inferioridad que hacen su vida tan miserable. Aún así, está demasiado excitado como para abandonar su objetivo amoroso sin dar pelea.

La mirada de la rusa es penetrante y severa, y en ocasiones avanza sobre su interlocutor como un oleaje oscuro y borrascoso. Dalí, sin embargo, no registra la hostilidad de aquellos ojos. Prefiere entregarse a su poder hipnótico y descubrir en ellos el imperioso mandato de saltar al vacío. Pero ella lo ignora como si fuese uno más entre los criados que atienden la mesa, o bien, un niño molesto al que es mejor no prestarle atención.

Gala pasa por alto sus frases atolondradas, sus risas de loco, mientras él se planta ante ella dispuesto a vencer su resistencia. Salvador habla a borbotones en un francés alterado por los filos y salientes de la lengua catalana. Su voz áspera y ronca le da un extraño encanto a toda esa pirotecnia verbal que despliega ante los presentes.

Algunos de sus comentarios denotan una meditada reflexión sobre temas estéticos y filosóficos, otros son simples bravuconadas de payaso, preocupado como está en cautivar a su público. Por ahí remata algún que otro exabrupto con una sonrisa siniestra y a continuación se muestra impasible como un Buster Keaton recién llegado de otra galaxia.

El agua y el aceite

Por diversas razones, la tarea que está a punto de emprender parece destinada al fracaso. La diferencia de edad que media entre él y su dama no es en sí misma un obstáculo, pero sus respectivas

experiencias de vida los ubican en etapas de maduración muy diferentes; sin olvidar que sus personalidades, gustos y costumbres son diametralmente opuestos.

A sus veinticinco años, Salvador todavía es virgen y aún no ha podido dominar los fantasmas que acarrea desde su infancia. Es delgado como un junco y tiene un cuerpo fibroso que sin ser atlético resulta muy armonioso. Está muy moreno por el sol y eso le da cierto aspecto de árabe que a él le gusta resaltar. Lo ayuda su cabello negro, su piel tersa, como de cerámica, y cierta rigidez en la expresión que hace que su rostro tenga apariencia de máscara, en contraste con sus ojos inquietos, amenazantes, que aumentan de tamaño cada vez que se apasiona.

A su manera, Dalí es un hombre apuesto y más aún si se lo compara con los adustos caballeros que lo visitan. Todos lucen un aspecto muy formal y se visten conforme a lo que indican la tradición y las reglas de urbanidad. El catalán, en cambio, cultiva un estilo más mediterráneo y le tienen completamente sin cuidado los dictados de la moda masculina. Cuando le da la gana se coloca un collar de cuentas o una flor en la oreja y sale a pasear por el pueblo muy satisfecho de su aspecto. “Voy vestido de chica soltera”, suele afirmar socarronamente. Poco le importa que lo consideren un afeminado.

Gala es diez años mayor que él, pero con las aventuras que ha vivido le lleva al menos una generación de ventaja. Es una mujer independiente y con alma de cazadora; aun así, cada vez que se entrega a un hombre, lo hace en cuerpo y alma, y además, como todo el mundo sabe, se esfuerza en ayudarlo a cumplir todas sus fantasías y aspiraciones. Dalí no tiene dudas de que ésta es la compañera que él necesita.

En la primera noche de encuentro, el joven pintor importuna a sus invitados con sus comentarios escatológicos. Está muy entusiasmado con su último cuadro, El juego lúgubre, donde se observa en primer plano la figura de un hombre con los calzoncillos manchados de excrementos. Pero cuando se lo muestra a sus invitados no recibe ninguna muestra de aprobación. Al contrario, el grupo observa con disgusto el contenido más bien repulsivo de aquella composición. Éluard rescata únicamente su impecable técnica.

Durante la cena, el artista insiste en seguir hablando de ese cuadro y expone con fervor su proyecto de colocar en él un poco de materia fecal. Todos guardan silencio, pero es evidente que esta demostración, pretendidamente surrealista, ha sido un verdadero fracaso. Todos se van a dormir asqueados por la conversación, y Gala sólo piensa en abandonar el lugar y volverse de inmediato a París. Maldice a Paul por haberla traído a la casa de un chiflado.

Al día siguiente, el pintor parece haber sido recargado. Está dispuesto a darles a sus invitados una nueva lección de surrealismo, transformando al “efebo decadente” de la noche anterior en un “vaquero andrajoso”. Destroza a tijeretazos su camisa más hermosa y le aplica dos desgarrones en la pechera que lo muestran “velludo y tetudo”; luego, mezcla cola de pescado y excrementos de cabra para componer una pasta con la que se unta abundantemente. Toda esta transformación requiere de un complejo ritual, tal como apuntará más tarde en sus memorias:

“Completé el maquillaje afeitándome las axilas, cortándome la piel deliberadamente y dejando chorrear la sangre hasta que se coagulara. Añadí un poco de azulete de colada que mi sudor desparramó pronto sobre mi torso. Tomé una flor de jazmín y me la puse detrás de la oreja. Olía a chivo. Entonces, abrí de par en par mi ventana, horrífico y soberbio”.

Dalí ve a Gala sentada de espaldas en la playa de Es Llané y la visión lo deja extasiado. El artista descubre en ella los rasgos anatómicos que más lo excitan: cintura fina, anchas caderas, piernas bien torneadas y pechos pequeños. La rusa tiene la espalda de un adolescente y el cutis de una niña; pero la parte inferior de su espalda es "sumamente femenina y pronunciada", según palabras de Dalí.

El cuerpo de Gala exhibe, ante todo, una marcada androginia y eso es, precisamente, lo que lo vuelve deseable a los ojos del pintor.

"¿Es usted coprófago?"

Desde muy joven, Dalí ha adoptado la costumbre de manipular sus experiencias pasadas para acomodarlas a su mitología personal. Su vida privada forma parte indisoluble de su obra artística, y viceversa; por eso el artista pone sumo cuidado en lograr que ambos terrenos funcionen a la par, como en un sincronizado juego de espejos.

El pintor pasará a la historia como un gran mitómano, pero aun en medio de sus bromas y exageraciones, es posible constatar que fue un hombre fuera de lo común, empeñado en protagonizar hechos extraordinarios. Su encuentro con Gala fue uno de esos momentos epifánicos que él narró con fruición en incontables ocasiones y manteniéndose siempre fiel a su primera versión.

Su primer paseo a solas con Gala es posible gracias al malentendido generado por El juego lúgubre. Éluard, supuestamente, le ha encargado a su mujer que averigüe si

Dalí es “coprófago” o “coprófilo”, y entonces la rusa lo invita a dar un paseo para poder sondearlo con tranquilidad.

El muchacho cree estar viviendo un sueño imposible. La proximidad de Gala lo hace reír sin motivo; apenas soporta la excitación de tener una mujer de carne y hueso tan cerca de sí y sólo para él. Cuando ella lo interroga sobre los excrementos de su cuadro, Salvador duda unos instantes. ¿Cuál será la respuesta más indicada para sorprender a esa mujer? Y opta finalmente por una salida elegante:

“Aborrezco conscientemente ese tipo de aberración tanto como pueda aborrecerla usted. Pero considero la escatología como un elemento de terror, igual que la sangre o mi fobia por las langostas”.

Según admitirá Dalí años más tarde, Gala fue quien más desaprobó aquella obra, “con un ardor que aquel día me exasperó; pero que, después, he aprendido a reverenciar”.

Hecha ya la aclaración, Gala acepta seguir paseando con el pintor, y cuando él deja estallar al fin su risa enajenada, ella lo toma de la mano, y a cada carcajada se la presiona aún más, hasta que logra calmarlo. Luego, lo mira fijo y esbozando una dulce sonrisa le lanza una mezcla de augurio y promesa:

“Pequeño, nunca más nos separaremos”.

La historia cambia

Dalí no puede creer lo que acaba de escuchar; Gala le inspira miedo, admiración y un fervor místico y arrebatado. Mientras trepan por el terreno rocoso, azotados por el viento, muy cerca de los acantilados, se besan por primera vez.

El amor cae sobre ellos como un rayo:

“De golpe, todos mis Parsifales eróticos se despertaron bajo las sacudidas del deseo de mi carne tanto tiempo tiranizada. Nuestros dientes chocaron y nuestras lenguas se enlazaron; no era más que el inicio de un hambre que nos empujaba a morder y a devorarnos hasta el fondo”.

Inflamado de amor y a la vez temeroso de no poder satisfacer el apetito sexual de su amada, Dalí balbucea:

-¿Qué quiere usted que le haga?

-Quiero que me haga usted reventar -contesta Gala.

El pintor interpreta sus palabras en un sentido literal o que le genera menos inseguridad, y le habla del “horror insuperable” que siente ante la muerte desde su más remota infancia. Obviamente, lo que le estaba proponiendo Gala era un encuentro carnal, enérgico y lujurioso; pero el virginal Dalí tuvo que esperar tres meses para hacer el amor con ella. Más tarde comentaría:

“Me preparaba para el culatazo de mi vergüenza”.

Pero una vez que Gala tomaba una decisión, ya no retrocedía. Aun sabiendo que el muchacho distaba mucho de ser un galán, la rusa hizo a un lado sus antiguos resquemores y en el mismo momento en que besaba a su nuevo amor, resolvió dejar atrás su vida pasada.

Buñuel versus Gala

En las fotos de aquellos días se los ve exultantes. El rostro de Gala brilla de felicidad y ambos sonríen de una manera franca y relajada, que nunca más volverá a repetirse. Éluard observa los arrumacos de la nueva pareja, sin dar muestras de celos. A veces pregunta por el paradero de Dalí y Gala, pero aparentemente sólo le preocupa que puedan tener algún accidente entre las escarpadas rocas de los acantilados. Mientras el pintor se pasea por las nubes con su flamante novia, el resto de los invitados continúa con sus actividades sin molestarlos.

La llegada de Luis Buñuel, que tal como estaba previsto viene a trabajar con su amigo en el guión de La edad de oro, altera la paz bucólica del lugar, aunque ésa no era la intención del cineasta. De pronto observa con disgusto que su amigo está totalmente vampirizado por Gala. Esa mujer, pequeñita y antipática, parece haberle sorbido el seso, y en sus memorias recordará:

“De la noche a la mañana, Dalí ya no era el mismo. Toda concordancia de ideas desapareció entre nosotros [...]. No hablaba más que de Gala, repitiendo todo lo que ella decía”.

Y hasta el propio Dalí le daría la razón:

“Yo estaba más y más absorto en alimentar mi locura personal y sólo podía pensar en esto y en Gala”.

El cineasta no logra comprender cuál es el encanto de esta rusa a la que su amigo describe como “una mujer magnífica”. Irritado ante este inesperado idilio que amenaza con boicotear su propio encuentro con Dalí, Buñuel tiende a comportarse como un rústico.

Una tarde en la que el grupo vuelve de tomar unas copas, conversando de cosas sin importancia, Buñuel declara, sin que venga a cuento, que lo que más le repugna de una mujer es que tenga los muslos separados. Cuando al día siguiente baja a la playa descubre lo impropio de su frase. Gala, en traje de baño, exhibe unos muslos iguales a los que el cineasta criticó el día anterior.

El marido de Gala se ve obligado a regresar a París para atender sus negocios en el mercado del arte, pero deja a su mujer y a su hija en el hotel Miramar para que continúen disfrutando de la temporada de playa.

Antes de que Éluard se marche, Dalí comienza a pintar su retrato con la secreta intención de “indemnizarlo”. Años más tarde explicará:

“Creí que me incumbía perpetuar la fisonomía del poeta al cual había arrebatado una de sus musas del Olimpo”.

Mientras tanto, la enemistad entre Gala y Buñuel comienza a ser más evidente tras la partida de los demás invitados. La rusa aprovecha toda ocasión que se le presenta para agredir al rudo aragonés.

Otra tarde salen todos de excursión al imponente cabo de Creus. La luz del día y el atípico espectáculo geológico que se despliega ante ellos hacen que Buñuel suelte un grito de asombro. Emocionado por lo que ve, compara aquel magnífico paisaje con un cuadro de Joaquín Sorolla. Pero como Dalí odia el costumbrismo de este pintor, le grita indignado a su amigo:

"¿Cómo puedes decir esas burradas de unas rocas tan hermosas?".

Gala, entonces, aprovecha para meter cizaña entre ambos. Le da la razón a Dalí y critica a la vez el mal gusto de su amigo. Como los dos hombres siguen discutiendo acaloradamente, sin escucharla, ésta les recrimina desdeñosamente:

"Ustedes, siempre como dos perros en celo".

Al escucharla, Buñuel salta como un rayo sobre ella, y así describirá con el tiempo ese episodio:

"Me levanté bruscamente, la tiré al suelo y la agarré por el cuello. La pequeña Cécile, asustada, echó a correr por las rocas con la mujer del pescador. Dalí, de rodillas, me suplicaba que perdonase a Gala. Yo, aunque furioso, seguía siendo dueño de mí y sabía que no

la mataría. Lo único que yo quería era verle asomar la punta de la lengua entre los dientes. Al fin la solté. Ella se marchó a los dos días".

La escena sería confirmada, años más tarde, por Cécile Éluard, quien durante mucho tiempo creyó haber soñado aquel incidente: un hombre corpulento, de ojos saltones, abalanzándose para estrangular a su madre. Sólo después de leer El último suspiro, de Luis Buñuel, comprendería que aquel episodio había sido real.

Capítulo IV. Dos contra el mundo

Con los primeros fríos, Gala regresa a París. Dado que su hija debe volver al colegio, ya no tiene más excusas para permanecer en la costa catalana.

Cuando Paul va a recibirla, casi no reconoce a su mujer. Algo ha cambiado en ella y no se trata únicamente del efecto benéfico de unas largas vacaciones; nunca la había visto brillar de esa manera.

Gala lleva bien escondido el secreto de su felicidad, y con su silencio da a entender que algo más que el sol y los paseos por la playa la han hecho florecer de esa manera.

El tono dorado de su piel le aporta una sensualidad mediterránea. En breve, Dalí comenzará a llamarla "mi oliva" u "olivette", fascinado por la transformación de su amada. Él sabe que no es hermosa; incluso ha confesado, con su habitual ironía, que el "rostro agresivo y desagradable" de Gala le gusta "muchísimo". Nadie imagina, ni siquiera el propio Dalí, que su affaire con la mujer de Éluard pondrá fin a un matrimonio de diecisiete años.

El pintor llega a París en el mes de noviembre, con una colección de lienzos para su próxima exhibición. Pero antes corre como un poseído al encuentro de su dama y la convence de huir juntos a Sitges, una playa cercana a Barcelona. Durante la inauguración de su muestra, todos preguntan por el pintor con indisimulado disgusto.

La fuga de los enamorados resulta chocante para todo el mundo, menos para el marido de la descocada. Es la segunda vez que Gala tiene amores con un integrante del grupo surrealista y eso es algo que a Paul no le quita el sueño, porque sabe que al cabo de unos

días su esposa estará de regreso, dispuesta a contarle sus nuevas aventuras.

Efectivamente, Gala vuelve con su marido, mientras Dalí se encuentra con la grata novedad de que al cierre de la exposición se han vendido casi todas sus pinturas.

En diciembre, el pintor regresa a Figueres para pasar allí las fiestas de fin de año y para celebrar, también, su reciente triunfo.

Orgulloso y desafiante, se dirige a la casa familiar con la certeza de que ya no tendrá que depender económicamente de su padre; está en condiciones de demostrarle que su carrera de pintor es algo serio.

El notario se había resignado a que Salvador estudiase Bellas Artes en lugar de trabajar con él en la escribanía, pero cuando su hijo se hizo expulsar de la Academia mucho antes de recibir su título de profesor, había dejado de creer en él. Ahora la situación está a punto de revertirse, y Salvador no ve la hora de llegar a su casa. Grande es su sorpresa al recibir, en lugar de las consabidas felicitaciones y abrazos, una demoledora andanada de insultos. Su padre sale a recibirlo a los gritos, rojo de furia. Lo acusa de haber actuado como un “cerdo miserable” y, a continuación, lo echa de su casa anunciándole que va a desheredarlo.

¿Cuál es la razón de tanto enojo?

El chico ha cometido una transgresión que pensaba mantener oculta, pero su padre se ha enterado de ella por la prensa. Su hijo

acaba de cometer la peor blasfemia que un caballero español pueda admitir: ha insultado a su madre.

En su afán de emular al Don Juan de Tirso de Molina (“Allá por donde voy, el escándalo me sigue”) y para impresionar a sus amigos, el artista ha incluido en su reciente muestra parisina un dibujo con la silueta del Sagrado Corazón y la inscripción en francés:

“A veces escupo por gusto en el retrato de mi madre”.

Es su manera, algo infantil por cierto, de llevar a la práctica una de las principales proclamas surrealistas: el repudio a las tradiciones burguesas, la religión y la familia.

Debido a su marco legalista, el notario ha tomado la frase al pie de la letra. Escandalizado ante el ultraje, le exige a su hijo una inmediata retractación pública; pero éste se niega a dar su brazo a torcer, quizás por temor a ser expulsado de las huestes surrealistas.

Desterrado de la familia

El notario Dalí Cusí es un hombre intransigente y para castigar al hijo díscolo decide hostigarlo hasta lograr que deponga su actitud. Como primera medida envía una carta a Federico García Lorca, en la que ofrece una melodramática versión de lo acontecido, con el fin de ganarse la complicidad del poeta. Describe así a Salvador:

“...un desgraciado, un ignorante y un pedante sin igual, además de un perfecto sinvergüenza. Cree saberlo todo y ni siquiera sabe leer y escribir”.

De pronto, su adorado vástago se ha convertido en un gigoló. Con un absoluto desprecio por su talento e ignorando deliberadamente las buenas ventas realizadas en su última exposición, el notario acusa a su hijo de:

“...aceptar el dinero y la comida que le da una mujer casada, que con el consentimiento y beneplácito del marido lo lleva bien cebado, para que en el momento oportuno pueda dar mejor el salto.”

Salvador abandona el hogar paterno con más sorpresa que dolor. La relación entre padre e hijo nunca ha sido fácil, debido a la rigidez de uno, los terribles complejos del otro y la creciente rivalidad entre ambos. El propio pintor admitirá en su madurez:

“Mi padre fue no ya sólo el hombre a quien más he admirado, sino que también al que más he imitado, sin dejar por eso de hacerle sufrir”.

El notario de Figueres es un hombre macizo y robusto que impone obediencia y respeto con su sola presencia. No carece de cordialidad, pero sus decisiones suelen ser implacables.

A poco de quedar viudo, y para evitar habladurías, el escribano ha tomado por esposa a su cuñada Catalina (la hermana menor de su mujer) que desde siempre ha vivido con ellos y a la que sus

Salvador y Anna María llaman cariñosamente “la tieta”.

El cerrado hombre nunca se detiene a evaluar las consecuencias de sus actos. Lo suyo es cortar por lo sano y a otra cosa. Su hijo, en cierta forma, comparte ese mismo grado de tozudez, pero lo atribuye a la idiosincrasia catalana.

El notario no duda del talento del muchacho, pero da por seguro que con su actividad va a terminar en la miseria. Él está en condiciones de seguir manteniéndolo de por vida, como luego hará con su hija; pero lo que en verdad lo irrita es que la simple “aparición de una mujer tan intrigante y astuta como la madame” haya podido envalentonar a “un chico tan inseguro”.

No soporta que su hijo compita con él y pretenda demostrarle que ya es un hombre yendo del brazo de una mujer adúltera. Y para recuperar la calma se dice a sí mismo que el réprobo “ya va a volver, arrepentido y lleno de piojos”.

El hijo se libera

Afecto desde siempre a los rituales, los disfraces y las ceremonias, Salvador decide raparse a cero y enterrar sus cabellos en la playa de Cadaqués como un símbolo de su pasaje a la adultez. Se hace fotografiar por Buñuel con un erizo de mar en la cabeza, en alusión a la manzana que Guillermo Tell colocó sobre su hijo, y asume lo sucedido como parte de su heroica decisión de independizarse del dominio paterno. Desde entonces habrá de repetir hasta el cansancio la definición que aprendió de Freud:

“El héroe es un hombre que valientemente se enfrenta a su padre y lo vence”.

Dalí ve reflejado en ese mito su perentoria necesidad de ser “él mismo” y de convertirse, a la vez, en origen de sí mismo. No quiere identificarse con su padre, sino ocupar el lugar del Padre con mayúsculas, y para ello se vale de la figura de Gala. Así lo grafica en varios cuadros de esa época (La vejez de Guillermo Tell; La memoria de la mujer-niña y Metamorfosis paranoica del rostro de Gala), donde es posible apreciar el desprecio del padre hacia la mujer del hijo, la cruenta lucha librada por ambas partes, y la paulatina metamorfosis de los atributos paternos (incluido su tintero de escritorio) en elementos femeninos asociados a Gala.

Ya desterrado de su hogar en Figueres, el pintor se reúne por fin con Buñuel en la casa de Cadaqués, para escribir el guión de La edad de oro. Los dos están muy entusiasmados con el proyecto y, aun así, no logran ponerse de acuerdo en ningún punto. “¿Será la influencia de Gala?”, se pregunta Buñuel.

El cineasta decide llevar a cabo el proyecto por su cuenta, con el apoyo económico del vizconde de Noailles, pero sin la menor colaboración de su amigo.

Tras la ruptura con su padre, Dalí toma la decisión de irse a vivir con Gala. Va a buscarla a París y desde allí se dirigen a un pequeño balneario cerca de Marsella, donde disfrutan de una segunda luna de miel. Alquilan dos habitaciones, una como estudio, la otra como nido de amor, y allí permanecen durante dos meses, sin salir del hotel ni una sola vez, aprovechando su aislamiento para conocerse mejor y para planear su futura vida en común.

Mientras Dalí pinta, Gala lo acompaña en silencio, enfrascada en la lectura o estudiando sus cartas de tarot. A menudo le lee en voz alta a los grandes autores rusos, y aunque Dalí desconoce el idioma, disfruta enormemente con su musicalidad. Gala siente veneración por los libros. Dirá el pintor:

“Para ella, los libros son objetos sagrados, enriquecidos con dedicatorias, recortes de diario, cartas de autores, etcétera. Yo, en cambio, les arranco las páginas que me interesan y, si quiero recomendarle un título a alguien, le doy la tapa”.

Para Dalí son meses de espléndida iniciación sexual. El amor físico es una maravillosa revelación para él y así se lo comenta a Buñuel. Según el pintor, él y Gala se han amado “con el mismo fanatismo especulativo que pongo en mis trabajos”, tal como detalla en una explosiva carta de seis páginas enviada a su amigo cineasta.

En sus ratos libres, Gala contesta las apasionadas misivas que Éluard le sigue enviando. El poeta ha empezado a desesperar ante la prolongada ausencia de su mujer:

“Te deseo tanto que enloquezco, muero de la sola idea de volverte a encontrar, de verte, de besarte. Quiero que tu mano, tu boca, tu sexo, no se aparten de mi sexo. Nos masturbaremos en la calle, en los cines, con la ventana abierta. Esta mañana me he masturbado magníficamente pensando en ti, y mi imaginación no se cansa. Te veo por todas partes, en todo, sobre todo. Muero de amor por ti. Tu sexo me cubre el rostro, devora el mío, me cubre con tu belleza”.

Primer hogar

Al cabo de dos meses, Salvador comienza a experimentar sus primeros síntomas de desarraigo y la pareja decide volver a España cuanto antes, para empezar allí una nueva vida. Cadaqués es el único sitio donde el pintor se siente seguro y dueño de sí mismo; pero apenas pone un pie en el pueblo, se encuentra con una serie de obstáculos que no tenía previstos. Todo el mundo les cierra las puertas por orden del notario, que no quiere ser deshonrado por ese hijo díscolo que insiste en vivir con una adúltera. Hasta el dueño del hotel Miramar se ve obligado a negarles alojamiento.

Afortunadamente encuentran auxilio en la viuda de un marino. Se trata de Lidia Nogués, “la Bien Plantada”, que aunque está un poco loca, tiene una magnífica relación con el pintor. De inmediato ella les cede una vieja caseta en Portlligat, junto a las barracas de los pescadores, donde antes su hijo guardaba las barcas y los aparejos de pesca. Es una habitación de cuatro metros por cuatro que cuenta con un pequeño anexo para ser utilizado como cocina.

Como su nombre lo indica, Portlligat es un puerto “atado”, un paraje recóndito de la Costa Brava, como aprisionado entre las colinas lindantes.

Dalí y Gala vivirán allí sus días más felices. El lugar carece de todo tipo de comodidades; no es más que un pueblito de pescadores, casi secreto, y por lo tanto ideal para dos amantes en fuga.

Carecen de electricidad y calefacción, y deben bombear el agua de un pozo. Gala, sin embargo, no le da ninguna importancia a estas contrariedades; por más que haya vivido rodeada de lujo y confort, se entrega a la aventura de vivir en la playa con su joven pintor, compartiendo una casucha desmantelada que luego irá acondicionando con absoluta dedicación. Cuesta creer que ésta sea la misma mujercita banal que en los años de guerra gastaba todo su

dinero en perfumes caros. Hoy, en cambio, es una bravía aventurera, dispuesta a pelear por su amor, aunque tenga que vivir en medio de un páramo azotado por el viento. El sacrificio vale la pena, porque Dalí es un hombre muy divertido, que día a día le enseña a descubrir los encantos de esa naturaleza indómita que muy pronto va sintiendo como propia.

Gala nunca ha sido una mujer hogareña y nada le disgusta más que ocuparse de las tareas domésticas, que sólo sirven para estropearse las manos. Ya en sus primeros tiempos de casada le había advertido a Paul:

“Aborrezco el trabajo doméstico. No produce nada y desgasta las fuerzas, las miserables fuerzas de las mujercillas. Es cotidiano y se repite a cada instante, pero no reporta beneficio como el trabajo de un hombre, con el que pueden comprarse los libros”.

Ésa había sido su primera rebelión como ama de casa. Pero ahora las circunstancias han cambiado y, como no puede darse el lujo de contratar ayuda doméstica, Gala se la pasa fregando todo el día para que su casita reluzca como un diamante.

Todos estos contratiempos se ven compensados con la inesperada y generosa ayuda del vizconde de Noailles, quien le envía a Dalí unos veinte mil francos como anticipo de un futuro cuadro. Con este adelanto, el pintor puede seguir trabajando en su refugio costero sin tener que preocuparse por su sustento económico. Parte de ese dinero lo invierte en hacer un poco más habitable su nueva morada y es Gala la que se encarga de dirigir las tareas de reacondicionamiento, ya totalmente consustanciada con el lugar. Ha dejado de ser una rusa en el exilio para transformarse en dueña y señora de Portlligat, su isla del fin del mundo, el centro de irradiación del universo daliniano.

El pintor y su mujer disfrutan de la paz del lugar sin más compañía que un pequeño grupo de pescadores, ensimismados y de muy pocas palabras, que no prestan atención a las actividades de sus vecinos; su única preocupación es plantarle cara a la muerte en las tumultuosas aguas del Cabo de Creus.

El notario ataca de nuevo

Cuando Dalí padre se entera de que su hijo arrendó una de las barracas de Portlligat, le envía a la Guardia Civil, amparado en una ley española de la época que castiga el adulterio. El iracundo notario se ha transformado en el azote de la pareja y, para justificar su infame proceder, le escribe una larga carta a Buñuel pidiéndole que oficie de intermediario y le transmita personalmente a Salvador su violento ultimátum.

“No tiene mi hijo ningún derecho a amargar mi vida. Cadaqués es mi refugio espiritual, y mi tranquilidad de espíritu se perturba con la permanencia de mi hijo en dicho pueblo. Cuando los medios de que hoy dispongo no sirvan, será preciso que nos demos los dos de palos para ver quién gana, y le advierto que como quiero ganar a toda costa, procuraré la ventaja de mi parte y valiéndome de gente que me ayude a dar los palos o buscando ocasión propicia de darlos sin recibirlos”.

El notario recurre nuevamente a un amigo de su hijo con el fin de aislarlo, como se arranca una mala yerba:

“Él cree que en el mundo la cuestión es hacer todo el mal posible y yo también lo creo así. Mal espiritual no puedo causarle ninguno,

porque es un hombre que está completamente envilecido, pero puedo causarle un mal físico, porque todavía tiene carne y huesos".

En marzo de 1930, Buñuel viaja a Cadaqués para iniciar, por fin, el rodaje de su segunda película. Ha decidido realizar varias tomas en el Cabo de Creus, sin esperar a su amigo, que prefiere no asistir a la filmación para evitar un nuevo encontronazo con su padre. Más tarde le enviará por correo algunas ideas para el guión.

Su padre aprovecha entonces para afianzar su relación con el cineasta aragonés, quien a su vez tiene la cortesía de filmar al notario, en su casa, degustando erizos de mar, regando orgullosamente su jardín entre rocas y fumando su pipa con aires de magnate.

A pesar de su aire circunspecto, el notario es tanto o más exhibicionista que su hijo y, haciendo uso de sus influencias, conseguirá que el cine de Figueres exhiba su película.

A raíz de este episodio, la relación entre Dalí y Buñuel se quiebra sin remedio.

En cierta forma, el cineasta ha traicionado a Salvador al hacer causa común con su vengativo progenitor y al avanzar con la película sin tener en cuenta la difícil situación por la que atraviesa el pintor.

El filme se estrena con un éxito sin precedentes, seguido por un escándalo descomunal. Al quinto día de proyección, un grupo de derecha lanza bombas a la pantalla, destruye butacas y rasga los cuadros de la exposición surrealista que se ha montado en el

vestíbulo.

Pese a su escasa participación en el filme, Dalí es incluido en los títulos como coguionista. El día del estreno se conduce con suma diplomacia y afabilidad, elogiando la calidad técnica de la obra: “Parece una película americana”, declara entusiasmado. Pero, luego de la premiére, Gala le hace ver, indignada, lo mal que se ha portado Buñuel al excluirlo, sin ninguna consideración, de esa “hermosa hazaña surrealista” (tal como la definió el propio cineasta). Dalí, desengañado, se aparta de su antiguo camarada y desde entonces reniega de todo vínculo amistoso.

Luego dirá que cualquier tortura a un amigo no le da pena, sino que le provoca una erección. También se enorgullecerá de que su mujer, a la que ama “íntegramente”, le dé “nociones degradantes de egoísmo, de una absoluta falta de piedad, de deseable crueldad”.

La mujer talismán

Feliz de tener a su lado una mujer que, además de pasar por alto sus escasas dotes amatorias, trabajaba junto a él a brazo partido, Dalí fue arrinconando sus miedos y desequilibrios hasta hacerse a la idea de que éstos habían desaparecido.

Gala no sólo respetó sus inclinaciones onanistas y sus manías de voyeur, sino que lo ayudó a perfeccionar sus prácticas autoeróticas para mejorar sus eyaculaciones. Esto es al menos lo que el pintor le confesó a un periodista, ya en su vejez. Entretanto, inventaba escenas de un erotismo fantástico:

“Ella es la única mujer en la que me derramo en un orgasmo rápido y perfecto, poblado de imágenes arquitecturales de una sublime belleza: campanarios, principalmente”.

Para retribuir todos estos dones -y para tenerla siempre a su lado como un talismán-, Dalí la convierte en ícono principal de su pintura. No cesa de reproducir su rostro y su figura en centenares de obras y, para completar su homenaje, desarrolla una compleja mitología en la que su mujer aparece rodeada de atributos mágicos.

Dalí le atribuye a su mujer toda clase de poderes terapéuticos (“Gala me liberó de mi crimen y me curó de mi locura”, repetirá hasta el cansancio). Para justificar esta creencia, recurre a elaboradas teorías que copia de sus lecturas freudianas:

“Mis síntomas histéricos desaparecieron uno tras otro como por encantamiento y yo volvía a ser el dueño de mi sonrisa, de mi risa, de mis gestos. Una salud nueva brotaba como una rosa de mi cabeza”.

Parte del pacto que establece con Gala es hacer caso omiso de sus aventuras extramatrimoniales, a cambio de cierta discreción. La rusa organiza sus affaires aprovechando las muchas horas que Dalí dedica a su pintura. Y él está perfectamente al tanto de las infidelidades de su mujer, pero las considera irrelevantes, porque quien las comete es la Gala “humana”, no la “Gala-ideal”.

La que siempre avanza

Como buen surrealista, Dalí estaba fanatizado con la obra de

Sigmund Freud. Cuando llegó a sus manos El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen, devoró el ensayo de un tirón, deslumbrado por sus revelaciones y por algunas coincidencias que bien podían aplicarse a su relación con Gala. La novela de Wilhelm Jensen, Gradiva, una fantasía pompeyana, desarrolla una complicada historia de amor. Su protagonista, el arqueólogo Norbert Hanhold, arrastra serios traumas de infancia que lo llevan a enamorarse perdidamente de la figura de una muchacha esculpida en relieve, que él descubre en un museo de Italia. Dicha figura es conocida como Gradiva (la que avanza), por su paso sensual y decidido.

Hanhold sueña con ella y es transportado en el tiempo hasta la antigua Pompeya, donde ve caer a la joven víctima de la erupción que destruyó dicha ciudad en el año 79 de nuestra era. Trastornado por la pesadilla, viaja al sur de Italia, donde encuentra por azar a Zoe Bertgang, una joven alemana que es idéntica a la Gradiva. Ésta capta de inmediato el estado mental del arqueólogo y se consagra a curarlo, revelándole poco a poco los recuerdos que él había reprimido. Zoe, en realidad, es una antigua compañera de juegos de la que Hanhold sigue enamorado sin saberlo.

Dalí toma esta escena y la adapta a su propia historia, anunciando que también él ha conocido a Gala siendo un niño. Según el artista, su primera visión había tenido lugar en la casa de su maestro de escuela, Esteban Trayter Colome. Éste poseía un estereoscopio francés que proyectaba imágenes con efecto tridimensional. En una de ellas aparecía una niñita rusa corriendo en su trineo, envuelta en pieles blancas y perseguida por los lobos:

“La niña me miraba fijamente y su expresión de orgullo inspirador de respeto oprimía mi corazón; las aletas de su nariz eran tan animadas como su mirada, lo que le daba un poco el aspecto salvaje de un pequeño animal selvático. Esta extrema vivacidad formaba un conmovedor contraste con la infinita dulzura y suavidad que comunicaba su rostro oval y una combinación de rasgos tan

milagrosamente armoniosos como los de una virgen de Rafael. ¿Era Gala? Estoy seguro que lo era".

Al igual que la heroína de la novela, su mujer se anticipa en visiones y tiene el don de curar al hombre que la ama:

"Ella sería mi Gradiva, mi diosa de la Victoria, mi mujer. Para ello era necesario que me curase. Y ella me curó gracias a la potencia indomable e insondable de su amor, en que la profundidad de pensamiento y la destreza práctica rebasaban los métodos psicoanalíticos más ambiciosos".

El paralelo entre Hanhold y Dalí es notable. Ambos son ciegos e indiferentes al género femenino hasta que encuentran a la mujer ideal. Hanhold ve a las mujeres como "pegajosas moscas meridionales" y tanto él como Dalí las prefieren mudas y distantes, sólo para ser observadas.

El pintor catalán se verá tironeado durante toda su vida por sus contradictorios sentimientos hacia Gala. "La deseo y le huyo, la amo y me espanta", anotará en su diario. Como el arqueólogo de la novela, dará infinitos rodeos para huir de sus verdaderos deseos y poder acomodarse a sus ideales. Mitificando a Gala, ya no tiene que vérselas con una mujer de carne y hueso que podría poner al descubierto su impotencia.

A cambio de su cuidado y protección, el artista se dejará de a poco dominar por ella con total sumisión. Los términos del pacto ya estaban a la vista, y él lo admitirá en su ancianidad:

“Ella se arrogó la función de ser mi protectora, mi divina madre, mi reina. Yo le conferí la fuerza de crear el espejismo de su propio mito ante sus ojos y ante el mundo”.

Capítulo V. Tiempos difíciles

El invierno de 1930 fue muy duro para la pareja. Las bajas temperaturas habían transformado su refugio paradisíaco en un sitio hostil que los maltrataba como a dos náufragos a la deriva. Azotados por el viento y sin los elementos necesarios para resguardarse del frío y la humedad, se les hacía muy difícil soportar tantas inclemencias, hasta que, finalmente, la salud de Gala se quebró.

Fueron días de pesadilla para el pintor, que de pronto descubrió con gran sorpresa cuánto extrañaba a su madre muerta. La idea de perder también a su mujer lo torturaba a toda hora. Gala era lo único que tenía en el mundo y sin su afecto, estímulo y cuidados temía caer en la locura y, con esto, ver desbaratada su auspiciosa carrera. Los médicos diagnosticaron pleuresía y la enferma estaba tan consumida por la enfermedad que parecía un espectro. Según el artista:

“Al verla en su nocturna camisa rosa té semejaba una de esas hadas dibujadas por Rafael Kishner, que parecen a punto de morir por el mero esfuerzo de oler una de las decorativas gardenias cuyo tamaño y peso son el doble de los de sus cabezas”.

Éluard enviaba día a día un aluvión de cartas y telegramas rogándole a su ex esposa que volviese a París para poder internarla en un buen sanatorio de montaña. Dalí, entonces, decidió ejercer su nuevo rol de marido y se declaró a favor de una cura “a la española”.

Con los ahorros que le quedaban, viajó a Málaga con su mujer, donde el clima seco y soleado de Andalucía resultaba muy beneficioso para la salud de la enferma y para el ánimo de los dos. Luego, el pintor recordaría con delectación:

“Fueron nuestras bodas de fuego. Nos pusimos morenos como pescadores. Gala, que parecía un chico quemado por el sol, se paseaba por el pueblo con los pechos desnudos”.

En efecto, ambos eran muy exhibicionistas y les gustaba andar desnudos por la playa.

Cada mañana, Gala solía pasearse con una ligera falda roja, exponiendo al sol sus senos morenos y puntiagudos con sorprendente naturalidad.

También acostumbraban besarse en público “a la francesa”; cosa que era muy mal vista en España, sobre todo en los pueblos de provincia. La gente lo tomaba como un gesto de desvergüenza e inmoralidad, al punto que un amigo de la pareja, a cargo de una agencia de viajes, debía explicarles a los curiosos que se trataba de un matrimonio “egipcio” que lo había contratado como guía.

A veces, el pintor tenía que volver a refugiarse en su casa, de inmediato, si tenía la mala suerte de toparse, en su camino a la playa, con alguna langosta o saltamontes. Aunque Gala lo hubiese curado de su locura, su fobia por esos insectos nunca disminuiría.

Dalí, que siempre había sido muy original en la elección de sus atuendos, ese verano iba vestido como un hippie del flower power, adelantándose casi una década a esa moda.

Muy bronceado, con la camisa de colores bien abierta o vestido de

blanco y luciendo un collar de cuentas, llamaba la atención a su paso. Detrás de él siempre había bandadas de chicos que le gritaban:

“¡Mohammed, un penique, Mohammed!”.

Solos los dos

De regreso en París ya conviven como un matrimonio formal. Éluard les ha cedido el departamento que con tanto esmero había preparado para recibir a la fugitiva y acepta, con increíble resignación, que su mujer lo deje a un lado para dedicar todas sus atenciones al “pequeño Dalí”. Así lo llama Gala desde el primer día y así también se acostumbrarán a llamarlo Paul y Cécile, como si se tratase de una criatura recién adoptada por la familia. El poeta mantendrá un trato muy cordial con Dalí y, entretanto, seguirá acostándose con Gala durante algún tiempo, dado que ella aún no está dispuesta a prescindir del más voluptuoso de sus amantes.

Paul la extraña, no cabe duda, pero poco se ha esforzado en recuperarla; prefiere encauzar su aflicción en la poesía y en las dolientes misivas a su ex esposa:

“Te creo perdida. ¿Por qué estás tan lejos? Hace diecisiete años que te amo y tengo todavía diecisiete años”.

No le reprocha nada, ni siquiera se le pasa por la cabeza la palabra adulterio, excesivamente burguesa para un espíritu tan libre como el suyo.

Al año de haberla perdido, sigue escribiéndole poemas y fantaseando con ella como siempre. Así le informa en una de sus cartas cómo la ha soñado:

".. .desnuda y con las piernas abiertas, te tomaban dos hombres por la boca y por el sexo".

Y luego le propone:

"Me gustaría tener fotos tuyas haciendo el amor. Y haré el amor contigo delante de Nusch [su nueva pareja], que tendrá que masturbarse y todo lo que quieras".

Paul y Nusch visitarán a los Dalí en varias ocasiones, hasta que finalmente un día, Gala decide pone fin a estos encuentros y le plantea a Paul su deseo de divorciarse y de otorgarle la custodia definitiva de Cécile. El 15 de julio de 1932 firman el acta correspondiente en un juzgado parisino.

Gala y Dalí abandonan el departamento que les había prestado Éluard anteriormente. Decidida, como siempre, a olvidar su pasado, Gala irá espaciando cada vez más sus encuentros con Paul. Por ahora sigue respondiendo a sus requerimientos amorosos en los momentos que le deja libres su nuevo hombre. Dalí es mucho más demandante e hiperactivo y la mantiene ocupada casi todo el tiempo.

¿En qué medida correspondió Gala al prolongado apasionamiento

de su ex marido? ¿Lo extrañó alguna vez? Es difícil saberlo, porque el poeta, en 1946, destruyó todas las cartas de Gala, salvo unas quince que ella le envió cuando eran novios.

Éluard le pidió a su ex mujer que hiciera lo mismo:

“Espero, estoy seguro, que al igual que yo piensas que debemos evitar dejar, tras nosotros, trazos de nuestra vida íntima”.

Pero ella no le haría caso; por alguna razón que se desconoce, conservará hasta su muerte las 272 cartas que le enviara Paul. Su hija Cécile las haría públicas, en 1984, probablemente identificada con la nostalgia que sentía su padre ante las prolongadas ausencias de Gala, aunque él siempre la alentó a que hiciese su vida sin preocuparse por ellos.

Aislados y dignos en París

Mientras tanto, la nueva pareja sobrevive con lo justo. Los ingresos del pintor apenas alcanzan para comer y para abastecerse de lienzos y pinturas. Las únicas distracciones que se permite Gala son la lectura y el cine; el resto del tiempo sale a recorrer galerías, con una carpeta bajo el brazo, mientras el pintor trabaja encerrado en su casa.

Fueron años difíciles, de deslealtades e incomprensión, que al menos sirvieron para fortalecer su pareja. El pintor evocará aquella época con indisimulado rencor:

“Yo estaba solo con Gala. Mis pretendidos amigos surrealistas ya me detestaban. Las revistas de arte, las galerías de la época, dominadas por una falsa vanguardia, me ignoraban. No teníamos dinero. Pese a la conspiración del silencio, de la idiotez, del interés mal enfocado, la época de 1930 no consiguió asfixiarme. Pero si no quedé amargado por los golpes recibidos, las humillaciones que me infligieron, se lo debo a Gala. A su coraje. Ella nunca se quejó de sus gestiones cansadísimas, de las esperas, de las rechiflas, de las burlas, de las cobardías que hubo de soportar”.

La armonía que reina entre ellos compensa todas estas dificultades; pero hay algo que Gala no puede cambiar: Dalí ya no quiere vivir en París, le pesa el desarraigo. Tanto él como su mujer son reacios a frecuentar el ambiente bohemio, que consideran sucio, vulgar y demasiado indolente.

Nunca concurren a las fiestas de los surrealistas ni invitan gente a su casa; se tienen uno al otro y con eso les basta.

Como luego explicará Dalí:

“La fuerza de Gala y mía era que vivíamos higiénicamente, siempre solos los dos”.

Aunque también existe otra razón para que el pintor no quiera salir a la calle.

Sus múltiples fobias lo tienen atenazado a su caballete, y cada vez que se ve obligado a abandonar su departamento, lo hace lleno de pavor y desconfianza, aferrado al brazo de Gala, como un inválido a

su muleta.

Una citadina en Portlligat

Dalí ya lleva realizadas tres exposiciones sucesivas en París, y con el dinero recaudado en su última muestra logra comprar finalmente la casita de Portlligat. Una vez instalado allí va recuperando, poco a poco, su cordura y entusiasmo.

Gala no pone objeciones a este abismal cambio de ambiente, ya conoce el lugar y no la asusta echar raíces en ese pueblo, austero y silencioso, habitado únicamente por pescadores.

La mujer coqueta y gastadora, de un egoísmo a ultranza y carente de sentimientos maternales, ahora se ha convertido en la compañera más generosa y solidaria; ha renunciado a sus vestidos y perfumes para compartir la rutina, casi monacal, que cultiva el pintor. Con él aprenderá a disfrutar de una vida íntimamente ligada a la naturaleza.

Cuesta reconocerla con el pelo alborotado por el viento, calzada con alpargatas y luciendo muchas veces camisa de hombre. Alejada del consumo y carente de compromisos sociales o diversiones programadas, se descubre aficionada a los baños de sol, a las prolongadas excursiones entre las rocas y a los paseos en barca.

¿Pero, en verdad la beneficia este cambio de vida?

Ni siquiera se detiene a pensar en ello. Gala es pura acción y siempre está abierta a lo novedoso. Le atraen los proyectos alocados que se oponen a la vida convencional y pequeñoburguesa. Sin ser escritora ni artista plástica, se siente capacitada para motorizar cualquier empresa artística.

Entre dadaístas y surrealistas, Gala ha aprendido muchas cosas; pero Dalí será el primer artista en reconocerla como musa, colaboradora e indispensable sostén de sus múltiples actividades. Durante por lo menos tres décadas trabajará Gala como una hormiga para promocionar la obra de su esposo y cuidará de él con auténtico celo maternal, ocupándose de todo lo necesario para que él pinte ininterrumpidamente y sin que su ánimo decaiga.

Tanto en la intimidad del hogar como en la creciente exposición pública, Gala se ocupará absolutamente de todo, incluso de administrar y controlar los tiempos de ocio. El pintor da cuenta de ello en su diario:

“Gala me dice: ‘has trabajado toda la primavera, todo el verano. Tu cuadro está casi terminado. Ven, tomemos la barca, vamos a pescar y saborear en el mar los pesados erizos del otoño' En las caletas rompemos los erizos, encendemos fuegos de ramitas para abrir los mejillones. No hay deleite más grande. Pero, en el momento mismo en que Gala me invita, comprendo que ha llegado la hora fatal y que mi cuadro se me escapa de las manos, definitivamente perdido”.

Son tiempos de febril creación para Dalí y, si no fuera por la notable capacidad organizativa de su mujer, viviría perdido en su mundo fantástico, sin ningún contacto con la realidad. Él mismo cree estar atravesado “por un deseo fáustico de conocimiento y creación” que lo lleva a ignorar el placer:

“Vivo alerta e impaciente, corriendo de un libro a una idea, de un objeto a una invención, de un dibujo a una escultura. ‘Quédate quieto -suplica Gala-; detente, ven al menos a contemplar esta maravillosa puesta de sol’. Pero jamás tengo tiempo para una tranquila contemplación”.

Con la carrera del pintor ya consolidada, ha llegado el momento de mejorar las estrategias de venta y establecer una organización mucho más estricta y sistematizada. Consciente de ello, Gala propone un plan de acción que promete ser muy eficaz. Todos los años, de la primavera al otoño, la pareja reside en Portlligat para que el pintor pueda trabajar a sus anchas sin que nada lo perturbe. Promediando el otoño, ambos retornan a la capital francesa, para activar el contacto con galeristas, aficionados al arte y eventuales mecenas, y para que Dalí exponga allí sus últimas obras.

Oportunos mecenas

La pareja se reúne, bastante a menudo, con la créme de la créme parisina. Cada vez más segura en su rol de agente artístico, Gala consigue reunirse con el príncipe Jean- Louis de Faucigny-Lucinge, viejo amigo de los Noailles, a quien le expone, con absoluta franqueza, las dificultades económicas por las que está atravesando Dalí.

Lo primero que deja en claro es que su marido necesita estar tranquilo para poder llevar a cabo su gran obra. La respuesta no se hace esperar: el aristócrata orquesta un plan a la altura de su generosidad y status, y éste consiste en reunir a doce millonarios en una especie de fondo común de inversión al que llamarán Zodiaque.

Cada integrante del grupo entregará a Dalí la suma de dos mil quinientos francos anuales y podrá elegir a cambio un cuadro del artista, dentro del mes que le haya tocado en suerte, de acuerdo a un sorteo previo que se realizará durante el banquete de Navidad.

El Zodiaque comienza a funcionar el 26 de febrero de 1933 y, gracias a este recurso, los Dalí dejan definitivamente atrás sus penurias para empezar a disfrutar de un elevado status social, con cenas fastuosas, conciertos de música y fiestas memorables.

Esta espléndida existencia no afecta el encanto de sus frugales estadías en Portlligat, ya que ambos ambientes se complementan en perfecto equilibrio.

Al acrecentarse sus ingresos, Gala vuelve a disfrutar de la alta costura y de los perfumes caros. Ahora va vestida por Chanel y tanto ella como Dalí se mueven plácidamente entre personas de alcurnia que ostentan largos títulos nobiliarios y que compiten en originalidad y sofisticación.

Dentro de ese círculo se destaca una mujer muy dinámica y emprendedora, la norteamericana Caresse Crosby, viuda del poeta y millonario Harry Crosby, con quien había fundado en 1928 la editorial Black Sun Press, famosa por sus sofisticadas impresiones y por editar a otros expatriados afincados en París, como James Joyce, Ernest Hemingway, T.S. Eliot y Ezra Pound, entre otros.

Caresse se ha hecho fanática del movimiento surrealista, al que pretende emular creando a su alrededor situaciones fantásticas y ambientes exóticos que la alejen de la realidad.

En su finca Moulin du Soleil, ubicada en las afueras de París, organiza encuentros muy animados, en los que abunda el champagne y donde es posible alternar con una fauna de lo más extravagante. El ambiente, sin embargo, evoca con nostalgia las grandes ciudades norteamericanas con su música de jazz y los chispeantes temas de Cole Porter.

Entre fiesta y fiesta, la millonaria intenta convencer al matrimonio Dalí de las ventajas de viajar a Nueva York, donde la obra del artista está ganando cada vez más adeptos.

Es un dato que Dalí tiene muy presente, dado que su obra más famosa y emblemática, La persistencia de la memoria (conocida popularmente como Los relojes blandos) fue vendida en 1931 en la prestigiosa galería de Julien Lévy, ubicada en Madison Avenue. Gala ya le había vaticinado en aquella ocasión: “Una vez que se ha visto ese cuadro es imposible olvidarlo”, y ahora le auguraba a su esposo un extraordinario futuro artístico en la ciudad de los rascacielos. A Dalí lo acobardaba la idea de emprender un viaje tan largo, pero su mujer lo convenció de que era una locura seguir desechando semejante oportunidad.

Un subversivo en la corte surrealista

Ante la perspectiva de instalarse en Nueva York por una breve temporada, Dalí y Gala decidieron casarse legalmente, para evitar problemas con su documentación.

A fines de 1934 intercambiaron alianzas en el consulado español en París, y aprovecharon la ocasión para tomar distancia de la turbulenta situación política que se vivía en España, agravada por una huelga general y por la reciente declaración de independencia

del estado catalán. En su traslado al otro lado de los Pirineos tomaron la precaución de llevar consigo los cuadros que el pintor tenía programado exponer en Nueva York.

En París contaban con muy pocos amigos: el incondicional Paul Éluard, que pese a haberse divorciado de Gala seguía a su entera disposición, y el poeta René Crevel, al que la rusa le tenía mucho afecto.

Pese a sus crecientes diferencias con los surrealistas, Dalí había seguido colaborando con ellos a través de escritos teóricos, conferencias y diversos artículos. Pero su relación con el poeta y escritor André Breton, líder e ideólogo del movimiento, se había vuelto insostenible.

Breton admiraba la obra daliniana, pero seguía rechazando la conducta infantil del artista, su irritante sentido del humor y su absoluto desprecio por el acontecer político.

Sólo “la abnegación fanática de Gala”, como afirmaría luego Dalí, y las constantes mediaciones de Éluard hacían posible que alguien tan extravagante e insubordinado como él siguiera integrando una cofradía regida por un escrupuloso sistema de dogmas, prohibiciones y condenas.

El surrealismo había nacido como un movimiento subversivo y revolucionario, un arte de ruptura contra todos los valores, costumbres y prejuicios establecidos por la burguesía. Pero al cabo de un tiempo sus miembros terminaron comportándose como integrantes de una secta religiosa. Dalí ya había chocado con los surrealistas anteriormente, a causa de sus fantasías anales y su obsesión por los excrementos:

“Toleraron, hasta cierto punto, mis elementos escatológicos. Pero, en cambio, otras cosas fueron declaradas ‘tabú’. Me autorizaban la sangre. Podía añadirle un poco de caca. Pero no tenía derecho a emplear sólo la caca. Me autorizaban a representar sexos, pero no los fantasmas anales. ¡Cualquier clase de ano era observado en modo muy sospechoso!”.

Las cosas empeoraron cuando Dalí empezó a codearse con aristócratas y millonarios y a defender, según sus detractores, “un surrealismo infantilista” que ya estaba resultando ofensivo para quienes se hallaban comprometidos en causas más trascendentes y humanitarias. El mundo occidental corría el riesgo de perder su libertad, mientras el pintor se concentraba egoístamente en acrecentar sus bolsillos y vivir de fiesta.

Tanto él como Gala sentían un rechazo visceral hacia las consignas igualitarias del comunismo. La abolición de la propiedad privada y la ascensión al poder de la clase trabajadora eran reivindicaciones que ellos consideraban decididamente catastróficas.

Para alguien que tenía asegurada su manutención gracias a la generosidad de un grupo de aristócratas, el comunismo no podía ser otra cosa que una pesadilla, y la mejor manera de neutralizar este peligro era tomándolo a la ligera y desde una perspectiva burlona.

Dalí enloquecía a sus compañeros hablándoles de religión, cuando en su mayoría eran ateos, o declarándose devoto de la más rancia tradición, cuando ya todos estaban militando en el comunismo y detestaban el arte académico.

Con el apoyo de su mujer, Dalí se volvía cada vez más caótico y agitador. “El que quiera interesar a los demás tiene que provocarlos”, aconsejaría en repetidas ocasiones, sin importarle que lo tildasen de decadente y reaccionario.

Lo que se proponía el pintor era sacudir de un solo golpe la mentalidad pequeñoburguesa de sus antiguos compañeros de ruta, para poner en evidencia su hipocresía y su conformismo.

¡A pintar, pequeño Dalí!

Gala intenta por todos los medios que Dalí abandone estos debates estériles que paralizan su trabajo, y se independice de Breton. Ella, personalmente, se encarga de comprarle lienzos, pinceles y todo el material necesario para volver a conectarlo con su tarea. Pero el artista se comporta como un niño indolente que quiere seguir jugando en lugar de hacer sus deberes. Entonces, ella lo invita:

“Vamos, pequeño Dalí, prueba este producto rarísimo: es ámbar líquido, ámbar que no ha sido calentado. Dicen que ya Vermeer se servía de él para sus pinturas”.

La musa daliniana confía ciegamente en el talento de su marido y se mantiene impávida ante sus estrambóticas ocurrencias. Nada de lo que él haga en el arte le parece ridículo o fuera de lugar, porque ella misma está a favor del delirio y la irreverencia.

En la intimidad, se declara harta de la mojigatería surrealista, de la que ha sido víctima en repetidas ocasiones. A su juicio, Breton es un hombre desprovisto de imaginación e insoportablemente misógino,

que pretende dirigir el movimiento surrealista como si fuese un exclusivo club de hombres.

“Son unos condenados burgueses”, le confía a Dalí desde el primer día, reivindicando en contrapartida el clima desenfrenado y herético de las primeras experiencias dadaístas que ella tuvo el gusto de compartir con Éluard y Max Ernst.

Gala sigue sintiéndose muy identificada con las premisas del Manifiesto Dadá:

“Huir del tedio, huir de la gente seria, de la gente razonable”, y sobre todo, “no hacer nada útil, obligatorio o necesario.[...] Ser poeta, estar loco”.

Aconsejado por su mujer, Dalí decide tomar distancia no sólo de los surrealistas, sino de todo movimiento artístico, literario o político que intente llevarlo para su carril.

Desde entonces dedicará sus esfuerzos a ser “cien por ciento daliniano”. A veces tiene serias dudas, pero allí está Gala para tranquilizarlo:

“Eres el más grande. Una pulgada de tu tela contiene más que toda la pintura moderna”.

Pese a sus bravuconadas en público, el artista sigue siendo un gran inseguro. Sólo cuando Gala lo elogia puede respirar más tranquilo:

“No me convence, pero escuchándola, acaricio la idea de que lo que acabo de hacer no es la catástrofe absoluta”.

Por fin retoma sus pinceles con renovado entusiasmo y a través de ellos comienza a dar guerra a sus opositores. Su primer escándalo lo comete al incluir el rostro de Lenin en una pintura de 1933, El enigma de Guillermo Tell, supuestamente referida a los conflictos con su padre; pero los surrealistas la consideraron blasfema, sin más vueltas.

Para echar más leña al fuego, Dalí comenzó a obsesionarse con la figura de Hitler, que iba ganando peso en el plano internacional. A su juicio, el jefe nazi era...

“...un masoquista integral, poseído por la idea fija de desencadenar una guerra por el gusto de perderla luego heroicamente”.

Ese gesto, según Dalí, bastaba para definir a Hitler como un auténtico surrealista. Tiempo más tarde, el pintor declara tener sueños eróticos con un Führer feminizado, de caderas blancas y rollizas. Compara la carne del dictador con “la más divina carne de una mujer de cutis blanquísimo”, y asegura que de ser posible, “hubiera extraído de la espalda de Hitler una porción, como una porción de queso”.

Éluard, que agota todos sus recursos para defenderlo, le escribe a Gala:

“Sé muy bien que Dalí no es hitleriano. Pero tiene necesariamente que encontrar otro tema de delirio. El elogio de Hitler es inaceptable y provocará la ruina del surrealismo y nuestra separación”.

Pero su ex mujer no entiende razones. Su lealtad hacia el pintor roza la terquedad, y le recrimina a Paul:

“Has sido demasiado tibio en tu defensa. Todo es culpa de la incomprensión y de los celos que despierta la obra de Dalí”.

La permanencia del pintor dentro del movimiento se ve amenazada por sucesivos intentos de expulsión; pero siendo el artista que más ha contribuido a la difusión del surrealismo a nivel internacional, Breton le perdona, una y otra vez, sus bravuconadas.

Que no muera Gala

En 1936, otro incidente viene a alterar aún más el precario equilibrio del artista. Gala debe ser intervenida por un fibroma, a raíz del cual sufre la extracción de sus ovarios.

En la víspera de la operación, el artista y su esposa pasan todo el día construyendo objetos surrealistas. El de Gala es “un aparato mecánico-biológico ficticio” que, según Dalí, es un “símbolo de la intervención” a que esperaba ser sometida. El artefacto consiste en:

“Unos senos, con una pluma en el pezón y coronados por antenas de

metal sumergidas en un tazón de harina".

Mientras se dirigen a la clínica en un taxi, deciden hacer un alto en casa de Breton para enseñarle el invento; pero una brusca frenada hace volar el objeto por los aires, cubriéndolos de harina. La intervención quirúrgica se realiza sin complicaciones y el pintor decide volver a su casa para avanzar en su propio invento. Pero durante la madrugada es asaltado por ideas de muerte que lo hacen volver rápidamente a la clínica para descargar allí la angustia que lo invade.

Durante los ocho días siguientes llora sin consuelo y es presa de un pánico incontrolable ante la posibilidad de que Gala muera. Ahora depende de su mujer para cualquier toma de decisión, sea del orden doméstico, artístico o social. Gala es su guía, la que lo libera de amenazas y quebrantos; no puede darse el lujo de perderla. Recién cuando el mal es vencido, Dalí vuelve a comportarse como un auténtico surrealista. Así lo evoca en sus Confesiones inconfesables:

"Entré en la habitación de Gala. Tomé su mano con la mayor ternura del mundo y le dije: Ahora, Galuchka, podría matarte'".

El incidente unió aún más a la pareja, no sólo por la gravedad del caso, sino porque también los liberó de tener descendencia. Dalí sentía un abierto rechazo hacia los niños y prefería seguir siendo, simbólicamente, el único hijo de su esposa. Le encantaba decir que Gala lo había adoptado. Y ella, que como es sabido detestaba el ejercicio de la maternidad, incluso llegó a confesarle al escritor y periodista Louis Pauwels:

"No tengo interés en dar descendencia a Dalí. Quiero que todo termine conmigo".

Capítulo VI. Ricos y famosos

A fines de 1934, la pareja embarca en el transatlántico Champlain en compañía de Caresse Crosby, quien además de oficiar de guía y presentadora de la pareja en su arribo a los Estados Unidos, asiste durante el viaje al aterrorizado pintor. Al igual que su querido amigo Lorca, Dalí teme morir ahogado, y durante toda la travesía no se desprende nunca de su chaleco salvavidas ni de la mano de su mujer.

En el muelle de Nueva York los recibe un torbellino de periodistas y fotógrafos, pero el artista se resiste a salir de su camarote por un súbito ataque de timidez. Finalmente aparece en cubierta con una gran barra de pan y una fotografía de Gala ataviada con un extraño sombrero. El show está por comenzar.

-Señor Dalí, ¿por qué pintó a su mujer ataviada con pedazos de cordero?

-Me gustan las costillas y me gusta mi mujer. No veo razón alguna para no pintarlas juntas.

-¿Por qué costillas crudas?

-Porque Gala también está cruda.

El idilio entre Dalí y la prensa norteamericana nace en ese preciso momento. A partir de entonces todas sus salidas y actividades públicas recibirán una importante cobertura mediática.

La estadía de un mes en los Estados Unidos culmina el 18 de enero de 1935 con un gran baile de despedida, el Balonirique, organizado por Caresse y supervisado por el propio artista. La decoración de la fiesta supera todo lo visto hasta el momento.

Por todas partes se exhiben prodigios, como la bañera llena de agua y suspendida en el aire sobre la escalinata de la galería, o el gramófono que reproduce las últimas canciones francesas desde el vientre de una vaca embalsamada.

Para sorpresa de Dalí, todos los invitados dan muestras de una extraordinaria creatividad al ir disfrazados según su sueño recurrente favorito. La nota publicada por el Sunday Mirror destaca la presencia de.

“.mujeres ataviadas con deslumbrantes vestidos blancos y serpientes verdes que emergen de sus cabezas; un hombre con las mejillas al parecer convertidas en alfileteros; otro vestido de frac, pero sin pantalones, [.] otra mujer pariendo una muñeca por la cabeza, y otras novedades igualmente desconcertantes”.

El corresponsal del Petit Parisien en Nueva York envió un cable a París decididamente amarillista. Según el reportero, Gala había horrorizado a la sociedad norteamericana al lucir en su tocado una muñeca devorada por hormigas.

Su disfraz supuestamente aludía al reciente secuestro y asesinato del hijito de Charles Lindbergh, el famoso aviador. Dalí negó categóricamente el incidente atribuyendo la noticia a una operación de prensa muy malintencionada.

El pintor regresa a su tierra convertido en una celebridad mundial. Los medios europeos hablan del impacto de su obra en el extranjero y esto contribuye a preparar el terreno para una pronta reconciliación con su padre, al que no ve desde hace cinco años.

El encuentro, gestionado por uno de sus tíos, resulta muy emotivo. El notario felicita a su hijo y hasta reconoce y agradece la buena influencia de su nuera. Al ver los recortes de prensa comenta:

“Sin Gala, Salvador habría terminado debajo de un puente de París”.

En un gesto más simbólico que práctico, revoca el testamento por el cual había desheredado a su hijo y redacta uno nuevo donde vuelve a incluirlo como beneficiario. Fue una reconciliación bastante moderada que dio lugar a casi una decena de cambios testamentarios en los que Dalí Cusí siguió favoreciendo ampliamente a su hija Anna María.

El pintor permanece muy poco tiempo en España, debido al enrarecido clima político que se vive allí. Seis meses antes de estallar la Guerra Civil, Dalí pinta un cuadro que anticipa con macabra elocuencia las atrocidades que durante tres años desgarrarán a su país. Lo titula Construcción blanda con porotos hervidos; pero más tarde, con deliberado oportunismo, lo llamará Premonición de la guerra civil.

En él se observa, como figura principal, una macabra escultura humana con sus miembros trastocados y haciéndose daño entre sí. Años más tarde, Dalí dirá que lo primero que pasó por su mente fue “un monstruo que se auto-devoraba”.

En julio de 1936, un fallido golpe de Estado da comienzo a las hostilidades y, apenas un mes más tarde, se da a conocer una noticia pavorosa: la muerte de Federico García Lorca a raíz de un fusilamiento clandestino.

Dalí queda destrozado por la noticia:

“Cerré los ojos y me tapé las orejas para no saber nada, pero la historia de las más terroríficas atrocidades siempre conseguía llegar hasta mí y acosarme como una pesadilla”.

Le resulta incomprensible un crimen tan impune, dado el prestigio internacional del que gozaba el poeta:

“Fue literalmente raptado. No se encontraron ni su cuerpo ni su tumba, como él mismo había predicho en un poema”.

La guerra y esa pérdida son razones suficientes para que el pintor se mantenga alejado de España hasta que finalice la contienda.

Surrealista de tiempo completo

Obligado a permanecer fuera de su hogar y con la venta de sus obras en baja, Dalí decide ampliar su campo de acción incursionando en múltiples tareas, como la decoración de interiores y vidrieras de lujo, el diseño de muebles, joyería e indumentaria, y

la creación de escenografías y vestuarios teatrales.

Su mayor actividad se concentra en los Estados Unidos (la revista Time ya le ha dedicado una portada) y en Inglaterra, donde se da el lujo de tener una entrevista con su admirado Sigmund Freud.

En julio de 1938, el gran psicoanalista vienés lo recibe en su despacho de Londres, ciudad en la que se ha exiliado tras la ocupación de Austria por los nazis.

A Freud no le simpatizaban los surrealistas, pero quedó gratamente impresionado con Dalí, tal como se lo comentó después a su amigo Stefan Zweig, gestor del encuentro:

“Tengo que agradecerle sinceramente que me presentara a nuestro visitante de ayer. Hasta ahora tendía a pensar que los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrón, eran unos tontos al cien por ciento. [.] Este joven español, con sus cándidos ojos de fanático y su innegable maestría técnica [Dalí le había llevado de “muestra” su cuadro Metamorfosis de Narciso], me ha llevado a reconsiderar mi juicio. Se trata, en todo caso, de alguien con serios problemas psicológicos”.

Por esos años, el artista empieza a amenizar sus muestras de pintura con conferencias absurdas, apariciones histriónicas y otros recursos teatrales, como el uso de disfraces y de objetos insólitos.

Ahora que es famoso, se empeña en comportarse como un surrealista las veinticuatro horas del día, y siempre bajo la estricta supervisión de Gala, puesto que sigue siendo muy torpe y cada vez

que su mujer lo deja solo, provoca algún desastre.

En 1936, fiel a su estilo performático y bufonesco, ingresa a las Galerías New Burlington de Londres embutido en un traje de buzo con las suelas lastradas de plomo, con un taco de billar en la mano y un par de galgos rusos como séquito. Su atuendo es tan pesado que tienen que llevarlo en andas hasta la tarima.

Rodeado por el personal de la galería, Dalí da comienzo a su conferencia, titulada Auténticos fantasmas paranoicos.

Luego de lanzar al público toda clase de absurdos y teorías incomprensibles, empieza a asfixiarse dentro de su escafandra. Al principio todos creen que se trata de una actuación, pero al ver que Dalí se pone rojo como un tomate, los organizadores corren a buscar a Gala, que por alguna razón no se encontraba en la sala. De inmediato, ella acude al lugar y logra abrir el casco con la llave inglesa que guardaba en su cartera. Dalí suspira agradecido y simplemente comenta:

“Quería mostrar que estaba sumergiéndome profundamente en la mente humana”.

Salvador pasa sus años de exilio entretenido en dar forma tridimensional a sus íconos más representativos (el sofá con labios de Mae West, el teléfono-langosta) y en diseñar estrambóticos sombreros para Elsa Schiaparelli, entre otras prendas que Gala luce sin chistar, pese a su predilección por Chanel.

De esta manera, el artista va logrando disipar su depresión y la

culpa de haber abandonado a su familia en plena guerra civil. Sólo la entereza y frialdad de Gala le permiten seguir disfrutando de una vida placentera y organizada en medio del caos mundial.

Demasiada historia

La musa de Dalí es nomade por naturaleza. Con el tiempo, Gala ha fortalecido sus impulsos andariegos y su obstinación en vivir conforme a sus deseos. Da la impresión de ser inmune a los conflictos ideológicos y territoriales que sacuden a Europa. Como muchas damas de su generación, siente una vaga nostalgia por la Rusia de los zares. Pero ese mundo ya no existe; fue arrancado de raíz en 1917 para dar paso al régimen bolchevique, al que Gala considera sinónimo de miseria, falta de libertad y violencia.

Tanto ella como Dalí se declaran abiertamente anticomunistas, lo cual no es ninguna sorpresa, dado que siempre han estado “en contra de lo colectivo y a favor de lo individual”.

La prosperidad económica de la que disfrutan desde hace unos cuantos años los ha vuelto egoístas, adictos al lujo y ha despertado en ellos una profunda desconfianza hacia toda causa que enarbole el sacrificio individual en pos de una causa superior.

Una vez más se encuentran navegando contra la corriente al moverse dentro de un circuito en el que predominan los militantes comunistas. Algunos ya lo son por convicción, como la mayoría de los artistas y escritores del momento, entre ellos, Luis Buñuel, Pablo Picasso, André Breton, Paul Éluard y el escritor Louis Aragon. Otros, en cambio, coquetean con la causa por puro esnobismo; tal es el caso de la excéntrica protectora de las artes Marie-Laure de Noailles, que en sus fastuosas reuniones luce sin ningún pudor un

carísimo broche de diamantes y rubíes con el emblema de la hoz y el martillo.

La afinidad entre surrealismo y comunismo resulta algo forzada, aunque ambos movimientos persigan un objetivo en común: el desmoronamiento de la sociedad burguesa. Artistas e intelectuales se transforman en apasionados militantes políticos, convencidos de que el arte ya no es suficiente para llevar a cabo la revolución y mucho menos para detener el vertiginoso ascenso del nazismo.

Únicamente Dalí insiste en mantenerse al margen de toda participación política, posición que defenderá hasta sus últimos días:

“La hiena de la opinión pública escurríase en torno mío, pidiéndome con la babeante amenaza de sus expectantes colmillos, exigiendo que me pronunciase: ¿hitleriano o estaliniano? ¡No, cien veces no! Continuaría siendo, como siempre y hasta la muerte, daliniano y únicamente daliniano”.

Por eso, cuando el pope del surrealismo lo expulsa del movimiento, Dalí se declara culpable de una sola cosa: “Ser excesivamente surrealista”.

Al producirse la ocupación nazi de Polonia, el pintor se traslada con su mujer a la ciudad francesa de Arcachon, ubicada cerca de Burdeos y famosa por sus ostras. A la tranquilidad de sus playas se suma otra ventaja: la proximidad de la frontera española.

“Éste sería uno de los últimos lugares al que llegasen los alemanes”,

se confía Dalí, contento de haber hallado un sitio tan agradable mientras dure la guerra.

Tiene por vecinos a varios personajes famosos, como Coco Chanel y Marcel Duchamp. Éste juega al ajedrez con Gala, todas las tardes, mientras Dalí se encierra a pintar. Al cabo de unas semanas, la situación cambia completamente. El pacífico cielo de Burdeos se ve ensombrecido por aviones enemigos que, para espanto de los visitantes, dejan caer algunas bombas sobre la zona. El pintor recordará en su vejez:

“La guerra me parecía una riña de chiquillos en una esquina. Un día, sin embargo, resultó ser un estruendo excesivo y se hizo demasiado real. Me dije: ‘Esto se está haciendo demasiado histórico para mi gusto’, y, en un acceso de rabia, dejé de trabajar en la pintura que estaba ejecutando. Y partimos.”

La guerra los va cercando, y ante el avance de las tropas nazis sobre Francia, optan por abandonar el continente.

Antes de embarcar en Lisboa con destino a los Estados Unidos, la pareja pasa por Figueres para despedirse del padre de Dalí. En realidad habrían preferido quedarse en Francia, pero el caos y la violencia son sus principales enemigos. No les queda más remedio que tratar de adaptarse al estilo de vida norteamericano hasta que la paz vuelva a Europa.

Bienvenidos a América

Antes de entrar de lleno en la vida social de Nueva York, el artista

catalán y su esposa se refugian durante todo el verano de 1940 en Hampton Manor, la hermosa finca de doscientas hectáreas que Caresse Crosby posee en Virginia. La propiedad consta de una gran casa colonial, una alameda, un parque con ciervos y un gran estanque.

Dalí disfruta enormemente de la suntuosidad del lugar y así se lo hace saber a su hermana en una de sus cartas:

“Es un lugar tranquilo en medio de un bosque centenario -nuestra casa es extraordinariamente confortable: una inmensa biblioteca, en la cual cada noche hacemos con Gala descubrimientos sensacionales, cinco personas de servicio (todos negros como carbón de antracita), dos caballos para montar, un lago para bañarnos, et tout et tout [...]”

Ahora que mantiene una ágil correspondencia con su familia, aprovecha para pedirle a su hermana algunas fotos de infancia que piensa incluir en su autobiografía La vida secreta de Salvador Dalí, publicada en Nueva York en 1943.

En la finca, el pintor se mantiene muy activo. Trabaja durante todo el día en sus cuadros y se da tiempo para escribir. Solamente interrumpe su actividad durante las comidas, donde está obligado a departir con otros invitados. Gala está algo disgustada con la situación: teme que los demás visitantes alteren el ritmo de trabajo de su esposo, y eso la mantiene alerta y vigilante.

El matrimonio Dalí comparte su estadía con el novelista Henry Miller y su amante de entonces, la escritora Anais Nin. Ella se encargará de describir en su Diario las hábiles maniobras de Gala para dar prioridad a las necesidades de su marido:

“La señora Dalí nunca alzaba la voz, nunca se preocupaba por seducir o agradar. Sencillamente daba por hecho que todos estábamos allí para servir a Dalí, al grande, al indiscutible Dalí”.

Cuando se reúnen con los demás invitados, los Dalí permanecen muy juntos. Así los recuerda Nin:

“Se volvían uno hacia el otro como en busca de protección, de apoyo mutuo. Nunca se los veía abiertos, confiados o cómodos”.

Durante una de las ausencias de Caresse ocurrió un incidente que aterrorizó a la pareja. El ex marido de la millonaria entró intempestivamente una noche y, en medio de un ataque de rabia, acentuado por el alcohol, amenazó con destruir los cuadros del pintor. Dalí y Gala, asustados, abandonaron el lugar de inmediato para trasladarse a Washington.

La verde seducción del dólar

Durante su estadía en Estados Unidos (de 1940 a 1947), Dalí da un giro radical a su obra y a su vinculación con el mundo artístico. Mientras Gala asume todo el control sobre las transacciones comerciales, prescindiendo de los marchands, el artista termina de dar forma a su máscara pública.

A partir de ese momento se conduce como un personaje irreverente y estrafalario, dispuesto a llamar la atención en todo momento.

Las prometedoras ventas en el mercado del arte, la intensa cobertura de los medios de prensa y el creciente interés de varios millonarios norteamericanos en coleccionar su obra lo transforman en una celebridad internacional. Su viejo sueño de convertirse “en ligeramente multimillonario” está a punto de hacerse realidad.

“De aquí no nos mueve nadie, querido”, le anuncia Gala en tono triunfal, luego de haber instalado sus pertenencias en la suite 1016 del lujoso hotel St. Regis, de la Quinta Avenida y la calle 55, “su hogar” en los Estados Unidos.

En la década del 40, un sinnúmero de expatriados europeos intentaba adaptarse a la vida norteamericana con diversa suerte. Breton era uno de los menos afortunados, ya que, a diferencia de Dalí ,soportaba muy mal el cambio de ambiente y sólo alternaba con franceses, dado su pobre dominio de la lengua inglesa.

Hubo un intento de parte de Dalí por retomar contacto con su antiguo camarada surrealista, pero Breton lo descalificó públicamente por alimentar su propia megalomanía a través de la publicidad y las operaciones de prensa, por haberse entregado a un academicismo ya perimido y por haber pervertido su arte con el fin de ganar más dinero. Para dar por terminado el tema, creó el ingenioso anagrama “Avida dollars”, inspirado en el nombre del pintor.

En un artículo de 1939, Tendencias más recientes de la pintura surrealista, Breton había decretado la expulsión de Dalí. Pero recién en 1941 lo degradaría públicamente al acusarlo de ser un “elemento fascista a quien se debe combatir por todos los medios”.

Era algo que Dalí parecía estar buscando desde hacía tiempo. Al alejarse de Breton, también dejaba atrás la última figura paterna que pretendía poner límites a su carrera. Rápido de reflejos, Dalí hizo suyo aquel despreciativo “Avida dollars”, convirtiéndolo en una premisa triunfal: el anagrama ideado por Breton “rindió generosa, dulce y monótonamente un manantial de dólares”.

El catalán anunció pomposamente ante la prensa que el surrealismo había muerto, al menos en la forma en que se lo había conocido hasta entonces.

-¿Y cuál es su definición de surrealismo, señor Dalí?

-¡El surrealismo soy yo! Puesto que soy el único en perpetuarlo. Yo no he renegado de él, sino que, todo lo contrario, lo he reafirmado, espiritualizado.

Ya liberado de su compromiso con el movimiento, el pintor volcó su pensamiento teórico en diversos ensayos y autobiografías. La buena acogida de Vida secreta... lo impulsó a escribir, en el otoño de 1943, una novela de estilo decadentista que tituló Rostros ocultos. En ella describía las andanzas y amoríos de un grupo de aristócratas muy excéntricos.

Para poder terminarla a tiempo se encerró durante cuatro meses en New Hampshire, siguiendo una estricta disciplina de trabajo de catorce horas diarias.

Breton no estaba equivocado, pues el artista catalán era uno de los pintores más ricos del mundo, se enorgullecía de serlo y lo

anunciaba a los cuatro vientos:

“Hay que tener dinero, producir oro, rápido y bien, para poder subsistir. ¡Oro y salud!”.

Aun así, era sumamente torpe en el manejo de dinero. En cierta ocasión tomó un taxi y cuando vio que el contador indicaba un dólar con cero centavos, se enredó tanto con las cifras, que terminó pagando la exorbitante cifra de cien dólares.

Hacia Hollywood

Otra de las grandes oportunidades que le brindó Norteamérica fue su regreso al cine, pero esta vez a escala industrial. La cercanía de Hollywood, con su glamorosa fábrica de estrellas, también hacía las delicias de Gala, que seguía siendo tan cinéfila como en su juventud. Gracias a los contactos de su célebre marido podía acceder a los sets de filmación y alternar con directores y artistas.

Dalí participó en esos años de varios proyectos cinematográficos. Diseñó las escenas oníricas de la película Spellbound de Alfred Hitchcock y empezó a escribir un guión con los hermanos Marx, a quienes consideraba auténticos surrealistas, pero el film en cuestión nunca llegó a realizarse. Su mayor frustración, sin embargo, fue haber trabajado durante ocho meses para la empresa Disney en la realización de Destino, un musical al estilo de Fantasía del que sólo se montaron finalmente 18 segundos de película.

A raíz de aquella experiencia, Dalí y Gala iniciaron un vínculo amistoso con Walt Disney y su esposa, que perduró en el tiempo.

Años más tarde, en octubre de 1957, el matrimonio Disney sería recibido con todos los honores en Portlligat.

La estadía en Norteamérica los ha enriquecido enormemente, pero a pesar del lujoso tren de vida que llevan allí, rodeados de celebridades y de millonarios ansiosos por debutar como coleccionistas, la pareja añora el estilo de vida europeo.

En 1947, Cécile Éluard da a luz una niña, en Francia; pero a Gala le resulta deprimente ser abuela y no demuestra interés en conocer a la criatura.

Lo que decide el regreso es la profunda añoranza de Dalí por su terruño. Mal que le pese a Gala, es necesario aflojarle las riendas y dejar que se reencuentre con los suyos.

El “pequeño Dalí” ha perdido gran parte de sus fuerzas en el extranjero.

A partir de la década del 40 empieza a repetir hasta el cansancio sus íconos más famosos (moscas, langostas, relojes blandos) y hasta la figura de Gala, tan enigmática y sugerente en sus pinturas de diez años atrás, amenaza con quedar reducida a una mera marca de estilo, tal como el célebre bigote, curvado en dos antenas, que luce el artista para emular a Diego Velázquez, el gran maestro de la pintura española.

Dalí ha dejado de ser un artista de vanguardia; ahora se lo considera un diseñador todo terreno. Su técnica sigue siendo sorprendente, pero su imaginación parece haberse agotado a

consecuencia de sus múltiples actividades (una de las más absorbentes es la escritura) y por verse sometido a un ritmo de trabajo de más de doce horas diarias.

Para recobrar la identidad perdida, se hace imprescindible que el pintor vuelva a sus raíces.

Capítulo VII. La vuelta al hogar

Tres años después de finalizar la guerra, los Dalí emprenden su regreso a Europa. El 21 de julio de 1948 desembarcan en Le Havre y, sin detenerse en París, se dirigen a toda velocidad hacia Cadaqués.

Sentada al volante del imponente Cadillac negro, Gala aguarda a que Dalí cumpla con sus obligaciones familiares. Padre e hijo se abrazan enternecidos. El notario se siente muy orgulloso y felicita al pintor por haber llevado el apellido Dalí al más alto nivel de prestigio. Anna María ríe todo el tiempo y abraza a su hermano adorado, temerosa de volver a perderlo. Cuando Gala ingresa a la casa, todo es alegría y bullicio, las conversaciones se superponen en un catalán áspero que ella no alcanza a comprender, porque siempre ha despreciado ese dialecto "de gente ignorante". Los celos le revuelven el estómago. No soporta que su "pequeño Dalí" se muestre tan cariñoso con quienes lo repudiaron y trataron de loco cuando aún no era famoso, y que ahora se arrojan a sus pies encandilados por su celebridad.

Al ver a Anna María colgada del cuello de su hermano, Gala grita: "¡Basta!", enrojecida de furia. Enseguida, comienza un griterío entre las dos mujeres que amenaza con pasar a la violencia física de un momento a otro. Anna María, ya fuera de sí, aprovecha para lanzar sobre su cuñada el odio que lleva acumulado durante años y que ahora no tiene por qué disimular. Ante los gritos de Gala y viendo su mirada de desprecio, revive los vejámenes padecidos durante la Guerra Civil y, sin poder contenerse, acusa a su cuñada de haberla denunciado. Anna María casi se había vuelto loca a raíz del martirio al que la sometieron "los rojos" durante los veinte días que estuvo en prisión.

En una carta de 1939, Dalí, que confundía y mezclaba mucho el catalán, el castellano y el francés, le había descrito así (transcribimos literalmente) a su amigo Buñuel el terrible estado en

que quedara su hermana:

"...le tienen que dar la comida por la fuerza, i se caga en la cama, imaginate la tragedia de mi padre al que le an robado todo, tiene que vivir en una casa de huéspedes en Figueres, naturalmente le mando dolares. Se ha convertido en un fanatico adorador de Franco que considera un semi-dios, el glorioso caudillo como dice a cada linea de sus delirants cartas".

Anna María ve en Gala a una siniestra enemiga y no hay manera de hacerla callar. Dalí se siente obligado entonces a salir de la casa para aplacar a su mujer. Tiene la triste sensación de que el vínculo con su familia se ha roto para siempre.

Tentada por un grupo de editores, Anna María publica, en 1949, Salvador Dalí visto por su hermana, con una breve introducción de su padre. Entre recuerdos de infancia y adolescencia, pinta a su hermano como un chico encantador.

Le adjudica al artista...

".un carácter afable y cordial y un gran sentido del humor. Sólo cuando un deseo anormal de llamar la atención le domina es cuando le vemos capaz de hacer las cosas más absurdas".

Por otro lado, Anna María atribuye su alejamiento de la familia a la "influencia nefasta" de los surrealistas, que lo llevaron a ultrajar el recuerdo de su madre, y al dominio que ejerce sobre él "una mujer" a la que prefiere no nombrar.

Cuando Dalí se entera de que su hermana lo ha presentado como un pelele, jura vengarse. Pero el fuego de su ira crece más y más por influencia de Gala, quien, ofendida por los agravios de Anna María, convence a su marido de organizar una campaña en su contra, con el doble objetivo de desautorizar el libro y poner en ridículo a su autora.

El pintor envía tarjetas y telegramas a los principales medios de prensa, para que se abstengan de comentar el texto. Y no hay duda de que su gestión fue muy efectiva, porque desde entonces el libro quedó silenciado.

En enero de 1950, el artista publica en Nueva York una suerte de solicitada en la que aclara:

“Fui expulsado de mi familia en 1930 sin un solo céntimo. Todo mi triunfo mundial lo he conquistado con la sola ayuda de Dios, la luz del Ampurdán y la heroica abnegación cotidiana de una mujer sublime, mi esposa Gala. [...] Mi familia aceptó la reconciliación, pero mi hermana no ha podido resistir el especular materialmente y pseudo- sentimentalmente con mi nombre, vendiendo cuadros míos sin mi permiso y dando informaciones absolutamente falsas sobre hechos objetivos de mi vida. Por lo que no puedo dejar de advertir a coleccionistas y biógrafos”.

En 1954, Dalí vuelve a castigar a su hermana, pero esta vez a través de una pintura titulada Joven virgen sodomi- zada por su propia castidad. Se trata de una picaresca variante de Figura asomada a la ventana, un óleo de 1925 en donde una jovencísima Anna María posa de espaldas, sobre una ventana.

Católicos y franquistas

En España, Dalí recupera su antigua religiosidad. La figura de la Virgen comienza a ser recurrente en sus cuadros y, además, ha retomado la idea de casarse con Gala por la Iglesia. El 23 de noviembre de 1949, ambos son recibidos por el papa Pío XII, a quien le llevan de regalo un boceto de la Madonna de Portlligat, en el cual Gala posa de virgen renacentista.

Pero la entrevista es un fracaso. Su Santidad no autoriza la boda, por tratarse de una mujer divorciada, ni acepta dar por anulado su matrimonio anterior.

El súbito entusiasmo de Dalí por insertarse en la España católica y franquista siempre estuvo bajo sospecha. Sus desmesurados elogios a Franco, sus constantes visitas al palacio de El Pardo y el retrato que hizo de la pequeña nieta del "caudillo" eran sin duda una estrategia para asegurarse el reconocimiento en su país.

Dalí había comprendido que para mantenerse en el candelero tenía que situarse lo más cerca posible del poder; y donde está el poder también está el dinero.

Pero, en su decisión de apoyar a Franco pesaron, además, las terribles secuelas de la Guerra Civil y la crueldad con que los republicanos se habían ensañado con su familia.

Para entonces, sus cuadros han perdido la incorrección política de los primeros tiempos; el erotismo y las imágenes de pesadilla han dado paso a un misticismo rebuscado y artificioso que, a veces, roza

el mal gusto. Su discurso pictórico se ha empobrecido y por más que intente reflotarlo con algunos toques de forzado surrealismo, aun así no logra devolverle el vigor de antaño.

Tampoco ayuda el pesado muestrario de ángeles, vírgenes, santas y otros personajes devotos (como los que extrae de El angelus, de Millet) que el pintor enmascara, sin demasiada gracia, con el rostro de Gala.

En esta nueva etapa, su mujer-talismán aparece como estandarte de la tradición católica y española, en cuadros tremendamente ostentosos como El descubrimiento de América por Cristóbal Colón, realizado entre 1958 y 1959, en el que se evidencia un exceso propagandístico propio de un afiche publicitario.

Hogar, dulce hogar

El matrimonio Dalí ha retornado a Portlligat con grandes proyectos. Su tarea más urgente es la de ampliar y remodelar su antigua barraca, que ahora resulta demasiado estrecha y humilde para las nuevas exigencias de sus propietarios. Con ese fin compran las unidades linderas y las unen para crear un gran edificio blanco, con múltiples techos de tejas rojas y lleno de conexiones y pasadizos en su interior. El toque final lo da Dalí, colocando en el tejado de la casa dos huevos blancos gigantes que representan a los gemelos divinos Cástor y Pólux, símbolo de la unión perfecta que ha logrado con Gala.

Su teoría es avalada por un gran admirador suyo, el psicoanalista y estudioso de mitología Pierre Roumeguere, quien en su tesis doctoral de 1950 desarrolla una singular hipótesis que atribuye a Gala el mérito de haber rescatado a Dalí del fantasma internalizado

de su hermano muerto, curándolo así de la psicosis que lo amenazaba. Totalmente ajenos a esta insólita investigación, los vecinos del pueblo celebran la aparición de este par de huevos, que se distinguen a la distancia como un eficaz punto de referencia.

De la decoración interior se ocupa Gala, aun teniendo que aceptar a regañadientes que su esposo distribuya por toda la casa su colección de animales disecados, entre ellos un enorme oso, que finalmente es ubicado en el hall de entrada.

La pareja no duerme en el mismo lecho: su dormitorio tiene dos camitas de hierro forjado, y cuando Gala desea encerrarse a leer y a meditar sobre sus asuntos, se refugia en un anexo del caserón, diseñado especialmente para ella. Se trata de una habitación en forma de huevo que difiere del resto de la casa por su calidez y simplicidad. Tiene bancos revestidos con almohadones que Gala misma ha realizado con telas de la India, y un antiguo samovar ruso que preside la ceremonia del té. ¿Será cierto que escribe allí sus memorias en el idioma de infancia? Nadie puede (ni podrá) verificar tal afirmación, pero Dalí de tanto en tanto hace mención del asunto.

Gala continúa siendo una fuente de inspiración inagotable y fecunda, además de una presencia bienhechora que pone a raya los temores y angustias del artista. En su nuevo rol de ama de casa ya no tiene que hacerse cargo de las tareas domésticas, porque ahora posee dinero como para contratar un ejército de empleados.

Ella se ocupa solamente de cuidar el jardín, acondicionar su “casita” e ir de pesca cuando el clima lo permite, y si es que cuenta con algún acompañante. Pero por más que Cadaqués sigue siendo un refugio muy agradable, la relación entre los esposos se ha vuelto más tempestuosa desde que volvieron a España.

Gala se ha cansado de las inseguridades del pintor, de sus caprichos pueriles, y ya no quiere estar a su servicio las veinticuatro horas del día, como en los viejos tiempos. Para exorcizar estas disputas y tener contenta a su mujer, el pintor le dedica un sinnúmero de alabanzas, como las que asienta en su diario:

"Cualquier hombre puede tener una esposa, pero solamente es Gala la que cura su espíritu, la que vive continuamente como una esposa... la que hace algo cuando no hace nada. Me acuesto feliz... ¡Gracias, Gala! Gracias a ti soy pintor. Sin ti no habría creído en mis dotes. ¡Dame la mano! Es cierto que te amo cada vez más".

Adular a Gala es parte de su trabajo, la única estrategia que conoce para refrenar el mal genio de su musa. Eso lo lleva a retratarla como diosa universal (en versión católica y pagana) y a mentir descaradamente en relación con su belleza:

"Yo, conmovido, me postro de rodillas una vez más para dar gracias a Dios de que Gala sea un ser tan hermoso, como los que adornan los lienzos de Rafael".

Para atenuar estos exabruptos, aclara oportunamente:

"Esta belleza, lo juro, es imposible captarla, y nadie ha podido captarla con tanta vitalidad como la capto yo".

El astuto catalán endulza los oídos de su esposa con las palabras que ella quiere escuchar. Así declara, por ejemplo, que Gala es ".al

día siguiente más bella, al siguiente más joven que el día anterior".

Cada semana le da un nombre diferente a su amada:

"Hasta el domingo te llamarás 'Gala Desoxirribonucleico, porque es el nombre de un componente químico que tal vez guarde el secreto de la inmortalidad".

En otras ocasiones, la rebautiza con nombres "más cortos" o de origen ruso, y también utiliza apodos para burlarse cariñosamente de su difícil carácter. Así la llama "abeja", porque Gala descubre y lleva "todas las esencias para la colmena hirviente de mi cerebro"; "leoncilla", porque cuando se enoja "ruge como el león de la Metro Goldwyn Mayer", o "ardilla", por su afán en hacer acopio para el futuro. El hecho de que su marido la siga pintando como una "Madonna" parece una cruel ironía antes que un homenaje. En lugar de sosegarse con los años, la rusa se ha vuelto más carnal y libidinosa y, según las malas lenguas, tanto le da un pescador de Cadaqués como un marchand de arte o cualquiera de sus asistentes.

Dos muertes y una boda

Una funesta noticia viene a desequilibrar la ordenada rutina del pintor: su padre está gravemente enfermo y le queda muy poco tiempo de vida. Dalí rompe el distancia- miento impuesto por Gala y acude a verlo de inmediato, pero sólo pasa media hora con él antes de que éste exhale su último suspiro.

El notario fallece el 21 de septiembre de 1950, y sus hijos quedan tan fuertemente afectados por su deceso, que se niegan a asistir al

sepelio.

Exactamente un año más tarde, el pintor parece haber superado su duelo y, mientras disfruta de unas vacaciones en Italia junto a su esposa, ambos asisten a un baile de disfraces en el Palacio Labia de Venecia, que los tiene como protagonistas absolutos. Los dos se presentan como una pareja de gigantes, vestidos con atuendos de siete metros de altura, realizados por Christian Dior, según un diseño de Dalí.

Al verlos montados sobre elevados coturnos y luciendo unos tocados en punta que multiplican su altura, se diría que el matrimonio Dalí ha llevado al extremo su espectacular megalomanía. Ambos se han vuelto intocables, gloriosos, inmunes a cualquier catástrofe o pérdida.

Se aferran a los placeres de la vida indiferentes al dolor ajeno, que es para ellos lo más parecido a una enfermedad contagiosa.

El 22 de noviembre de 1952, Paul Éluard muere en París a los cincuenta y siete años. Se le rinde un importante homenaje como poeta de Francia, pero ni Dalí ni su ex mujer asisten al funeral. A Gala ni siquiera le interesa acompañar a su hija Cécile en tan doloroso trance. Su brutal egoísmo la lleva a hacer causa común con su esposo y a ignorar al resto del mundo. En su Diario de un genio anotará el pintor:

“Todo se desvanece alrededor de Gala y Salvador Dalí. Pronto seremos los dos únicos seres reales y trascendentales de nuestra época”.

Allí mismo registra, lacónicamente, que al morir Éluard ya no quedan trabas para que Gala y él formalicen su matrimonio ante la Iglesia. Pensar en la muerte lo atemoriza, prefiere fingir que no existe. En cambio, su mujer no tiene conflictos con el tema: se preocupa, únicamente, por saber cómo vivirá su esposo el día en que ella no esté a su lado.

Por alguna razón que se desconoce, demoran su casamiento seis años más. Recién el 8 de agosto de 1958, Dalí y Gala contraen matrimonio en el templo de Nuestra Señora de los Ángeles, en Gerona, en medio de una absoluta intimidad. La novia, de sesenta y cinco años, y el novio, de cincuenta y cinco, se ponen de acuerdo en mantener a distancia a periodistas y fotógrafos, al menos por ese día.

Los alocados años 60

La nueva década los encuentra alternando con la farándula y el jet set internacional. Todo el mundo quiere ver de cerca al artista catalán y él no se opone a que un creciente número de fans, integrado por grupos de hippies, artistas alternativos y otros individuos estrafalarios o directamente marginales, se introduzcan en su casa, ya sea por curiosidad o a cambio de un poco de jaleo.

En general los hace esperar un buen rato, a veces ni siquiera los atiende y manda decir con sus criados que vuelvan otro día. Si el artista está de humor, aparece luego de un largo plantón que le permite generar una atmósfera expectante.

De pronto, anuncia su entrada con algunos silbidos y golpes de bastón, hasta que por fin se acerca a saludar a sus visitantes. Los más afortunados pasarán a integrar el cortejo que desde hace algún

tiempo acompaña al “Divino Dalí” en todas sus salidas.

En los 60 todavía se creía invulnerable y capaz de controlar la muerte. El mero hecho de pensar en un accidente antes de emprender un viaje en auto le brindaba una absoluta inmunidad, así como la muerte de sus seres queridos lo llenaba de vigor y también de una ligera culpa. Al respecto dirá muy convencido:

“Creo que todos esos muertos sostienen mi vida, como arquitrabes. Y de ello extraigo una fuerza inaudita”.

Pero, a medida que envejece, sus miedos se agigantan. Necesita que lo entretengan y acompañen. Fuera de las horas de trabajo, huye de la soledad como de un demonio.

Aquel “Portlligat digno de Homero”, del que se ufanaba en sus primeros años de matrimonio, ha perdido su austeridad agreste para transformarse en un bullicioso centro de peregrinación, una pequeña corte versallesca abierta a los excéntricos y a los fenómenos de feria.

Gala, desde luego, se opone firmemente a esta descarada invasión de haraganes y vividores. Cada vez que alguno se cruza en su camino, ella le da vuelta la cara en señal de desprecio. Así le ocurre a Lluís Llongueras, el coiffeur de la pareja, al que Dalí termina consolando con indisimulada sorna:

“No te preocupes, Llongueras. Ella es así; odia a mucha gente y eso es bueno. Es como un cumplido”.

Fogosa madurez

Aunque la empresa Dalí evidencia algunas grietas, el artista aún conserva su privilegiada capacidad de trabajo. Empieza a trabajar, todos los días, a las siete de la mañana y no se detiene hasta la hora del almuerzo. Hace su siesta y luego regresa al taller para seguir con su tarea hasta bien entrada la noche.

Si bien el pintor se cuida de consumir drogas y alcohol, para no alterar su capacidad creativa ni enturbiar su imaginación, cada vez que termina un cuadro hace correr ríos de champán rosado entre sus invitados. Él solamente bebe té, pero a su alrededor aumenta el descontrol.

Con sus trajes sobrios y sencillos, Gala es apenas una sombra entre los vistosos personajes que circulan por la casa. La única excentricidad que se permite es su peinado en alto y como abombado en la frente, que la asemeja a una cortesana del siglo XVIII.

La rusa se considera de otra estirpe, le da suma importancia a los buenos modales, al descanso silencioso y a la intimidad de la vida en pareja. Pero Dalí se muestra reacio a respetar sus deseos. Luego de trabajar día y noche, exige un poco de distracción. Por otro lado, no pone objeciones a que Gala siga viajando por su cuenta.

La rusa no lo piensa dos veces, y como en los tiempos de su relación con Éluard, va de aquí para allá, casi siempre en compañía de algún amante.

El verano catalán ya no la divierte: demasiado calor, demasiados mosquitos. En su casa de Portlligat ya no encuentra sosiego, se siente como una leona enjaulada, asediada por extraños. Necesita vagabundear, entregarse al azar, ir en busca de novedades, huir de lo cotidiano, volar en sueños. De pronto, se da cuenta de que su marido la ha vampirizado durante demasiado tiempo.

Aunque ella sea una década mayor, se conserva bastante mejor que él. Ya ha superado la barrera de los setenta, pero dentro de ella sigue viviendo la muchachita rusa de apariencia frágil y corazón fogoso, que necesita experimentar su femineidad a pleno cual si fuese la heroína de algún folletín romántico.

Para evitar que la vida se le escurra entre los dedos, Gala toma una decisión inesperada: delega el cuidado del "pequeño Dalí" en otras mujeres, y la administración de sus asuntos en manos de un secretario privado.

El Divino y su corte

La factoría daliniana se ha hecho imposible de controlar. Ya no se limita al mercado del arte y a los museos; ahora es un negocio millonario que involucra a centenares de personas, dado que los diseños del maestro abarcan todos los rubros imaginables, desde corbatas y utensilios para el hogar hasta botellas de perfume. Pronto corren rumores de que Dalí vive "como un maharajá" y que necesita cerca de medio millón de dólares por mes para sostener su espléndido estilo de vida.

El lado oscuro de esta historia es que para solventar los gastos de la

pareja, y sus propios excesos, Gala persuade a su esposo de firmar cientos de bocetos y litografías que luego serán vendidos por cifras siderales. El artista protesta, algunas veces, asegurando que firma más papeles que los que firmaba su padre en la notaría, pero en otras ocasiones toma el asunto a broma:

“Cada mañana, antes del desayuno, me gusta empezar el día ganando 20 mil dólares”.

Aunque parezca absurdo, Gala vive aterrada por el fantasma de la miseria. Le preocupa que todos sus ingresos dependan de la incansable actividad de su marido. No sabe cómo administrar la gran fortuna que poseen ni cómo dominar las complicaciones financieras de ese negocio. Por eso decide contratar a un secretario que la libere de las interminables horas de trabajo y planificación.

Durante diez años, de 1962 a 1972, contarán con la asistencia de John Peter Moore, un simpático hombre de negocios al que Dalí apoda “el Capitán” por haber servido en el ejército británico.

Los Dalí ya no están solos, vayan a donde vayan los acompaña una comitiva cada vez más numerosa, de la que también forma parte Robert Descharnes, amigo y fotógrafo de la pareja y estrecho colaborador en la preparación de libros y artículos. Los demás acompañantes se destacan por su juventud y belleza. La más llamativa de todos es Nanita Kalachnikov (su verdadero nombre es Fernanda Carretero), una escultural rubia de origen español y aires felinos, casada con un magnate ruso.

Dalí la “reclutó” en 1955 en un baile benéfico y desde entonces la llama “Luis XIV” o directamente “el Rey’, por su porte aristocrático y su nariz. A ambos les gustan las mismas zarzuelas, que suelen

cantar juntos. Nanita es una de las pocas personas autorizadas a lavarle la cabeza al maestro y rizarle el pelo.

Dalí ha tomado la costumbre de ir a restaurantes y clubes nocturnos acompañado por jóvenes de ambos sexos, hermosos, esbeltos y andróginos, que hablan poco y lo hacen gozar con el espectáculo de su belleza.

Algunos de estos personajes son contratados a través de una agencia de modelos y, apenas cobran, desaparecen; otros son seleccionados personalmente por el pintor entre rockeros, músicos pop, artistas y bohemios ligados a Andy Warhol y al Living Theatre, y suelen permanecer junto a él durante un tiempo más prolongado.

Cuando Gala viaja con su esposo a París o Nueva York, se ocupa de guardar las apariencias, para no perjudicar la imagen del pintor. En las salidas públicas lo acompaña con todo su séquito y en los restaurantes se ubica a la derecha de su marido, no sin antes tomar la prevención de sentar junto a ella al muchachito más atractivo y prometedor del grupo. Los devaneos de Gala tienen que ver con su gran necesidad de afecto; busca pasiones fuera de su matrimonio, para revitalizarse y volver al lado de Dalí, con quien se ha hecho muy difícil convivir.

Chicas dalinianas y efebos galantes

Gracias a los buenos oficios de Jean-Claude Du Barry, un joven muy alegre que regentea una agencia de modelos en Barcelona, el matrimonio Dalí ha podido rodearse en los últimos años de una inagotable serie de acompañantes. El pintor le ha puesto el mote de “Verité”, por su franqueza, pero también lo llama “proveedor de culos”, como para dejar en claro sus preferencias personales.

Du Barry provee a Gala de apuestos muchachitos y a Dalí de esculturales grupos de mannequins, efebos y travestis que el pintor emplea, a espaldas de su esposa, en intrincados montajes eróticos que él mismo planea minuciosamente para luego disfrutar de ellos como único espectador, tanto en su casa de Portlligat como en el hotel Meurice de París.

De esto no habla con Gala, porque, tal como se lo explica al escritor Louis Pauwels:

“Ella ha heredado el puritanismo surrealista. Primero traté de contarle todo, pues me provoca excitación decirlo todo. Pero, aunque ella no es celosa, me hizo comprender que conocer los detalles la haría sufrir. Por un acuerdo tácito nos quedamos entonces en la evasiva, en la alusión vaga”.

El artista y su mujer han empezado a competir por ver quién de los dos colecciona más beldades. Si un chico atractivo intenta acercarse al maestro para mostrarle su obra, Gala hace todo lo posible para interceptarlo y se lo lleva a su habitación antes de que aparezca su esposo. De nada vale que el muchacho diga:

-Estoy esperando a Dalí.

-¡Si no hablas antes conmigo, Dalí nunca te recibirá! -contestará la rusa tajante.

El pintor sigue apegado a sus hábitos de siempre, el voyeurismo y la

masturbación. En la intimidad no quiere tocar a nadie ni que lo toquen. Una y otra vez declarará:

“Mi amor pasa por el alma; mi erotismo, por la vista”.

Según el testimonio de Carlos Lozano, integrante de la corte daliniana entre 1969 y 1979 y famoso por su larga cabellera siempre rozándole las nalgas:

“Uno de los mayores placeres del maestro era convencer a los efebos de que se bajasen los pantalones y se masturba- ran en su presencia”.

El propio pintor admite que sus gustos han cambiado:

“Cuando García Lorca quería poseerme, yo me negaba con horror. Pero, al envejecer, me siento un poco más atraído por los hombres. Mi voyeurismo se extiende con complacencia hacia ellos. Con la condición de que no tengan barba, que sean muy jóvenes, que parezcan muchachas, con largos cabellos y caras angelicales. En un cuerpo muy flexible, casi femenino, ver erguirse una virilidad me regocija los ojos”.

Dalí está más interesado en la representación, que en el sexo mismo. Así, le confesará a Pauwels que nunca ha encontrado demasiado placer en el orgasmo:

“Lo que cuenta es todo lo que precede. Cuando era muy joven, la

eyaculación me regocijaba el sexo, pero ahora es algo que, sin ser positivamente desagradable, se sitúa en el límite. Lo que busco no es el orgasmo, sino la visión capaz de producir el orgasmo".

Pero cuando Dalí asoma a la vida pública y las cámaras apuntan hacia él, se esmera en presentarse como un hombre sexualmente activo, pese a sus años. No quiere verse menoscabado por las aventuras de Gala, a quien los paparazzi persiguen sin descanso cada vez que visita Italia.

El pintor busca rodearse de hermosas mujeres que levanten su autoestima y le den diploma de galán maduro; pero además necesita a su lado una dama de absoluta confianza que esté dispuesta a acompañarlo y cuidar de él como hasta ahora lo ha hecho Gala.

En la órbita de Amanda Lear

De todos los "ángeles" que visitaron el paraíso daliniano, sólo hubo una persona capaz de reemplazar a Gala en su condición de musa y consorte del pintor: Amanda Lear.

Esta muchacha inglesa de cabellos rubios, longilínea, de piernas interminables, aspecto andrógino y voz muy gruesa, derrochaba simpatía y vitalidad. Era todo lo opuesto a Gala, que con los años se había vuelto más huraña y también más insignificante en lo que respecta a su porte físico. La inglesa era además muy inteligente y comunicativa, tenía veleidades de pintora, dominaba varios idiomas y bregaba por consolidar su incipiente carrera como cantante.

Oficialmente, Dalí la conoció en el otoño de 1965, en un restaurante de París; pero siempre se rumoreó que su primer encuentro había tenido lugar, anteriormente, en un famoso cabaret de dragqueens, en donde Amanda aparecía como la sensual vedette Peki d'Oslo cuando en realidad había nacido varón bajo el nombre de Alain Tap, un chico de rasgos orientales.

Ella siempre defendió su identidad femenina alegando que su fama de transexual había surgido en los años 70 como parte de una estrategia de prensa orquestada por Dalí y David Bowie para su lanzamiento como disco queen.

Gala, lógicamente se había sentido amenazada en un principio por la aparición de Amanda, quien con sus muchos encantos podría borrarla de un plumazo del corazón de su esposo. Pero la franqueza de la joven sedujo a la musa daliniana, quien, luego de consultar sus cartas, dio el visto bueno a esta nueva integrante de la corte. Amanda nunca olvidaría las palabras que le dedicó Gala una vez que aceptó delegar en ella todas sus obligaciones conyugales:

"Mira. Adoro a mi marido y, si es feliz contigo, bienvenida a mi casa".

En poco tiempo, Amanda cautivó el corazón de la rusa, que veía reflejadas en la joven sus propias ambiciones de juventud y se esmeraba en aconsejarla.

Durante casi diez años Amanda mantuvo con Dalí una muy promocionada amistad con ribetes de romance. Incluso algunas revistas del corazón hicieron correr el rumor de que el pintor se iba a divorciar de Gala para casarse con su joven amante inglesa; lo que, obviamente, era un disparate, porque su esposa telefoneaba

todos los días, sin importar donde estuviese, para asegurarse de que todo marchaba bien durante su ausencia.

Amanda era tan ambiciosa como Dalí y quería volverse famosa cuanto antes. Por eso le convenía hacerse pasar por amante suya y entrar en contacto con las más grandes celebridades del momento. Años más tarde diría en una entrevista:

“Yo iba con él a todas las parties mientras Gala viajaba. Cuando ella volvía, yo me iba a Londres a seguir con mi trabajo. Siempre me enamoraba de algún chico guapo que me dejaba o estaba casado. Entonces (cuando volvía a Cadaqués), Gala me consolaba diciéndome que los hombres eran unos cerdos y me tiraba el tarot”.

Obra inconclusa

La inglesa resultó una excelente sustituta. Se divertía mucho con Dalí y disfrutaba de la exposición pública con la misma intensidad que él, además de estar a su disposición, como modelo, durante las veinticuatro horas del día.

El exotismo de la muchacha y el impacto visual de su figura (“A Salvador le encantaba coleccionar gente rara”, dirá años más tarde su amiga Nanita) contribuyeron a jerarquizar las apariciones públicas del “Divino”. La ambigüedad sexual de Amanda iba muy a tono con el vestuario extravagante del maestro y con el cachorro de ocelote que éste llevaba a todos lados. Era la única persona que contaba con habitación permanente en Portlligat.

Pero cuando se alojaban en el Ritz, ocupaban habitaciones

separadas. Con este gesto, Dalí seguía declarando su amor y fidelidad a su principal musa. No obstante, él les propuso a ambas mujeres formar un ménage a trois, pero lejos de la concepción burguesa del matrimonio. Él pintor no quería tener mujer y amante, sino dos esposas. Un día, pleno de euforia, le anunció a la inglesa:

“¡Amanda, nos casaremos por el rito copto!”.

Durante una década, Amanda liberó a Madame Dalí del yugo matrimonial y de muchas otras actividades derivadas de ese vínculo. Pero fuera de Cadaqués, la joven tenía una vida propia y una carrera de cantante que la absorbía cada vez más.

Un día, Amanda se enamoró de Alain-Philippe Malagnac, un francés con título nobiliario pero de antecedentes algo oscuros. Se dijo que había sido amante del escritor gay Roger Peyrefitte, quien lo adoptó a los dieciséis años. En 1979, Amanda terminó casada con él y, apenas anunció la novedad a los Dalí, se produjo la catástrofe.

Gala, en particular, se enfureció con ella y, luego de sermonearla durante largo rato, la llevó casi a la rastra ante sus íconos rusos para ordenarle, indignada:

“¡Jura aquí que te harás cargo de Dalí cuando yo muera!”.

Amanda dio su palabra ante la Virgen negra de Kazán, sin estar muy segura de poder cumplirla. Veinte años después se lamentaba ante un periodista:

“Mi boda nos distanció, también mi carrera de cantante. Y al final, cuando Dalí me necesitaba, no pude hacer nada por él: a su alrededor había una nube de hombres de negocios, secretarios y abogados. Fue patético”.

La partida de Amanda dejó un vacío muy difícil de llenar, y un cuadro inconcluso, Angélica y el dragón, para el que ella había posado desnuda.

Capítulo VIII Decadencia y hastío

El exceso de dinero dilapidado en excentricidades, el engañoso poder que les otorgó la fama, la devoción que ambos sentían por los cuerpos jóvenes y bellos, todo eso contribuyó a que la relación entre el pintor y su musa perdiese en poco tiempo la magia de antaño.

La perfecta alianza que habían sostenido durante décadas se desequilibró, y de ser un matrimonio simbiótico que funcionaba como una sola persona, transformaron su convivencia en un auténtico infierno.

Cada uno se entregó a sus propios caprichos y obsesiones, en desmedro de las necesidades del otro.

A fines de los años 70, Dalí sigue trabajando como un esclavo para sostener su alto nivel de ingresos. Pero sus triquiñuelas para conservar a Gala a su lado, atenta y vigilante, ya no dan resultado. Por más que la exalte con elogios desmesurados y la pinte en sus cuadros como ícono religioso, su adorada musa ha dejado de pertenecerle en exclusividad.

Gala tiene otros intereses que absorben su atención y la obligan a descuidar a su genial marido. No sólo se ha corrompido por el exceso de dinero, que le permite dilapidar fortunas en las mesas de juego y en sus amantes favoritos, sino que además se niega a entrar en la vejez con calma y resignación. Sigue siendo sexualmente voraz y su coquetería la ha llevado a operarse infinidad de veces para conservar su juventud. Pero al cumplir setenta años, su antiguo esplendor se derrumba de un solo golpe. Ya no hay lifting ni maquillaje que puedan mejorar su apariencia; el espejo no miente: Gala se ha convertido en una viejecita menuda y con ojitos de rata. Su mirada ha perdido el mítico embrujo, aquellos “poderes mágicos” que le atribuía Éluard. Ya ha agotado sus últimos

recursos: el ejercicio físico, los tratamientos con cremas nutritivas, las clínicas de rejuvenecimiento en Suiza; su único orgullo son sus piernas, que se conservan magníficamente torneadas.

La mítica rusa no soporta ver reflejada su propia vejez en un Dalí decrépito, panzón y de pelo ralo, que ya no tiene nada en común con aquel muchachito salvaje que le declaró su amor entre las rocas. La única manera de recuperarse a sí misma es alimentándose con la savia fresca de sus jóvenes amantes. Este intercambio sexual con chicos que podrían ser sus nietos es la única fuente de Juvencia a la que todavía puede recurrir.

¿Qué secuelas habrán dejado en su espíritu el temor a morir tuberculosa, los años de guerra y las privaciones económicas de sus primeros tiempos con Dalí?

De repente se conduce como una adicta a la que no le importa despilfarrar la fortuna que le ha costado tanto obtener. Aunque haya empleado todo su tiempo y energía en promover y comercializar la obra de su marido, peleando centavo a centavo de cada venta o contrato, de pronto arroja el dinero a manos llenas, como poseída por una furia revanchista.

En su última década de vida, va y viene con las valijas rebosantes de billetes y medicamentos; si el mundo vuelve a entrar en guerra, ya no la tomará desprevenida.

En los años de escasez y privaciones supo comportarse como una compañera valiente y devota; ahora que es rica, se cobra con creces los años de ir a golpear puertas, seducir marchands, humillarse ante personajes influyentes y apuntalar sin descanso a un Dalí miedoso y con los bolsillos vacíos, para que éste pudiese pintar día y noche sin

preocuparse por el sustento diario.

Él la sigue llamando cariñosamente “moezoloto” (“mi oro” en ruso), “mi talatiew” (mi tesoro) y dice quererla “como se quiere a una madre, como se quiere al dinero”, citando el estribillo de una conocida jota aragonesa. Sin embargo, el dinero sacó fuera lo peor de ella. De protectora ha pasado a carcelera. Obliga a su marido a trabajar sin descanso. Lo encierra en su estudio, si es necesario, o lo amenaza con abandonarlo para siempre si no accede a sus demandas. Y lo más triste es que ha dejado de admirar su obra. Atrás quedaron los tiempos en que lo único que le pedía a su esposo para cada cumpleaños era que le regalase alguno de sus cuadros. En ese entonces le decía con ternura:

“Nada hay tan hermoso en el mundo como una pintura tuya”.

Sombras, nada más

Es comprensible que Gala se haya hartado de su marido. Para vivir con él se requiere de una paciencia de santo. Con la vejez, el egoísmo de Dalí se ha vuelto descomunal y trastorna a todo el mundo con su obstinación e infantilismo. Aunque siga siendo un gran miedoso, está convencido de poseer una naturaleza divina e inmortal que lo obliga a ritualizar hasta el más insignificante de sus actos.

Ni siquiera trata a Gala como un ser humano, si es que alguna vez la ha considerado como tal; aunque ella lo maltrate, la sigue colocando en el rol de madre, de alter ego femenino, de poderoso fetiche.

Es como si la verdadera Gala nunca hubiera existido para él, y alguien que se comporta de esa manera no puede esperar que su esposa lo respete, sobre todo si entre ellos nunca ha habido un verdadero intercambio sexual.

La ardiente Gala ha estado toda su vida junto a un marido impotente que siente una profunda aversión hacia los genitales femeninos y se empeña en hablar maravillas de la masturbación y el voyeurismo, con una marcada delectación por los testículos. Cierta vez, Dalí le confesó a su amigo Pauwels sin ningún pudor:

“De todas las bellezas del cuerpo humano, son los cojones los que me hacen más efecto. Contemplándolos experimento un entusiasmo metafísico. Pero detesto los que cuelgan, semejantes a bolsas de mendigos. Deben ser levantados, compactos, redondos y duros como un doble caparazón de marisco”.

El pintor fue también responsable, en buena medida, de que la mujer de sus sueños fuese degenerando hasta convertirse en una especie de arpía iracunda, dispuesta a cobrarse con creces sus servicios de una vida, dando rienda suelta a su ninfomanía y a su afición por el juego.

Amantes y pastillas

“El amor libera de la mediocridad, conduce al genio”; de eso Gala está totalmente segura. Y así como alguna vez se lo explicó a Éluard en una de sus cartas, seguirá poniéndolo en práctica con sus jóvenes amantes. La veleidosa diva invertirá cifras millonarias en carreras de cine, aspirantes a figuras del automovilismo y en el lanzamiento de promisorias estrellas de rock.

A William Rotlein, un drogadicto norteamericano de veintidós años que rescató de la calle porque le recordaba a Dalí de joven, lo llevó con ella a España como acompañante permanente.

Rotlein reavivó el deseo sexual de Gala y sus instintos maternales. Paseaban juntos por Italia y hasta se juraron amor eterno frente a la tumba de Romeo y Julieta, en Verona. Según ella, era el mejor amante que había tenido, fuera de Éluard. Rotlein, por su parte, estaba más que satisfecho con el desempeño sexual de su veterana amante y llegó a confiarle a una amiga que Gala era realmente fantástica en la cama.

El affaire duró casi cuatro años y, para encauzar al joven en alguna actividad artística, la rusa convenció a su marido de que activase alguno de sus contactos. Finalmente logró que le tomaran una prueba de actuación para trabajar en un filme de Fellini, pero Rotlein fue rechazado.

Gala se sintió tan defraudada ante este inesperado tropiezo, que decidió dar por terminada la relación y, sin muchas explicaciones despachó a su amante a Nueva York con boleto de ida. Ella tenía puestas todas sus esperanzas en él, pero últimamente había empezado a dudar de su propia intuición para descubrir talentos.

Por más que se esforzara, nunca podría repetir la fructífera experiencia que había compartido con Dalí y antes con Éluard. Ahora que su marido era un genio consagrado e iba a todas partes acompañado por sus bufones, Gala se sentía desplazada a un lugar más bien anodino. Pese a sus muchas condiciones, no había desarrollado ningún talento en particular, pero se resistía a caer en el anonimato. Necesitaba encontrar a un hombre con quien volver a

echar vuelo.

Rotlein, evidentemente, no era el indicado. A raíz de esta ruptura, que lo privó de una serie de beneficios con los que antes ni siquiera había soñado, el joven volvió a caer en el submundo de las drogas y al poco tiempo murió de una sobredosis.

Cuando algunas de estas aventuras se prolongaban más de la cuenta, Dalí caía en una profunda depresión. Temiendo que Gala lo abandonase por alguno de sus muchachos, el anciano divo se enfrascaba en terribles discusiones que lo dejaban exhausto y sin deseos de trabajar. Para calmar su ansiedad, ella solía suministrarle una batería de sedantes que lo mantenían en un estado letárgico, que había que contrarrestar con anfetaminas y otros estimulantes, obviamente sin ningún control médico.

Un castillo para Gala

A los setenta y seis años, Gala ya no disfruta del mar. Su edad le impide bañarse desnuda y su piel está demasiado ajada por sus muchas cirugías y los interminables veranos al sol. Tampoco disfruta de los paseos por las rocas. Odia admitirlo, pero su principal razón es que teme perder el equilibrio y romperse algún hueso. De tanto en tanto protesta:

“¡Qué fastidio! Acá hace demasiado calor. Cuánto mejor es ver el mar desde los acantilados de Amalfi”.

Cuando Dalí la escucha hablar así, entra en pánico. Él está feliz de que Cadaqués sea ahora un lugar famoso, pero para su mujer son

una auténtica pesadilla las hordas de fotógrafos y de turistas que merodean por el lugar.

Les resulta imposible ponerse de acuerdo en ese punto y, para colmo, Amanda ha hecho causa común con Gala y ambas lo reprenden al pintor como dos esposas comedidas: “¿No ves que son parásitos?”. Pero el pintor le resta importancia al asunto:

“A mí me gustan las mentiras y los parásitos. Hoy vendrán a verme físicos, sabios, lesbianas bailarinas, pederastas, editores o periodistas. Todos quieren algo de mí. Me necesitan para algo. No quieren sólo conocerme o aprender algo de mí. Son auténticos arribistas”.

Aunque se envalentone, el pintor sabe que tiene los días contados. Gala le ha dado su ultimátum: quiere, exige, privacidad y autonomía. Ya no quiere seguir viajando todo el tiempo para buscar en otros lugares la calma y la intimidad que desde hace algún tiempo faltan en su hogar. Pero si las cosas no cambian, está dispuesta a mudarse a otro país, para poder disfrutar tranquila de sus últimos años de vida. Dalí ya se ha acostumbrado a estos pequeños recreos, ya que cada viaje de su esposa lo libera por un tiempo de sus reproches y sarcasmos. Pero ahora no sabe qué inventar para no perder esos beneficios y a la vez impedir que su mujer abandone España.

“¿Cómo mantenerla cerca sin tener que vivir con ella?”, se pregunta el artista, hasta que por fin resuelve el enigma con gran inventiva y sentido práctico.

En 1968, le pide a uno de sus secretarios que busque por las cercanías una vivienda de lujo que esté a la altura de su

quisquillosa musa. El hallazgo es formidable y, tal como supone Dalí, entusiasma a Gala desde el primer momento. Se trata de una antigua construcción medieval, el castillo de Púbol, situado a unos setenta kilómetros de la casa de Portlligat. Éste incluye cocheras, caballerizas y patios. Dalí manda repararlo y se ocupa personalmente de su decoración para luego ofrecérselo a su dama con exquisita caballerosidad:

“Aquí podrás plantar y cuidar tus flores preferidas, las rosas de Yalta. Ésas que tanto recuerdas de tus antiguas vacaciones en el Mar Negro”.

Siente que ha renovado votos con su esposa y se entrega con tanto entusiasmo a esta fantasía de “amor cortés”, que termina negociando un muy mal acuerdo con Gala. Ésta le hace prometer que nunca pondrá un pie en el castillo de no mediar una invitación de ella por escrito.

La primera vez que Dalí visita el castillo, lo hace en compañía de Amanda. En esa ocasión, la rusa se niega a mostrarles sus aposentos privados. Cuando la joven opina que el lugar es “un poco espartano”, Gala le responde ofendida:

“Ah, mi querida: ¿tú prefieres Portlligat con esa horrenda piscina llena de hippies y esa decoración tan surchargé?”

Y acto seguido le reprocha a Dalí:

“¡Tienes el gusto de un palurdo de Figueres!”.

Al marcharse, el pintor le pide entre irónico y tierno:

“Vuelve pronto a casa, Galuchka, te echo de menos. Baby, come back to me”.

Pero ella le contesta:

“Nunca. Soy demasiado feliz aquí. ¡Quédate con tu Amanda!”.

Jesucristo vacaciona en Púbol

El delicado equilibrio conyugal termina haciéndose añicos cuando Gala se enamora perdidamente de otro joven norteamericano, Jeff Fenholt, el pelilargo protagonista de la ópera rock Jesucristo Superstar, en quien invierte cifras astronómicas para solventar su carrera musical como solista.

Durante los siete veranos que compartió con la rusa, éste se dejó mimar por ella sin prestarle demasiada atención y pagando sus favores con toda clase de desplantes y humillaciones. Su indiferencia enloquecía a Gala que, por primera vez en su vida, era víctima de los celos. Aun así logró mantenerlo a su lado mucho tiempo, porque sabía cómo manipular su voluntad, ya de por sí bastante debilitada por el consumo de drogas. Al menos lograba que la siguiera a todos lados.

Cada vez que la rusa entraba con él en la casa de Portlli- gat, Dalí se ponía de pie y anunciaba sarcásticamente: “Gala i Jesusss-Christusss Superrr-Starr!”, marcando bien las erres de la pronunciación catalana.

Fenholt podía ser muy persuasivo y, dado que Gala era su mecenas, la convenció muy fácilmente de instalar un estudio de grabación en Púbol para poder tocar la guitarra y componer sus temas con total comodidad. No le importaba alterar el sueño de los demás ocupantes e invitados; las noches en el castillo eran un bálsamo para él, aunque Gala lo persiguiera insistentemente para llevárselo a su cama.

Dalí estaba cada vez más resentido por el abandono de su esposa. Ella de tanto en tanto lo invitaba a comer o a tomar el té, pero no dejaba que se quedara a dormir. Ahora supervisaba las actividades de su marido a través de Arturo, su chofer y criado de confianza, que iba y venía entre Púbol y Cadaqués con las novedades del día.

La crisis estalla cuando Dalí descubre indignado que Gala le ha obsequiado a su amante una mansión de un millón de dólares en Long Island. Esto sin contar las grandes sumas de dinero que le sigue girando a Nueva York.

El pintor no puede dar crédito a tanto despilfarro, como tampoco alcanza a entender la desmedida obsesión de su esposa por un energúmeno como Jeff.

Lo que más hiere al artista es la facilidad con que Gala, impulsada por la lujuria, ha puesto en manos de ese joven, mediocre y petulante, algunos de sus mejores cuadros; cuando ella misma, de puro codiciosa, le ha prohibido a Dalí regalar cualquiera de sus

obras o colocar su firma en algún libro destinado a un amigo.

Así, toda la confianza que tenía depositada en su esposa se desmorona de golpe. Aunque la sabe “impiadosa” y arrebatada (no por nada le ha otorgado el rol de Gradiva, “la que siempre avanza”), Dalí nunca podrá perdonarle a su mujer esta traición. Pero aún así no puede prescindir de ella, ni ella de él. Por eso siguen unidos a través de un pacto que pronto se verá contaminado por el resentimiento mutuo, los intereses comerciales en pugna y el horror a la vejez.

Pese a los desvelos de Gala, Fenholt no prospera como cantante; apenas logra una fugaz participación en el grupo Black Sabbath.

Luego de interpretar a Jesucristo durante más de ocho temporadas y estimulado por el público que se acercaba a pedirle algún milagro después de la función, Fenholt se convierte en predicador televisivo. Nunca admitirá su affaire con Gala, y tras la muerte de ésta tendrá el atrevimiento de remitir una carta al Museo Dalí de Saint Petersburg (Florida) alegando torpemente:

“¿Cómo es posible que alguien pueda creer que me metí en la cama con una mujer tan vieja y con cáncer de piel?”.

La vejez y otros reveses

En medio del caos en que se han convertido sus vidas, el matrimonio Dalí tampoco acierta con la elección de sus secretarios. Todos, sin excepción, se hacen millonarios a costa de la pareja y, en el afán de aumentar sus ganancias, recurren a una serie de

maniobras cuasi fraudulentas que contribuirán a generar un mercado negro de la obra daliniana que ya nadie podrá controlar.

Gala, entretanto, aprovecha el terror que provocan los aviones a su marido para ir a Nueva York y gastar enormes fortunas en la ruleta.

El progresivo déficit económico lo compensan los secretarios engañando a Dalí. Por ejemplo, en lugar de imprimirse 2000 ejemplares de una litografía, las tiradas se extienden hasta 7000 o tal vez más.

La situación empeora notablemente cuando Moore, que era un auténtico caballero inglés, es reemplazado por Enric Sabater, un hábil relacionista público catalán y ex jugador de fútbol, que además de montar varios negocios en paralelo durante su gestión, somete al matrimonio Dalí a un auténtico régimen de terror dentro de su propia casa.

Los infortunios comienzan a fines de 1975, tras la muerte de Franco, ocurrida meses después de haber ordenado éste la ejecución de unos terroristas vascos que estaban en prisión. Pese al repudio internacional que provocó esta medida, Dalí no dudó en apoyar al líder falangista. En una entrevista para la agencia France-Press, y confiado en su impunidad, declaró:

“Metafísicamente, pues, estoy contra la pena de muerte. Pero si aún existe la pena de muerte en alguna parte, y si alguien cree tener una misión histórica, considero que debe aplicar lo que cree hasta los últimos límites. Veinte condenas a muerte, seguramente, es más económico que los miles de muertos de una guerra civil”.

De inmediato recibió una andanada de insultos, denuncias y amenazas de muerte. Fue entonces cuando Sabater tomó cartas en el asunto. Con la excusa de proteger a sus patrones de posibles atentados, iba armado todo el tiempo, aislando a los dos ancianos en un estrecho cerco de seguridad que sólo contribuía a alimentar las tendencias paranoicas del pintor. Según el biógrafo Gibson, Sabater convirtió a Dalí en “una temblorosa masa de gelatina”.

En 1974, la prensa internacional denunció un escándalo: en la frontera entre Francia y Andorra la aduana había requisado un coche que transportaba cuarenta mil hojas en blanco con la firma de Dalí. Y dos años más tarde, el gobierno norteamericano les iniciaba una investigación fiscal que los ponía en un verdadero aprieto, puesto que Gala era reacia a firmar contratos y prefería pagar y cobrar en efectivo. Con la ayuda de un abogado lograron salir bastante bien parados de la requisitoria, pero a resultas del juicio ambos perdieron sus visas de residentes permanentes.

Todos estos sinsabores se verían compensados con la inauguración, el 28 de septiembre de 1974, del Teatro Museo Dalí, construido en su ciudad natal sobre las ruinas del viejo teatro municipal y luego de intensas negociaciones. Para el pintor fue un sueño hecho realidad, que le sirvió de consuelo en medio de las desventuras de su vejez.

Durante la ceremonia, el alcalde le hizo entrega de la Medalla de oro de Figueres; pero Dalí salió del acto muy dolido al ver que Gala se había escabullido con Jeff apenas terminaron los discursos.

Patetismo senil

La salud del pintor se deteriora a un ritmo estrepitoso. El coctel

farmacológico que ha estado consumiendo durante los últimos años provoca un irreversible daño en su sistema nervioso que en poco tiempo más le impedirá seguir pintando debido a un fuerte temblor en su brazo derecho. Por una amarga ironía del destino, la misma mujer que le ha dado estructura a su vida y le ha servido de muleta, termina convirtiéndolo en un tembloroso saco de huesos.

Abandonado por Gala, el artista tiene un brote regresivo que le hace temer por su salud mental. Ya no cuenta con su protectora para mantener a raya sus miedos.

A veces, Gala se digna a salir de su castillo y llega hasta Portlligat a poner un poco de orden alrededor de Dalí. Echa de allí a los intrusos, lo obliga a vestirse y a tomar su medicación y luego lo pone a trabajar con la invalorable asistencia de Isidoro Bea, un escenógrafo humilde y discreto, que durante más de treinta años ha sido la mano oculta de Dalí. Bea se encarga de pintar los fondos y hacer los bocetos, pero además se sospecha que es el verdadero autor de varias obras dalinianas.

En 1978, el artista es ingresado en una clínica de Barcelona, donde le extraen la próstata. Inesperadamente, se reanima tras la operación. Con gran sentido del humor le envía a su médico una tarjeta de agradecimiento: “Al méu angel del pipí...”.

Sobreponiéndose a sus trastornos físicos y mentales, el 24 de octubre de 1980 ofrece una conferencia de prensa en su Teatro Museo, a la que ingresa del brazo de Gala, con los acordes de “Tristán e Isolda”.

Ambos lucen patéticos: él con su tapado de piel de leopardo, sus bigotes alargados con un postizo; ella, cada vez más disminuida,

con kilos de maquillaje y luciendo su infaltable moño de terciopelo negro en la cabeza, cortesía de Coco Chanel, que inspira a su paso los comentarios más crueles. Alguien la describe como una Minnie Mouse vieja, mientras ella reparte flores de nardo entre los fotógrafos.

El “mito Gala” se deshilacha a ojos vista, mientras su talentoso marido ve compensadas las humillaciones recibidas con una andanada de homenajes: una gran retrospectiva de su obra en el Centre Georges Pompidou, de París; otra en la Tate Gallery de Londres y la visita de los reyes de España, que fuera de todo protocolo, amarran su yate en el puerto de Cadaqués para saludar al pintor y visitar su Teatro Museo.

En la intimidad, las peleas con Gala se vuelven cada vez más feroces. Ya es cosa de todos los días que ella lo trate de impotente y él le responda con un “¡putaine!”, o que lo obligue a firmar más contratos de trabajo cuando sus fuerzas declinan: “Ou tu signes, ou je me vais a New York”, ruge Gala. Por más que el pintor reaccione como una fiera ante la palabra contrato, finalmente accede a sus deseos y firma.

En febrero de 1981, durante un viaje a París, Dalí sale de su suite con un ojo morado y pidiendo ayuda a los gritos. Cuando su secretario Sabater ingresa a la habitación, descubre alarmado que Gala está tendida en el suelo, casi inconsciente. Enceguecido por la furia, Dalí la ha arrojado de la cama en medio de una de sus tantas discusiones.

La rusa desvaría últimamente y ha empezado a confundir el nombre de Dalí con el de Jeff. El pintor suele reprocharle:

“¡Tú has despilfarrado una fortuna en tus muchachos y yo no he gastado casi nada en Amanda!”.

Y ella, resentida por su propia decadencia física, lo amenaza, sádicamente, con volver a Nueva York para recuperar a Jeff. Tal como van las cosas, Dalí da por seguro que los gastos de su esposa lo dejarán muy pronto en la ruina, sin un lugar donde caerse muerto.

La musa muere

Pronto se comprueba que la caída sufrida por Gala ha hecho estragos en su frágil osamenta. La cuestión es que ni ella ni su esposo están ya en condiciones de viajar a ninguna parte. Apenas se recupera, ella vuelve con su marido a Portlligat, donde los aguarda un invierno desolador, el primero que pasan allí después de varias décadas.

A poco de instalarse en su casa, Gala cae por una escalera y se daña una pierna. Corren rumores de que Dalí la ha vuelto a empujar. Dos días después resbala en la bañera, se rompe el fémur y vuelve a ser ingresada en una clínica de Barcelona.

La pareja es ahora la comidilla de la prensa internacional; los titulares hacen referencia a otro acto de violencia doméstica. Sin embargo, entre un incidente y otro Gala se ocupa de advertir a la servidumbre:

“Recuerden todas mis instrucciones para que en mi ausencia no le falte nada a Dalí”.

El 2 de marzo de 1982 la intervienen quirúrgicamente. Se presentan algunas complicaciones: llagas, irritación cutánea; pero, pese a todo, sobrevive.

Dalí la visita el día de la intervención y ya no volverá a verla hasta fines de abril, cuando la trasladen nuevamente a Portlligat.

Dos días después de su regreso a la casa, la enferma entra en coma y vuelve al hospital por cuatro semanas. Finalmente recupera su lucidez, pero tiene los días contados. Retorna a Portlligat ya agonizante.

Su marido permanece junto a ella noche y día, duerme en la cama contigua para velarla, pero le pide a los médicos que pongan una mampara entre ellos para poder estar a solas con sus pensamientos.

Obligado a aceptar que Gala está muriendo, Dalí le encarga a Emilio Puignau que prepare una tumba para los dos en la cripta de Púbol.

Entretanto, Cécile Éluard se entera por los medios de prensa de la agonía de Gala e intenta llegar hasta ella, pero tampoco esta vez tendrá suerte. Ni Gala ni Dalí aceptan recibirla y la pobre mujer, rechazada una vez más por su madre, regresa a París tragándose sus lágrimas.

Gala ya no pertenece a este mundo. Cuando le insisten que coma, ella simplemente contesta: “¿Para qué?”.

Cuando recupera sus fuerzas acribilla a llamadas a su amiga Nanita para contarle cuán enfermos están y lo infelices que son ella y Dalí.

Su mirada se enturbia, ha perdido aquel fulgor demoníaco que subyugó a tantos artistas. El “color avellana submarino de los ojos de Gala, color que junto con el de los olivos marinos me conmueve todo el día”, como alguna vez apuntó Dalí en su diario, ha perdido todo su brillo.

En los días previos a su muerte, aparecen horribles fisuras en su rostro. Son las antiguas costuras de sus cirugías que se abren como rosas putrefactas. Todo en ella parece replegarse hacia la disolución. Hasta que finalmente, el 10 de junio de 1982, la controvertida musa daliniana se despide de la vida con un leve quejido.

Muere cerca de las seis de la mañana, a los ochenta y ocho años de edad. De inmediato se escucha un grito desgarrador. Es Dalí, que observa, sentado en su cama, los ojos petrificados de Gala.

Para cumplir su último deseo (ella quería morir en Púbol, no sólo que la enterrasen allí), el pintor ordena trasladar el cadáver en medio de un operativo secreto, por tratarse de un procedimiento ilegal. Envuelven con una manta el cuerpo desnudo y lo colocan en el asiento trasero del Cadillac. Junto a ella viaja una enfermera, por si acaso presentara algún indicio de vida.

El cuerpo de Gala será embalsamado y puesto dentro de un féretro de cristal, en la cripta de Púbol, muy bien ataviado con un vestido rojo de la Maison Dior, que había sido el favorito de la diva

daliniana. En el certificado de defunción se lee:

“Elena Ivanovna Diakonova murió de un paro cardíaco en el castillo de Púbol a las dos y cuarto de la tarde”.

Pero ese dato es tan falso como su lugar de fallecimiento. Según los médicos, Gala había muerto de “arteriosclerosis senil”, pero a Dalí le desagradó esa fórmula y hubo que cambiarla.

En el funeral sólo estuvieron presentes sus amigos más íntimos y sus sirvientes. Pese a su fama de mujer egoísta y despiadada, Gala fue despedida con un dolor muy sincero. Incluso su chofer y hombre de confianza lloró la muerte de su patrona con gran aflicción, como si hubiese perdido a su madre. Había entrado al servicio de los Dalí en la década del 30, con apenas dieciséis años de edad.

Vivir sin Gala

Días más tarde, Dalí bajó a la cripta antes del amanecer. A la mañana las enfermeras lo encontraron temblando de miedo en el suelo; había tropezado con unos escombros de albañilería que lo hicieron caer de rodillas. Quedó tan asustado por lo sucedido, que no volvió a repetir la visita.

Para el gobierno español fue un alivio que Gala muriese antes que su esposo, ya que se temía que la obra daliniana fuera enviada al extranjero. Dalí, felizmente, hizo lo que todo el mundo esperaba: legó la famosa colección privada de la rusa al Teatro Museo de Figueres.

En su testamento, Gala expresó su decisión de no dejarle nada a su hija “porque ésta ya había recibido en vida y con intereses todo lo que pudiera invocar”.

Como la ley española no permitía tal exclusión, Cécile Éluard inició acciones legales y se llegó a un acuerdo que redujó en buena medida la última crueldad de Gala. Su hija recibió, finalmente, una cifra millonaria.

La muerte de su mujer dejó a Dalí perplejo. Llevaba años reflexionando sobre el tema y hasta se había aventurado a afirmar:

“Si Gala muriera, me sería terriblemente difícil aceptarlo. No sé cómo me las arreglaría. Pero lo conseguiría y hasta seguiría disfrutando de la vida, porque mi amor a la vida es más fuerte que todo”.

Sin embargo, cuando la temida desaparición de ella fue un hecho, el pintor no lo pudo soportar y se convirtió en la sombra de sí mismo.

En medio de la confusión general, el personal doméstico de Púbol aprovechó para pedir vacaciones, ya que la mayor parte de los empleados residía en Portlligat. Pero Dalí tomó el pedido como un agravio y los despidió a todos, para luego anunciar que había decidido quedarse en Púbol, acompañando a su adorada musa. Rechazó la idea de volver a Portlligat y, a partir de ese día, se instaló permanentemente en el dormitorio de Gala.

Al mes de morir su esposa, Dalí recibió una excelente noticia destinada a levantar su ánimo. El rey Juan Carlos I le otorgaba el título de Marqués de Púbol. Era un gesto que lo emocionaba y lo halagaba, pero enseguida volvió a replegarse sobre sí mismo y se negó a ingerir alimento alguno.

El genio se apaga

En sus últimos siete años de vida, Dalí quedó convertido en un inválido muy difícil de controlar. Insultaba a sus enfermeras, las escupía y arañaba; no había empleada que durase en el puesto, a pesar de que el sueldo ofrecido era muy importante.

Ya octogenario, el pintor desconfiaba de todo el mundo y se comportaba como el niño endemoniado que fue; sólo que ahora se dedicaría a molestar a quienes lo atendían ensuciando la cama con sus deposiciones, de puro gusto.

Dalí quiere que lo dejen solo, pero a la vez es presa de sus terrores nocturnos. Pasa horas despierto en la oscuridad, torturándose con sus pensamientos y mascullando frases ininteligibles. Debido a su ansiedad, y para asegurarse de que no lo han abandonado, atormenta a todo el mundo con un timbre que le han sujetado a su pijama para que pueda manipularlo con mayor comodidad. El anciano no deja de jugar con él, lo prende y apaga en la oscuridad, hasta que en 1984 provoca un cortocircuito. En cuestión de segundos su cama se incendia y se ve abrasado por las llamas.

Alarmada por sus gritos, la enfermera de turno entra corriendo a la habitación y se abalanza sobre el artista, que yace junto a su cama, despanzurrado como un muñeco de trapo.

“¡Puta! ¡Criminal! ¡Asesina!”, vocifera indignado Dalí.

La mujer siente piedad por ese frágil ancianito al que todo el mundo considera un genio. Lo sujeta con fuerza para que no siga golpeándola y con gran eficiencia le hace respiración boca a boca. Ha logrado salvarlo.

Llega muy maltrecho al hospital, pero la visita de Anna María Dalí le provoca una oleada de odio que lo reanima. El pintor reúne las pocas fuerzas que le quedan para gritarle: “¡Fuera, vieja puta!”. Es evidente que ha recuperado su lucidez, porque a las pocas semanas ratifica su intención de desheredar a su hermana.

Ya no quiere regresar a Púbol y, apenas le dan el alta pide que lo muden a Torre Galatea, una extensión de su Teatro Museo, donde permanecerá hasta su muerte.

Habla muy poco, sufre alucinaciones y, según sus enfermeras, lloriquea casi todo el tiempo, cada vez más encogido y decrépito. Aseguran que puede pasarse horas emitiendo sonidos lastimeros, como de animal herido. Cada tanto grita al vacío, con los ojos desorbitados: “¡Los genios no mueren!”.

Llega al punto de deshidratarse casi por completo, supuestamente a consecuencia de un intento de suicidio. Él justifica su acción como un método para acceder a una especie de estado larval. Y como sigue empeñado en no alimentarse, los médicos le aplican una sonda nasal-gástrica que vuelve aún más incomprensible su discurso.

Apenas se anima un poco con las visitas del pintor Antoni Pitxot, heredero de aquella pintoresca familia vecina de los Dalí. Es sobrino de Ramón, el responsable de que el genial catalán se dedicara a la pintura, e hijo de Ricardo, a quien Dalí, con dieciséis años, retrató tocando el violoncelo. Antoni se ha convertido en un buen amigo del artista. Mientras tres enfermeras montan guardia mirando la televisión, lee en voz alta para Dalí, conversa con él y le pone su música preferida: la ópera de Wagner tiene la virtud de adormecerlo dulcemente. “Cuando entre Tristán, puedes irte”, le anuncia el pintor en cada una de sus visitas.

El adiós

Dalí, pese a todo, luce impresionante. Acostumbra a recibir a Antoni vestido con una túnica de lino blanco, con los cabellos peinados para atrás; el único elemento discordante es el tubo de plástico que sale de su nariz.

El genial artista está postrado en un sillón, pero sus ojos se mantienen muy inquietos. Pasa el día mirando la pared lateral de su museo, que es de piedra, y los flecos del toldo de su ventana. A veces dicta alguna de sus reflexiones; otras, intenta dibujar algo, pero enseguida lo abandona.

A las nueve de la noche se acuesta. Es el momento en que Pitxot ayuda a las enfermeras a trasladar al enfermo del sillón a la cama, mientras se escuchan los acordes del himno nacional. “Si nos olvidamos, lo exige”, aclara una de las empleadas. Luego, ya a oscuras, suena el tema “Noche de ronda” y a continuación el infaltable pasaje de “Tristán e Isolda”, que marca el final de la jornada.

En noviembre de 1988, Dalí es ingresado nuevamente en el hospital con un poco de gripe. Los médicos confían en su recuperación, pero su estado se agrava por complicaciones cardíacas y pulmonares.

El 5 de diciembre de 1988 es visitado por el rey Juan Carlos I, quien le dice que siempre ha sido un fiel admirador de su obra.

Casi a punto de morir, Dalí vuelve a sorprender a su entorno con una decisión inesperada: ya no quiere ser enterrado junto a Gala, en Púbol; pide que sus restos sean inhumados en su Teatro Museo de Figueres, y no le falta razón. Tras la muerte de Gala, Púbol se ha convertido en un amargo recordatorio de los amoríos de su musa. Dalí prefiere volver a Figueres, su querida ciudad natal, centro mítico de su universo, para disfrutar de un merecido descanso, junto a lo que más le ha importado en la vida: su gran obra.

El astuto catalán nombra al pintor Antoni Pitxot director del museo, haciéndole prometer que lo mantendrá tal cual está. La idea de que sus restos reposen allí mismo es quizás otra estrategia para que la institución tenga un fluido ingreso de visitantes.

El 23 de enero de 1989, mientras escucha su pasaje favorito de “Tristán e Isolda”, Dalí muere de un paro cardiorrespiratorio. Tiene ochenta y cuatro años. Su vida estuvo colmada de recorridos cíclicos. Su último trayecto culmina, precisamente, en la cripta de su Teatro Museo, situado justo enfrente de su casa paterna, de donde un día había sido expulsado y adonde regresó convertido en un héroe.

Pese a todos los pronósticos y a su decisión de dejarse morir tras la

desaparición de su musa, Dalí había vivido siete años más. Durante todo ese tiempo repitió que la vida sin Gala no tenía sentido. La sobrevivió, es cierto, pero como un hombre mutilado y con el corazón roto.

Epílogo

Triste final para una historia de amor cuyo peor enemigo fue el tiempo, que todo lo degrada y ultraja con paciencia infinita.

La última década que Dalí y Gala pasaron juntos fue despiadada y vergonzosa para ambos. La confianza y estabilidad de la pareja, el hechizo compartido, se esfumaron rápidamente para dar lugar al hastío y al "sálvese quien pueda".

Demasiado seniles para controlar sus explosivos caracteres, Dalí y Gala volcaron uno en el otro el resentimiento de no ser eternos y la humillación de envejecer como cualquier mortal. De allí que se agredieran sin ningún tipo de filtro. Gala, porque quería vivir a pleno sus últimos años, sin el lastre de su esposo; Dalí, porque desconfiaba de ella y sufría una enormidad ante su despilfarro e indiferencia.

Se ha especulado mucho al respecto, pero nadie sabe a ciencia cierta si el amor que los unió fue tan profundo como el pintor se esforzó en presentarlo. La información que brindó en Vida secreta de Salvador Dalí y en su Diario de un genio presenta muchas discordancias y pistas falsas; pero también varios datos que no admiten discusión: su devoción por Gala, su profunda admiración por su padre, su convicción de ser un genio amenazado por la locura, su interés en ser distinto y singular, su apego al paisaje catalán, su orgullo de ser español, su fascinación por la realeza y la aristocracia, y su perturbado amor por Lorca, a quien jamás pudo olvidar.

Aunque nunca dejó de elogiar a Gala, a quien seguía utilizando como fetiche pese a sus repetidas "traiciones", Dalí fracasó en su intento de inmortalizarla como la mujer más admirable de la historia, ya que aún es recordada como "la mala de la película".

Su carácter libertino es motivo de rechazo y de polémica cuando tal vez no debería ser así. Su conducta desinhibida y anticonvencional sirvió al menos para aliviar, durante mucho tiempo, la angustia sexual de su esposo, haciéndolo sentir más seguro de sí mismo.

Los sentimientos de Dalí hacia Gala siempre fueron contradictorios. A semejanza de los cuentos infantiles, su esposa adquirió dos caracteres opuestos: como un hada buena y protectora, y como una bruja intratable y dañina. Es por eso que tras su muerte, Dalí pasa por alto todos los malos ratos que ella le hizo vivir, llorando su ausencia con gran desconsuelo, como si la madre que perdió en su adolescencia lo hubiese abandonado otra vez.

Lamentablemente, todavía falta conocer la otra parte de esta historia. La versión que podría haber dado Gala sobre su vínculo con Dalí quedó oculta entre las páginas de su diario íntimo, supuestamente escrito en ruso, aunque de esto tampoco hay ninguna certeza, porque hasta ahora nadie lo localizó.

Demonizada por todo el mundo, la gran diva del surrealismo prefirió guardar silencio y distancia: “El secreto de mis secretos es que no los revelo”, solía bromear. Lo cierto es que nunca le interesó defenderse ni dar su opinión.

Ella miraba al mundo desde lejos y con una displicencia que la situaba más allá del bien y el mal.

Los testimonios a su favor indican que fue una mujer romántica y soñadora, además de un auténtico espíritu libre que se adelantó a su tiempo en varias décadas. Su biógrafa, Dominique Bona, declaró en

una entrevista:

“Gala les exigía mucho a sus hombres: que la fascinaran, que la hicieran soñar, que se superaran a sí mismos”.

Tuvo muchísimos amantes, antes y durante su matrimonio con Salvador Dalí, el hombre al que estuvo poderosamente unida, emocional e intelectualmente, aunque todavía muchos pongan en duda que haya habido entre ellos un auténtico intercambio sexual.

En su voluminosa biografía sobre el pintor catalán, señala Ian Gibson:

“Salvador Dalí era más homosexual que otra cosa, pero era muy tímido y necesitaba ir por la vida con una mujer del brazo para demostrar que era tan macho como su padre”.

Sea como fuere, Gala nunca habló sobre el tema; y aunque su marido sí lo hizo, porque era afecto a hacer públicas sus intimidades, terminó enredándolo todo con su mitomanía. El secreto de este amor quedó, entonces, dividido entre dos tumbas distantes, ya que ni siquiera cumplieron su promesa de ser enterrados juntos.

Bibliografía

Bona, Dominique: Gala. La mujer más enigmática del siglo XX, Barcelona, Tusquets, 2004.

Buñuel, Luis: Mi último suspiro, Barcelona, Plaza y Janés, 1983.

Dalí, Anna María: Salvador Dalí visto por su hermana, Barcelona, Parsifal Ediciones, 2001.

Dalí, Salvador: Confesiones inconfesables, recopilación realizada por André Parinaud, Barcelona, Bruguera, 1975.

Dalí, Salvador: Diario de un genio, Barcelona, Tusquets, 1983.

Dalí, Salvador: Vida secreta, en Obra Completa, Volumen I, Barcelona, Ediciones Destino, 2003.

De Diego, Estrella: Querida Gala. Las vidas ocultas de Gala Dalí, Madrid, Espasa Calpe, 2003.

Descarnes, Robert: Dalí, Koln, Taschen, 2006.

Éluard, Paul: Cartas a Gala, Barcelona, Tusquets, 1986.

Freud, Sigmund: El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen,

Obras Completas, Volumen VI, Buenos Aires, Hyspamérica, 1993.

Gibson, Ian: La vida desaforada de Salvador Dalí, Barcelona, Anagrama, 1998.

Lear, Amanda: El Dalí de Amanda, Barcelona, Planeta, 1985.

Llongueras, Lluís: Dalí, Barcelona, Ediciones B, 2004.

Nin, Anais: Diario III (1939-1944), Gunther Stuhlmann (editor), Barcelona, Bruguera, 1981.

Pauwels, Louis: Dalí me dijo, Buenos Aires, Atlántida, 1990.

Sitios en la web

www.elpais.com/articulo/reportajes/encuentro/Gala/Dali/elpepusocdmg/20040418elpdmgrep_6/Tes - El encuentro de Gala y Dalí. Por Ian Gibson. www.elpais.com/articulo/cultura/ ÉLUARD/_PAUL/DALÍ/_SALVADOR/Gala/ Éluard/Dalí/seres/mundo/.../Tes/ - Gala, Éluard y Dalí, tres seres de otro mundo. Por Jordi Busquets. www.cbrava.com/es. 2006 (Reportaje al capitán John Peter Moore)

www.elart.iespana.es/arte8.htm (Entrevista a Amanda Lear)

http://www.elmundo.es/papel/2003/07/01/cultura/1428973.html - Silvia Munt descubre los secretos de Gala.

www.elpais.com/articulo/opinion/BELLO/_JOSe_/26apos/ ...DE.../surrealismo/movimiento/humoristico/.../Tes - “El surrealismo es un movimiento humorístico” (Entre-vista a José ‘Pepín’ Bello).

www.elmundo.es/papel/hemeroteca/1995/04/11/cultura/36209.html - Una musa inquietante, una mujer temible (Entrevista a Dominique Bona)

Colección “Grandes amores de la historia”

Nos narra historias románticas, pero reales, de parejas emblemáticas. Aporta elementos de la relación sentimental, enmarcados en la historia de su tiempo.

Otros títulos de esta colección:

Diego Rivera y Frida Kahlo. El amor entre el elefante y la paloma

ISBN Edición Impresa: 9786074570250

ISBN Edición Digital: 9781939048158

Napoleon y Maria Walewska. La fiel amante del emperador

ISBN Edición Impresa: 9786074570298

ISBN Edición Digital: 9781939048448

J.F. Kennedy y Marilyn Monroe. El romance que incomodó al poder

ISBN Edición Impresa: 9786074570359

ISBN Edición Digital: 9781939048479

Frederic Chopin y George Sand. Tan cerca, tan lejos

ISBN Edición Impresa: 978607457

Sartre y Simone de Beauvoir. Atados por la libertad

ISBN Edición Impresa: 9786074570472

ISBN Edición Digital: 9781939048547

Pablo Neruda y Matilde Urrutia. La eterna amante del Capitán

ISBN Edición Impresa: 9786074570601

ISBN Edición Digital: 9781939048066

Giuseppe y Anita Garibaldi. Un amor de dos mundos

ISBN Edición Impresa: 978607457

Simón Bolívar y Manuela Sáenz. La coronela y el Libertador

ISBN Edición Impresa: 9786074570977

ISBN Edición Digital: 9781939048707

Siqueiros y Blanca Luz Brum. Una pasión tormentosa

ISBN Edición Impresa: 9786074571035

ISBN Edición Digital: 9781939048745